



**De dónde venimos – Apuntes para un Congreso Ideológico del Partido Liberación Nacional – Mensaje Inaugural, 8 de mayo de 1974. – El pensamiento de Daniel Oduber**

**EMC**   
EDITORIAL ELOY MORUA CARRILLO

<http://www.editorialpln.info>

# ÍNDICE

	<b>Página</b>
▶ <b><u>PRESENTACIÓN</u></b>	
LIBERACIÓN Y DANIEL	<b>6</b>
▶ <b><u>DE DONDE VENIMOS</u></b>	<b>3</b>
▶ <b><u>APUNTES PARA UN CONGRESO IDEOLÓGICO DEL PARTIDO LIBERACIÓN NACIONAL</u></b>	<b>24</b>
PRESENTACION	
INTRODUCCION	
UN PROBLEMA SEMANTICO	
LA REVOLUCION POSIBLE	
EL DEBATE DEL SIGLO 20	
EL CAMBIO EN 20 AÑOS	
EL SOCIALISMOS DEMOCRATICO DE HOY	
EL ESTADO MODERNO	
▶ <b><u>MENSAJE INAUGURAL – 8 DE MAYO DE 1974</u></b>	<b>65</b>
▶ <b><u>EL PENSAMIENTO DE DANIEL ODUBER</u></b>	<b>80</b>
PRESENTACION	
PREFACIO	
CAPITULO I - FUENTES DEL PENSAMIENTO DE DANIEL ODUBER	
CAPITULO II - EL PENSAMIENTO DE DANIEL ODUBER	
CAPITULO III - COMENTARIOS FINALES	
BIBLIOGRAFIA	
NOTAS	

## LIBERACIÓN Y DANIEL

*"En el año tercero de Ciro, rey de los persas, fue revelado a Daniel, por sobrenombre Baltazar, un suceso verdadero y una fuerza grande, o ejército celestial; y él comprendió el suceso pues necesaria es para esta visión la inteligencia". (Profeta Daniel Capítulo X Versículo 1 - Antiguo Testamento).*

Quien suscribe estas líneas, no puede soslayar una cierta perturbación de ánimo, al tener que escribir sobre Daniel Oduber.

Me es difícil objetivar su personalidad política y hacer abstracción de la atmósfera dentro de la que surgió nuestra hermandad -que para ser verdadera- ha debido sufrir pruebas duras; resistir los embates de la intriga y rehabilitarse después de cada golpe, provocado por intermitentes reservas mutuas, ante inconfesas apreciaciones sobre actos concretos de la conducta de cada cual.

Existe una relación de varios lustros. A veces tuvo carácter epistolar. Por años fue tertulia íntima y diáfana. Juntos cumplimos labores legislativas durante dos períodos de cuatro años (1958-1962 y 1970-1974). Juntos cometimos el error de querer anticipar en 1961, una candidatura presidencial, cuando era la hora merecida de nuestro compañero Francisco Orlich. Contra el consejo de buena fe de la mayoría de sus amigos, escuchó el mío -también de buena fe- para que no enfrentara su nombre en 1970 al de nuestra máxima figura histórica, el compañero José Figueres. Así logramos la unidad del Partido. Uno al lado del otro siempre, en el largo y accidentado camino de construir una herramienta política al servicio del pueblo.

El alma humana está llena de contradicciones. Pienso y escribo estas líneas, dentro de una gran paradoja: porque existe un cerrado itinerario político y fraternal, me es difícil escribir sobre el compañero de causa que actualmente ocupa la Presidencia de la República. Y al mismo tiempo y por esa misma causa, soy el más obligado de sus amigos a presentar esta recopilación de aportes ideológicos del compañero Daniel Oduber.

A través de aquella hermandad y del afecto, he penetrado como ninguno otro, esa personalidad que sus adversarios y hasta sus amigos consideran desconcertante y contradictoria. No recuerdo quien dijo hace varios años, que Daniel Oduber, se habría campo en la contradicción y a pesar de ella. Es hombre de angustias y turbulencias interiores, pero aparece frío y cínico. Es sentimental y romántico, pero pareciera avergonzarse de serlo. Es tímido -imposible de creer- pero su timidez toma a los ojos de los gentes la forma de falta de humildad. Tiene una envidiable formación académica y, no sólo no hace alarde de ella, sino que su tribuna predilecta es la pública y su léxico es directo y popular.

Su personalidad tiene la impronta de los dramas de infancia y de adolescencia, pero también en sello ardiente de sus luchas dentro del Partido. Ha sido duro el ascenso de Daniel, ante el asedio, los celos y hasta la inquina de algunos de sus propios correligionarios. El 8 de mayo de 1974, cuando iba hacia el estrado donde recibiría la banda presidencial, en impensada respuesta al periodista, como son muchas de sus declaraciones, dejó testimonio de ese drama: el periodista preguntó: ¿don Daniel, se siente satisfecho de este momento? el Presidente Electo contestó: claro que sí, usted sabe, Danilo, me ha costado mucho llegar aquí.

Como el Daniel del Antiguo Testamento todos le reconocen extraordinaria inteligencia. A partir de allí, comienzan las dudas, las críticas y los ataques. Es más táctico -y de los mejores- que estratega. Primero su consagración a la política, después su actividad profesional. Estudiante universitario apenas y ya era dirigente en el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, colaborador en la revista "Surco" y en el "Diario de Costa Rica" de la agitada época de los años cuarenta. También daba la batalla en las calles y en la penumbra de la clandestinidad. Su arrolladora vocación política, permite afirmar que es un hombre en función política las 24 horas del día.

Son relativamente pocas, sus contribuciones escritas al acervo ideológico del Partido Liberación Nacional. La mayor parte de su producción en este campo, está en sus discursos de plaza pública o en sus entrevistas y comparecencias ante los medios de comunicación social. En un Partido que tiene ideología, pero cuyo acento es pragmático, el estilo político de Daniel Oduber, habría de asegurarle una fuerza singular en sus cuadros medios. A ese nivel, ha sido el dirigente de mayor poder en Liberación. Sus aporte ideológicos han surgido en la acción misma, porque está imbuido de la filosofía que encierra la estrofa feliz de Machado: "caminante no hay camino, se hace camino al andar."

**LUIS ALBERTO MONGE**

**San José, 4 de julio de 1975**

**DE DONDE VENIMOS**

**Daniel Oduber Quirós**  
**Artículos Publicados en Respuesta**  
**a un Editorial de "LA NACION". 1965**

*A los compañeros  
social demócratas  
caídos en la lucha*

El editorial publicado por "La Nación" en su edición del 10. de enero, plantea la campaña política que se avecina, en términos de principios y de concepciones ideológicas.

Es saludable esa actitud, que contrasta con la tradición de dimes y diretes que algunos políticos parecen empeñados en conservar, tal vez por incapacidad de sostener un debate en otro terreno.

Según "La Nación", van a enfrentarse dos tendencias fundamentalmente antagónicas: la democrática-republicana y otra, que el periódico no bautiza, que está representada por el partido a que pertenezco; el tono del editorial, es que esta tendencia no es ni democrática ni republicana. Y como el periódico reconoce que esa tendencia no está en las nubes ni es una entelequia, sino que ha venido imponiéndose en el país a lo largo de un período considerable, valdría la pena saber si el editorialista cree honradamente que de veras el sistema republicano y democrático ha dejado de tener vigencia en Costa Rica; y si no él, por lo menos algunas de las libertades y conveniencias que dicho sistema presupone para los ciudadanos que viven en un país regido por él.

No es claro el editorial en este aspecto, pero parecería adivinarse de él una respuesta a la pregunta que acabo de formularme: Costa Rica no ha perdido su democracia ni su república, pero está a punto de perderlas, las va a perder en el futuro, para establecerse en estado totalitario.

No explica el editorialista cómo habrá de crearse un estado totalitario con la multiplicidad de partidos que aquí tenemos (el estado totalitario supone por definición un único partido legal), ni qué síntomas ve de que el partido a que pertenezco se proponga suprimir la legalidad de sus contendientes para llevar al país al totalitarismo.

La afirmación está hecha en un tono aparentemente tan serio, que no creo que deba tomarse como una figura literaria o como una licencia poética de esas con que "La Nación" viene anunciando la inminente destrucción de los principios básicos de la democracia y la república, desde el día 21 de junio de 1948, en que se promulgó el decreto de nacionalización bancaria.

Desde esa fecha, todos los proyectos y planes importantes del Estado costarricense, han sido reputados por "La Nación" de peligrosos para la democracia costarricense. Todos han sido puestos en vigencia pese a la oposición de ese periódico y creo que la democracia costarricense, lejos de haberse mutilado desde aquella fecha, se ha perfeccionado y ha florecido con toda plenitud.

En el aspecto puramente político, de aquel entonces a hoy el país ha celebrado cinco elecciones (una de constituyentes, una de diputados y tres presidenciales), sin que en ninguna de ellas haya existido violencia, presión, engaño, fraude o torcimiento de la voluntad popular. A partir de esa fecha, todos los gobiernos que se han sucedido han representado tendencias o partidos de opuestas ideologías, sin que ninguno haya intentado desconocer el triunfo de sus opositores, cosa que no ocurriría con demasiada frecuencia en la época anterior, que "La Nación" añora tan a menudo. El país ha entrado a vivir un régimen de partidos que (si las democracias anglosajonas no son una añagaza) es el más eficaz para el desarrollo y permanencia de los sistemas democráticos. Se ha perfeccionado el sistema electoral, se han ampliado las atribuciones, independencia y capacidad financiera de los organismos electorales y ha asumido paulatinamente el Estado, por medio de ellos, la inscripción de los ciudadanos en el padrón (terminando así la situación previa de que el registro del ciudadano estuviera a merced de la capacidad económica y de organización del partido de sus simpatías).

En el aspecto económico, ha florecido la empresa privada, y el número de empresarios es cada día mayor, así como la diversidad de sus empresas; manejada la banca con un criterio de servicio y desarrollo que todavía está pidiendo, es cierto, un mejoramiento, es mucho mayor ahora que antes el número de costarricenses que tiene acceso al crédito, y cada día será menor el requisito de solvencia previa para obtenerlo; se han creado notables incentivos para la nueva empresa industrial, en un afán de industrialización. Y prueba del notable incremento que la empresa privada ha logrado en estos años, es que mientras la población del país crece en progresión casi geométrica, no se ha creado un problema grave de desocupación; lo que demuestra que continuamente se han estado abriendo nuevas posibilidades de trabajo.

Costa Rica ha hecho, en este lapso, un gigantesco esfuerzo de desarrollo económico al través del Instituto Costarricense de Electricidad, que si no hubiera tenido



otro mérito que el de haber cristalizado en realidad los anhelos de dos patricios como Alfredo González Flores y Ricardo Moreno Cañas por la nacionalización eléctrica, ya por sólo eso merecería que todos estuviéramos orgullosos de él.

Pero el hecho es que el ICE, ha resuelto el problema de la energía eléctrica en las regiones donde opera, y que sus proyectos, que se han venido cumpliendo ejemplarmente, terminarán por resolverse a todo el país, con el consiguiente beneficio, que no hay necesidad de ponderar aquí.

La labor del ICE habrá de ser reconocida, espero, incluso por aquellos periódicos que saludaron su creación diciendo que se trataba de un organismo que vendría a duplicar burocráticamente las funciones del Servicio Nacional de Electricidad, que, como todo el mundo lo sabe, es una oficina reguladora.

En el campo social, el fenómeno más visible, y yo no sé que sea anti-democrático ni anti-republicano es la emergencia de una poderosa clase media, que ha venido a sustituir, como la más influyente, a la antigua clase aristocrática, sumamente reducida en número. Este fenómeno es visible en todas las ramas de la actividad: la política, la económica, todas, están denominadas por una clase media cada día más numerosa, cuya generación actual, en términos generales, nació proletaria.

Yo sé que hay elementos recalcitrantes que todavía se quejan de que esa clase media ha venido a usurpar posiciones de influencia económica, política y social que antaño estuvieron reservadas a círculos reducidos. No me atrevo a creer que "La Nación" está dando expresión pública a esos elementos, que por lo general hablan desde un archivo.

Se ha elevado considerablemente en el mismo período, el nivel de vida de los costarricenses. Basta observar cómo ha disminuido el número de ciudadanos descalzos; basta ver la cantidad de bicicletas que circulan por las áreas rurales; basta ver la cantidad de viviendas humildísimas donde hay un aparato de radio. La política de salarios crecientes llevada a cabo por el grupo político a que pertenezco, no ha sido ajena a esa realidad. Es claro que ese aumento de salarios ha disminuido ligeramente las posibilidades de gasto superfluo de los grupos sociales que los pagan, pero en términos generales hay que reconocer que los patronos costarricenses han comprendido el contenido

patriótico de las medidas, y han accedido a esa manera de compartir sus ingresos para beneficio de todos.

El período acusado por "La Nación" como de tendencia totalitaria, ha presenciado un gigantesco esfuerzo por resolver el problema de la vivienda. A algunos, me imagino, les habrá de disgustar que haya sido el Estado el que haya asumido la función de construir viviendas, función que el Estado del Siglo XIX desconocía. Pero nadie puede ignorar los beneficios que a la colectividad costarricense ha traído el INVU. Ni siquiera aquellos que recibieron su creación con sospechas de que sería un mero organismo burocrático.

Hoy mismo, entre acusaciones de comunismo y otras lindezas a que no vale la pena referirse, un nuevo Instituto está dedicado a la tarea de dar tierras a los costarricenses que no las tienen. Con procedimientos legales claros, está afrontando la solución de los problemas de fincas invadidas, que habría sido inhumano resolver con concepciones anticuadas mediante el empleo de la fuerza bruta. Y está adquiriendo, en libres contrataciones, sin prepotencias para nadie, tierras en diferentes partes del país, con una tendencia, que juzgo feliz, de realizar una sana política agraria que a Dios gracias se está llevando a cabo sin confiscaciones y sin alterar el sistema democrático y republicano de Costa Rica. En lo personal, no creo que ese Instituto, ni en su concepción ni en su funcionamiento, justifique el miedo al totalitarismo.

En el período a que vengo refiriéndome, Costa Rica ha comenzado a experimentar la revolución educativa de la segunda enseñanza gratuita. Y el Estado ha abierto una cantidad enorme de colegios, en medio de dificultades no sólo económicas, sino técnicas que admito. Pero está empeñado en un esfuerzo educacional de primera magnitud, cuyas consecuencias no pueden ser más que democráticas y republicanas.

O sea que yo le veo a Costa Rica el desarrollo y el crecimiento y se los veo con optimismo. Lo que no le veo es el totalitarismo.

Claro, que si el totalitarismo es tan contradictorio como lo ve "La Nación", no creo que sea un problema ni para nosotros ni para nuestros hijos. Porque ese, el del editorial, es un totalitarismo de dos filos contradictorios, que por una parte se manifiesta en una presunta autarquía absoluta de las Instituciones Autónomas (moros sin señor por emplear un lugar común), y por otra en

la pérdida absoluta de esa autonomía que el editorial ve inminente, si el partido a que pertenezco gana las próximas elecciones.

Para "La Nación" el totalitarismo, cuando se trata de ir contra la autonomía, consiste en el exceso de ella; cuando se trata de ir contra el poder central, consiste en la amenaza que se cierne sobre ella. Me parece que no puede operar en dos direcciones tan opuestas. Y resulta curioso que un periódico que tantas veces se ha pronunciado contra lo que algunos llaman la desarticulación del Estado, se alarme tanto por la existencia de esos proyectos de que él habla, que tienden a centralizar un poco y que fueron inspirados en parte por las reflexiones antiautonomía del mismo periódico.

Yo pertenezco con orgullo a una generación que se planteó hace 20 años, el futuro costarricense en términos, por calificarlos sencillamente, "social demócratas". Y que ha cumplido lo que se prometió y le prometió al país. El propio periódico "La Nación" se refirió hace algunos meses al libro "Ideario Costarricense", publicado en 1943 y que es una especie de manifiesto de esta generación, no sólo del sector de ella que milita hoy en el mismo partido que yo, sino de toda ella. Fue una promesa al país de darle nuevos rumbos. Por cumplirla, se nos ha calificado con todos los adjetivos posibles e imposibles. Pero la verdad es que después de los años que mi generación lleva de influir en el país y en su gobierno, ningún ciudadano puede decir que vive más oprimido que antes, en una comunidad más pobre que la de antes, ni menos libre que antes, no puede decir que sus derechos se respeten menos que antes; más bien, podemos decir orgullosamente que tendría que manifestar todo lo contrario. Creo, sinceramente que hemos logrado progreso en todos los campos, sin que se haya sacrificado, ni para la comunidad ni para ninguno de sus componentes, uno sólo de los derechos o libertades básicas que distinguen al sistema republicano y democrático del sistema totalitario.

## -II-

La que "La Nación" llama tendencia totalitaria, no es otra cosa que una posición política que en Europa y América Latina se conoce con el nombre de "social democrática", y en los Estados Unidos con el nombre de "liberal".

Esa posición, en muchos aspectos, es una reacción saludable contra los excesos crueles del llamado

liberalismo manchesteriano practicado en el siglo XIX, que trajo, es cierto, prosperidad a algunas naciones, y al mismo tiempo, miseria a sus proletariados. Estos excesos produjeron también el marxismo.

En síntesis, nuestra opinión política es que el Estado moderno puede liquidar los excesos mencionados, y emancipar económica y socialmente a las masas desposeídas, sin sacrificar las libertades democráticas básicas conocidas últimamente como "Derechos Humanos". O sea, que se puede terminar con las desigualdades e injusticias que trajo el liberalismo económico, sin salirse de los postulados del liberalismo político. El expositor más sistemático de ese sistema de pensamiento, es el ilustre columnista de "La Nación" Walter Lippmann, cuya obra básica, "The Good Society" el editorialista de "La Nación" habrá de conocer con toda seguridad.

En la América Latina, esa posición ha sido la de José Batlle y Ordóñez, Víctor Raúl Haya de la Torre, Pedro Aguirre Cerda, José Figueres, Rómulo Betancourt, y otros estadistas notables; en Costa Rica, tuvo como precursor ilustre a Alfredo González Flores, y fue adoptada plenamente por el grupo del "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales" a que me honré en pertenecer. Hoy la representan -con diferencia de matiz- los partidos llamados populares (como el partido en que milito) y los de carácter democristiano. Dentro de la diferencia de matiz a que me refiero la representan en Venezuela Rafael Caldera y en Chile el Presidente Frei.

En los Estados Unidos, el "New Deal" del Presidente Roosevelt (uno de cuyos principales teóricos lo fue el señor Lippmann) representa la cristalización de esa tendencia, que ha sido continuada por los presidentes Truman, Kennedy y Johnson, y expuesta doctrinariamente en forma continuada por el historiador Arthur Schlesinger, el senador Eugene McCarthy (a quien no debe confundirse con su homónimo Joseph de triste memoria), y el Vice presidente electo, Hubert Humphrey, cuyo reciente libro "La Causa es la Humanidad", es lectura sumamente ilustrativa para cualquier persona o periodista que quiera enfocar con seriedad este tipo de problemas.

Sostiene el señor Humphrey en esa obra, que la sociedad industrial trajo como consecuencia, a fines del siglo XIX, la concentración de la riqueza y el poder en manos de muy pocos, y que esa concentración se utilizó para destruir precisamente la libre competencia preconizada por el liberalismo económico, y para aumentar la injusticia social por medio de un control absoluto sobre los

gobiernos. O sea, agrega, el ejercicio del poder político como una derivación del poder económico, situación contra la que todo auténtico demócrata reacciona vigorosamente.

Para evitar ese estado de cosas, sigue el Vice-Presidente electo de los Estados Unidos, nació en las democracias la corriente de pensamiento social que exigió la consolidación del voto popular y el mejoramiento de los habitantes. Esas doctrinas social-demócratas se expandieron rápidamente en los Estados Unidos, donde fueron bautizadas con el nombre (para los latinoamericanos y europeos un poco confuso) de "pensamiento liberal", en contraposición al pensamiento conservador de quienes preferían mantener el estatuto del Siglo XIX. Al comenzar este siglo, el Presidente Theodore Roosevelt vio y puso en práctica las posibilidades democráticas que tiene un gobierno vigoroso para hacer frente a los problemas creados por las empresas grandes; Woodrow Wilson continuó esa labor, y Franklin D. Roosevelt completó la transformación del pensamiento liberal norteamericano en una doctrina que cree que el poder del Estado debe emplearse no sólo para garantizar la libertad, sino para obtener una medida razonable de igualdad.

Me parece oportuno citar aquí una frase del Presidente Roosevelt pronunciada en 1938, y que el señor Humphrey menciona en su libro:

"En los días de Jefferson, en los días de Jackson, y en los días de Lincoln, de Teodoro Roosevelt y de Wilson, un grupo apareció claramente como liberal, opuesto a otro grupo conservador. La gran diferencia que ha caracterizado esta división, ha sido que el elemento liberal (no importa cuál fuere el nombre que asumió en cada ocasión) creía en la sabiduría y la eficiencia de la voluntad de la gran mayoría del pueblo, en contraposición al juicio de una pequeña minoría educada o rica. El elemento liberal siempre ha creído que el control del poder por unos pocos -control político o económico- si se ejerce por un período largo de tiempo destruiría la democracia representativa sana. Por esa razón, entre otras, siempre ha luchado por la extensión del derecho al voto..."

Interrumpo aquí la cita de Roosevelt, para comentarla: afirma el gran estadista que lo que caracteriza al elemento liberal (social demócrata en términos latinoamericanos y europeos) ha sido su fe en la sabiduría y eficiencia de la voluntad de la gran mayoría del pueblo en contraposición al juicio de una pequeña minoría educada o rica.

Creo que el fenómeno costarricense actual está claramente enfocado allí: el resultado de las tres últimas elecciones costarricenses, ha puesto de relieve que una gran mayoría del pueblo respalda y se inclina por la tendencia que ha predominado en el Gobierno de Costa Rica en los últimos años, que no es una tendencia de liberalismo siglo diecinuevesco; en las elecciones de 1962, los dos partidos que propulsan una continuación de ese camino, obtuvieron, conjuntamente, un ochenta y cinco por ciento de los votos; el que representaba en cierta forma el liberalismo económico y la no intervención del Estado en ciertas cosas, alcanzó alrededor de un quince por ciento. El editorial de "La Nación" demuestra que ese periódico no cree o no tiene fe, "en la sabiduría y eficiencia de la voluntad de una mayoría del pueblo", y cree que esa mayoría del pueblo está llevando a Costa Rica por el camino del totalitarismo. "La Nación" representa el pensamiento de sus accionistas, que son una "minoría educada y rica"; respetable, además: Cree más en el juicio político de esa minoría. Le falta fe democrática. Sigo con las frases de Roosevelt:

"La otra gran diferencia que existe entre las dos tendencias ha sido ésta: el elemento liberal cree que, en la medida en que se presentan nuevas condiciones y nuevos problemas que van más allá de lo que hombres y mujeres pueden enfrentar individualmente, el deber del Gobierno es buscar la forma de hacerles frente. Y la teoría de ese papel que debe jugar el Gobierno, fue expresada por Abraham Lincoln cuando dijo que "el objeto legítimo del Gobierno es hacer, por una comunidad de gentes, todo lo que ellas deberían hacer pero no hacen bien, por su condición de individuos separados".

Yo creo que es deber del Gobierno el buscar la manera de hacerles frente a las nuevas condiciones y a los nuevos problemas. Por eso nunca he compartido la nostálgica y constante posición de "La Nación", que invita de continuo a los políticos costarricenses, a aplicar las fórmulas con que gobernaron, al comenzar de ese siglo, las grandes figuras históricas que fueron don Cleto y don Ricardo. Nuevos problemas y nuevas situaciones requieren nuevas fórmulas.

Los liberales norteamericanos, y los social demócratas latinoamericanos y europeos, nos preocupamos de esos problemas. De allí que los Gobiernos en que hemos participado en Costa Rica, se hayan caracterizado por su acción. La creación de nuevas y numerosas instituciones responde a esa preocupación por los problemas. Nos preocupamos por el problema de la electrificación: nos

preocupamos por el problema de la vivienda; nos preocupamos por el problema de la estabilización de los precios; nos preocupamos por el problema de fomentar el turismo; nos preocupamos por el problema agrario.

Donde el conservatismo costarricense ve burocracia, nosotros vemos acción. Donde el conservatismo costarricense ve interferencia con la actividad de algunos empresarios, nosotros vemos gestión gubernamental en favor de las mayorías. Por esto mientras nosotros nos preocupamos por mostrarle al país los frutos reales de esas instituciones, el conservatismo nacional se recrea en destacar las deficiencias administrativas o el exceso de empleados en ellas, o bien las eficiencias o no de los procedimientos establecidos para vigilarles sus presupuestos.

Y es que a ese conservatismo le disgusta que esas instituciones existan. Podría decirse que lo que le preocupa es que existe un Gobierno capaz de solucionar los problemas que no quiso enfrentar el Estado tipo siglo XIX, que ellos añoran.

Los editoriales recientes de "La Nación" parecen reflejar o secundar estas preocupaciones.

En otras oportunidades, tanto en Costa Rica como en los Estados Unidos, la reacción contra la corriente liberal o social-demócrata ha asumido facetas más primitivas, y se ha dedicado con fruición a acusarla de favorecer la tendencia totalitaria que sea más peligrosa para la democracia representativa en un momento dado. Nos han acusado de fascistas, y ahora de comunistas. El editorialista de "La Nación" recordará de seguro el dineral que un partido de tinte conservador gastó en páginas de prensa en 1952, tratando de demostrar que don José Figueres, candidato entonces, era comunista. En la campaña de 1961 se usó la misma arma, aunque más débilmente contra don Francisco Orlich.

Así en los Estados Unidos han proliferado cosas como el Mc Carthyismo, la Sociedad John Birch y demás, que bajo la capa de combatir al comunismo, lo que combaten es la tendencia "liberal" norteamericana, a la que acusan, naturalmente, de comunista. Esto es, de totalitaria.

-III-

Espero que a los señores editorialistas de "La Nación" les interese tanto como a mí el pensamiento del

Vicepresidente Humphrey, no sólo porque refleja la tendencia de los actuales gobernantes de la democracia republicana más poderosa de la Tierra, sino también porque es un pensamiento moderno, que se aparta notablemente de las aberraciones manchesterianas que ciertos grupos se han propuesto de manera interesada poner en boga otra vez en un mundo que ya las superó. El afán que caracteriza a nuestro siglo, es el de poner los recursos estatales al servicio de la emancipación de las mayorías desposeídas, mayorías que, dicho sea de paso, no lograron nunca mejorar su condición económica y cultural durante el período en que (con libertad económica absoluta como insignia) los grupos más poderosos económicamente creyeron haber heredado los privilegios, y exclusividades de las aristocracias derrocadas por la Revolución Francesa, y lograron convertir a los recién nacidos estados republicanos en meros vigilantes y protectores de sus cuantiosos intereses.

Digo lo anterior, porque he encontrado una gran identidad de ideas entre el señor Humphrey y los que por largas décadas hemos venido sosteniendo en la América Latina los grupos social-demócratas.

Sostiene el Vicepresidente Humphrey, que dentro del pensamiento liberal (o social-demócrata) norteamericano, se fueron diferenciando dos corrientes de pensamiento: una que creía que las empresas grandes eran malas por definición y que las grandes concentraciones de poder económico debían ser destruidas por el Gobierno; y otra, que apareció más tarde, que sostiene que en determinadas actividades, la magnitud de la empresa y la movilización de recursos que ella supone, son esenciales para una economía que requiere, cada vez más, producción en masa y distribución en masa. Esta segunda escuela reconoce los peligros inherentes a la concentración de riquezas, pero sostiene que a ella debe enfrentarse un poder de equilibrio, o sea el poder estatal de regular y controlar por un lado, y por el otro el poder de los trabajadores organizados y grupos similares.

Se me dirá que la concentración de riqueza que puede haber en Costa Rica son ridículas si se las compara con las que existen en los Estados Unidos. Pero guardadas las diferencias de dimensión territorial y riqueza nacional, sí podemos afirmar que en Costa Rica existen determinadas concentraciones de éstas, y que algunas se van convirtiendo en evidentes monopolios, o tienden a ello.

Mi pensamiento coincide con el de Humphrey: esas concentraciones deben estar equilibradas por el poder del Estado, y por la organización de los trabajadores. En mi actividad pública, he impulsado las dos corrientes, con ese



criterio fundamental. "La Nación" se ha opuesto a ambas: a la gubernamental y a la sindical. Y no sólo editorialmente, sino también en sus informaciones, y con sus silencios. Es frecuente leer en otros periódicos la queja de las organizaciones de trabajadores, porque "La Nación" se niega a publicar sus comunicados y opiniones. Se me ha señalado lo ocurrido en un reciente seminario relacionado con la Alianza para el Progreso: el día que ese seminario se ocupó de asuntos sindicales, "La Nación" omitió publicar crónicas o informar sobre esa reunión.

La corriente que admite la existencia de la gran empresa pero aspira a regularla, vigilarla y contrapesarla, ha terminado por imponerse, dentro del pensamiento liberal norteamericano o social demócrata latinoamericano y europeo, a la que simplemente quería destruir la empresa grande. En la época de Roosevelt, y a ese respecto es interesantísimo el libro de Arthur Schlesinger Jr., Consejero del Presidente Kennedy, las dos corrientes se hicieron sentir y dominan alternativamente la política del gobierno. Los individuos que tachaban de totalitaria la política rooseveltiana han sido olvidados.

Es claro que las empresas grandes tienen una contribución grande que hacer a la economía, lo mismo que las pequeñas. Pero donde la concentración de poder económico sea tal que no esté apropiadamente balanceada por otras fuerzas de la misma economía el gobierno tiene una clara obligación de actuar. Porque su deber es mantener la balanza del poder en la economía promoviendo la competencia y el fortalecimiento de las empresas pequeñas, y fortaleciendo a las organizaciones laborales para que ellas, desde su posición de organismos privados, adquieran el necesario poder de negociación.

De allí que ciertos incentivos que el Estado costarricense ha otorgado a determinadas empresas nuevas, en un afán de industrialización que ofrezca posibilidades honestas de trabajo a nuestra creciente población, y que para algunos tienen carácter monopolístico, deban ser de carácter transitorio. El Estado debe procurar que la empresa se fortalezca, pero no puede permitir que se convierta en un peligroso monstruo.

Estas concepciones se llaman a veces "economía mixta"; el Vicepresidente Humphrey las llama "economía balanceada". En una economía donde las grandes y las pequeñas empresas, el capital y el trabajo, el trabajador de la hacienda grande y el pequeño productor, tienen todos que desempeñar un papel importante, habrá siempre, desde luego, conflictos y luchas por obtener ventajas. Cuando el gobierno tiene

clara conciencia de su deber e interviene para regular esas fuerzas, los conflictos y las luchas se pueden solucionar con beneficio para todos y sin perjuicio para nadie.

En Costa Rica hay quienes creen que el Estado debe emplear sus poderes en casos como éstos, siempre en favor de los intereses empresariales; y para ellos, cualquier actividad de tipo sindical, cualquier intervención del Estado que favorezca a los trabajadores, es prácticamente cosa del demonio. El Estado, a mi juicio, debe intervenir con vista del interés nacional superior, que no es sistemáticamente el de ninguna de las partes en pugna. Por lo que a mi me toca, no suscribo la expresión aquella "lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos", (adapte el lector la expresión a la realidad costarricense). Por eso el partido de que formo parte no acompaña a quienes creen que la intervención del Estado es "interferencia indebida", y la acción sindical "penetración soviética"

Las ideas que someramente he expuesto, han encontrado respaldo abundante en el pueblo costarricense a través de numerosas elecciones. Y hace apenas dos meses, lo encontraron aplastante en el pueblo norteamericano.

Crear en estas cosas, no es renegar de nuestras mejores tradiciones, sino fortalecerlas, si creemos en el verdadero fondo de esas tradiciones. Los grandes próceres de nuestra historia, lucharon bravamente contra las nacientes oligarquías. Algunos perecieron en la demanda. Ciertas épocas de nuestra historia republicana, plagadas de inestabilidad política, de cuartelazos, golpes de Estado y desconocimiento de gobiernos legítimos, tienen un trasfondo, ya analizado por los historiadores, de luchas entre el poder político emanado del pueblo, y el poder económico que pugnaba por apoderarse del primero.

El poder político y el poder económico deben estar equilibrados. Ninguno de ellos debe ser el trampolín para alcanzar el otro. Pero hay que tomar en cuenta que mientras uno de ellos es periódicamente renovable en un país como Costa Rica, el otro es hereditario.

El Estado costarricense ha crecido, como consecuencia natural de la aplicación práctica de las concepciones que los norteamericanos llaman liberales. Pero ha crecido mediante el proceso de la descentralización, que es el más apropiado para el caso; ahora hay una queja contra la descentralización, pero tengo para mí que es de tipo funcional y no doctrinario. Estimo que Costa Rica debe

proceder a una revisión de sus sistemas descentralizados, para adecuarlos a los resultados de la experiencia.

Estoy seguro de que "La Nación" coincide conmigo en ese pensamiento porque tengo motivos para creer que su oposición a los entes descentralizados tiene un carácter más de funcionamiento que de doctrina; o sea que cuando se queja de ellos, es más porque estima que no están caminando bien, que porque desea que no existan.

Un ejemplo de ello es la conducta que ha observado respecto al Instituto Costarricense de Electricidad. Lo combatió duramente durante mucho tiempo. Pero en el momento en que estimó que ese Instituto caminaba bien (como lo estimo yo), su posición respecto a él cambió radicalmente, y ya no propicia su desaparición.

Por espacio de más de dos décadas, la generación a que pertenezco, y el grupo generacional en compañía del cual he dado largas batallas en la vida pública, ha sostenido y defendido las doctrinas que en estos artículos he querido resumir con referencias a lo que ellas significan en la reciente historia de los Estados Unidos.

Su aplicación a Costa Rica, al través casi de 20 años (durante nueve de los cuales ellas han prevalecido en el gobierno), creo firme y orgullosamente, que ha sido benéfica para el país.

El ciudadano de 1965 es más libre que el de 1947. Hay más empresas pequeñas y más empresas grandes en 1965 que en 1947, y están más prósperas ahora que entonces. El costarricense vive mejor en 1965 que en 1947. El sistema democrático-republicano funciona mejor ahora que antes. El país se ha desarrollado como no se desarrolló nunca en un período anterior de igual duración, en lo económico, en lo social, en lo cultural y en lo político.

Algunos grupos y ciudadanos han visto disminuido en ese lapso, no el número de comodidades de que disfrutaban, sino el abismo que separaba antes las suyas, de las de otros ciudadanos. Quizás esto les produzca temor, sin motivo alguno.

#### -IV-

Las ideas expresadas por una gran cantidad de políticos y pensadores de nuestra época y que marcan el camino a gran cantidad de partidos en el mundo libre,

vienen a coincidir en que únicamente por el ejercicio efectivo de la democracia política puede hacerse mejoramiento social con dignidad. Los grupos de pensamiento que en 1948, fuimos llevados a una guerra por defender la democracia representativa, nos dimos cuenta, desde esa época, de que no podía hablarse de democracia si en forma paralela al fortalecimiento de la dignidad del ciudadano, no se llevaban a cabo planes concienzudos de desarrollo económico en los cuales las empresas privadas tenían un papel primordial que cumplir. En 1950, después de haber ejercido el poder provisionalmente por dieciocho meses después de la Guerra de Liberación Nacional, diversos grupos de costarricenses con afinidad en doctrinas, decidimos fundar el Movimiento de Liberación Nacional. Teníamos ya la experiencia del ejercicio del poder y nos dábamos cuenta de que la época exigía un tipo de Gobierno que, impulsando al máximo la producción, evitara que minorías afortunadas explotaran a los pequeños empresarios o a los trabajadores, negando así el sacrificio de los costarricenses muertos en la guerra.

Ya en las montañas de Dota, el Ejército de Liberación Nacional había lanzado una proclama que sostenía la necesidad de mejorar y mantener las conquistas sociales del pueblo costarricense aún contra quienes las habían defendido únicamente por oportunismo político. Un grupo disidente de lo que era la Oposición Nacional de entonces, se separó de nuestro movimiento, calientes aún los cuerpos de los muertos, porque no quisimos derogar el Código de Trabajo. Otro grupo se desprendió en Cartago, porque manifestamos respeto a la elección de don Otilio Ulate. Se separaron de nosotros porque fortalecíamos el derecho electoral, y porque manteníamos las conquistas sociales del país. Pero estábamos conscientes de que, en uno y otro campo, no se podía liberar íntegramente al hombre costarricense, si no era a base de un aumento espectacular de la producción, de un apoyo sin límites a la empresa privada productiva, y de una distribución justa del ingreso nacional. Por esas razones, una vez restaurada la democracia política de Costa Rica, fundamos el Movimiento de Liberación Nacional para participar en el libre ejercicio democrático de elegir y ser electos. La Carta Fundamental del Movimiento, aprobada en 1951, sostiene entre otros puntos lo siguiente:

"6) ESTADO: El Estado es la organización político-jurídica del poder de la sociedad, encargada de garantizar los derechos de los individuos; debe realizar por medio del orden jurídico, todas aquellas funciones en las cuales su intervención se justifica por motivos del bien común que,

en ningún caso, pueda justificar el sacrificio de los atributos fundamentales en la dignidad humana."

Definimos así, basados en la más pura doctrina de la Iglesia Católica, la forma y los límites de la intervención del Estado en garantía de las grandes mayorías no afortunadas de los países pobres como Costa Rica. Más adelante decimos:

"9) Reconocemos la PROPIEDAD PRIVADA y proclamamos su función social cuyo ejercicio debe inspirarse en el bienestar de todos. Consideramos necesario establecer la propiedad como un hecho social generalizado y evitar su creciente concentración. Debe reservarse el Estado aquellas formas de propiedad que entrañen un poder de dominio tan grande que no puedan dejarse, sin perjuicio, en manos de particulares. No deben existir propiedades ni medios de producción inactivos. La actividad económica es de utilidad pública y debe organizarse racionalmente con miras de bienestar general."

Este concepto del Movimiento a que pertenezco es también inclusión textual de encíclicas papales y de doctrina social de la Iglesia. Después de 1950, dos sucesos importantes aparecieron en el mundo libre y vinieron a sintetizar y a vigorizar el pensamiento político de quienes concebimos la democracia como el instrumento más adecuado para el mejoramiento social del hombre. La llegada al poder del Partido Demócrata en los Estados Unidos, bajo el liderato brillante de John F. Kennedy y la llegada a la más alta posición de la Iglesia del Papa Juan XXIII, vinieron a ratificar que para hacer frente a los vicios de la sociedad occidental tenían que adoptarse planes y programas de acción política que erradicarán la explotación y la miseria que vivía el mundo, principalmente en los continentes subdesarrollados, y que estaban sirviendo de caldo de cultivo a las pérdidas comunistas. Una a una las citas de los discursos y libros del Presidente Kennedy y las citas de las encíclicas Mater et Magistra y Pacem in Terris, coinciden con el pensamiento expresado en artículos, discursos, mensajes y proclamas por los hombres que en Costa Rica, por años, hemos venido luchando por mayor justicia y menos explotación y miseria.

Las veces que el Movimiento de que formo parte ha ejercido el poder, la empresa privada y la iniciativa individual han florecido y han dado muestra clara de que, apoyadas por los hombres del Estado, están listas para hacer frente a los nuevos retos de la época. Pruebas de ello las podemos dar a montones. Pero para nuestros adversarios en Costa Rica, las únicas empresas que se deben

proteger son las grandes empresas, propiedad de unos pocos; y la iniciativa particular que se debe estimular es la de aquellos que creen en hacer fortuna a base de estrujar a la pequeña finca y a la pequeña empresa o de negar a los trabajadores de Costa Rica sus derechos. A pesar de eso, repito, los grandes empresarios de Costa Rica se han beneficiado de los programas y planes de los Gobiernos en que hemos tenido participación. Cuando esos pequeños grupos lograron obtener los votos del calderonismo, llevaron hombres de su confianza al ejercicio de un Gobierno que, fiel a sus doctrinas, se caracterizó por no hacer nada. El país puede perfectamente darse cuenta de qué es lo que ellos consideran un buen Gobierno, analizando la administración que estuvo en el poder de 1958 a 1962.

No somos totalitarios. Nuestro movimiento nació con las inquietudes de nuestra generación, al negársenos los derechos políticos en la década de los años cuarenta. No somos enemigos de la empresa privada, ni de la iniciativa privada. Las hemos defendido desde el poder y desde la oposición. Pero no creemos que el Gobierno deba desaparecer para que sean los grandes empresarios los que manejen a su antojo los asuntos públicos, ya que está demostrado hasta la saciedad que cuando se les entrega a ellos el poder, sólo piensan en sus intereses y sus utilidades y no en el bien común de los diversos factores de la producción. No somos fanáticos ni extremistas. Tenemos en nuestro Movimiento empresarios capaces y eficientes que nos han enseñado el respeto que se merecen los hombres de trabajo de Costa Rica. Pero esos mismos hombres nos han enseñado también que es al Gobierno al que corresponde evitar que el grande explote al pequeño y que si Costa Rica ha dado un salto espectacular en el aumento de su producción, también lo ha dado con el ejemplo -sanísimo para la economía- de hacer una distribución más justa del ingreso nacional.

Somos demócratas y no somos totalitarios. Que eso le quede bien claro al editorialista de "La Nación". Fueron nuestros compañeros de ideas quienes salieron a luchar por la democracia política de Costa Rica, brindando muchos su vida a ese propósito. Las veces que hemos ejercido el poder, hemos llegado al extremo de la tolerancia, en el ejercicio de los derechos humanos. Pero no podemos permitir, en el uso de estos derechos, que se atropelle a muchos en beneficio de unos pocos; y para eso pedimos el voto, cada cuatro años, a las grandes mayorías nacionales.

Esa es nuestra posición; los resultados de nuestra gestión de gobierno están a la vista, para que se contraste la Costa Rica de 1965 con la de 1947.

Los resultados prácticos de las ideas de "La Nación" no están a la vista, pero es fácil deducirlos con sólo imaginar una Costa Rica donde los deseos editoriales de ese periódico se hubieran cumplido sin Impuesto Sobre la Renta.

Seria una Costa Rica sin ICE, sin INVU, y sin ITCO. Una Costa Rica con los Bancos en las manos privadas que antes estuvieron. Una Costa Rica donde el trabajador ganaría el mismo salario que en 1947. Y de paso, una Costa Rica sin partidos políticos permanentes que pudieran levantar esas banderas de progreso y reivindicación.

Un panorama desolador, indudablemente.

**APUNTES PARA UN CONGRESO IDEOLÓGICO  
DEL PARTIDO LIBERACIÓN NACIONAL**

**Daniel Oduber Quirós**

**Ideas relacionadas con la Carta Ideológica de la  
Juventud Liberacionista (Mayo de 1968), con el  
Manifiesto Democrático para un Revolución  
Social (Patio de Agua) y con otros documentos.**

**Marzo, 1969**



## INTRODUCCIÓN

En mayo de 1968 hice un viaje de diez semanas a Europa.

Al pasar por New York visité la Universidad de Columbia a donde a menudo iba a conversar con profesores amigos. No pude entrar. Estaba rodeada por la policía; las revueltas estudiantiles habían tenido como resultado la ocupación de sus edificios y su destrucción. Ya al llegar a París había oído hablar de la revolución que se acababa de iniciar en la Universidad. Me parecía exagerada la información sobre ese movimiento estudiantil, pero al visitar la Sorbona y al vivir en sus alrededores esos días y noches, me di cuenta de que se le estaba planteando a Francia una revolución violenta, apoyada por estudiantes, profesores y obreros, que deseaban el cambio de la estructura política del país.

No se trataba sólo de cambiar la estructura de la educación, sino el "orden de cosas", la sociedad misma. Aunque en esos primeros días la "revolución" tuvo la simpatía de los obreros, de los intelectuales y de la clase media, luego, en su mayoría, esos elementos la abandonaron y la condenaron.

Los grupos organizados de obreros y estudiantes empezaron la discusión pública acerca de la "revolución" en anfiteatros, periódicos y revistas, pero nunca hubo más confusión y contradicción que en esas semanas. Los que seguíamos con atención el proceso tratábamos de determinar los fines que perseguía el movimiento revolucionario, y ver en dónde se ubicaban los grupos organizados del país. ¿Se trataba en realidad de un cambio social en Francia? ¿Se trataba de destruir una forma de vida para construir otra? ¿Se trataba, en fin, de una revolución o de una explosión rabiosa sin dirección alguna?

Uno de los líderes estudiantiles más pintorescos era el alemán Daniel Cohn Bendit, de 23 años. Me llamó la atención, desde el primer momento, oírlo hablar de los "crápulas stalinistas", cuando por su parte "L'Humanité" (periódico comunista) decía en su edición de 11 de junio de 1968:

"Hemos denunciado y combatido la demagogia, las super-promesas y las provocaciones ultra-izquierdistas sostenidas

por el Partido Socialista Unificado que se presenta a veces como maoísta, como anarquista, como troskista... y a los grupos de aventureros, de personalidades enfermas, de renegados, etc."

Así, a primera vista, la revolución atacaba a la revolución acusándola de extremista. En el patio de la Sorbona ondeaban las banderas rojas y negras de los comunistas y de los anarquistas, pero el comunismo que ahí se predicaba era el de Mao, el de Fidel, el de Trotsky y, sobre todo, el de Guevara; no el "oficial", el de Moscú, duramente condenado por "conservador" y por reaccionario, es decir, por anti-revolucionario.

Los grupos de oposición a De Gaulle, reunidos en una federación de izquierdas, en sus primeros días apoyaron la revolución de mayo queriendo aprovecharla para hacer caer el Gobierno. Las grandes personalidades de la política francesa, el señor Francois Mitterrand y el señor Mendés-France, se habían repartido ya el nuevo Gobierno: uno sería Presidente y otro Primer Ministro. Así, mientras los partidos burgueses de oposición apoyaban el movimiento obrero-estudiantil, el Partido Comunista lo atacaba; es decir, la violencia era aceptable para la burguesía francesa, pero no para el grupo comunista ortodoxo. Lo mismo sucedía con las centrales obreras; en tanto las afectas a los partidos burgueses incitaban al paro nacional y admitían la violencia, la central comunista (CGT) los condenaba. Una caricatura de Siné mostraba una manifestación comunista de la CGT con cartelones que decían: "La Revolución no pasará".

En los boulevares del Barrio Latino los árboles se cortaban para hacer barricadas; los adoquines de las calles se usaban como proyectiles; los automóviles y muebles se quemaban. La guerra parecía medieval: estudiantes con cascos, escudos y picos, y la guardia republicana con cascos, escudos y garrotes. Parecían éstas batallas de la Edad Media, antes del conocimiento de la pólvora; la única excepción era el gas lacrimógeno, el que sufrían por igual los combatientes y los espectadores.

Sartre y los izquierdistas acusaban al Partido Comunista y a la Confederación General de Trabajadores de traicionar la Revolución, a la que estrangulaban deliberadamente.

Todo este cuadro de violencia, de contradicciones y de traiciones, no era sino una explosión de descontento más; de las muchas que estaban viviendo los países más avanzados en su desarrollo y cultura. Lo que había sucedido en las

principales ciudades de los Estados Unidos, calificando superficialmente de racismo, lo estaba viviendo París, Berlín, Roma y Praga, con diferentes matices. Lo viviría México en toda su intensidad. Lo sentirían en su propio seno Montevideo, Buenos Aires y Río de Janeiro; Tokio y Pekín. En Moscú la juventud se rebelaba contra lo establecido, y en las universidades polacas y checas se buscaba romper el orden social. La Revolución Cultural China, -segunda etapa de la revolución de 1948- apenas se conocía en sus aspectos más explosivos, pero nunca en toda su intensidad. El Ché Guevara, al morir en contra del mundo, se convertiría en bandera de protesta contra todos, aun en contra del comunismo mundial. Había que estar con la revolución contra todo; había que destruir todo: quemar, golpear, aniquilar. No importaba construir; eso vendría después. Lo importante era destruir.

El debate silencioso que no se satisfacía con el fuego en el Barrio Latino o con el ataque brutal de la policía de Chicago, se intensificó en 1968. Por debajo de los hechos pintorescos que atraían a la prensa y a los revolucionarios explosivos, estaba la inquietud de determinar para qué se deseaba hacer una revolución en los países industriales y cómo se haría. También se abría el debate sobre las técnicas que habían dominado el vocabulario político en el mundo desde 1848: comunismo, revolución, reforma, izquierdismo, reacción, anarquismo, protesta, etc.

No había duda de que en el mundo, 25 años después de la II Guerra Mundial, la juventud estaba contra todo. Pero lo más grave estribaba en que ese sentimiento no sólo era de la juventud sino que lo compartían también los mayores. Y empezó a verse que si en el orden tecnológico y científico se había llegado ya a la luna y al control de la poliomielitis, en el campo social no se había avanzado con igual celeridad. Ese sentimiento era protesta en Watts, California, o en cualquier ciudad de China. Y la protesta iba contra un orden social injusto, anquilosado y rígido. La lucha se enderezaba contra lo que se llegó a denominar el "Establecimiento"; es decir, contra lo establecido por la sociedad, organizado para la protección egoísta de grupos: partidos, sindicatos, iglesias, cámaras, asociaciones, etc. En fin, la protesta era contra un orden social en el que pocos vivían bien, organizados únicamente para su interés particular y en el que muchos quedaban fuera, como mera masa amorfa explotada. Esta rebelión fue igual en Praga, en Río, en Moscú y en El Cairo.

La Historia se estaba fraguando en estos meses de revuelta mundial, como tenía que suceder; las palabras ya no representaban posiciones sociales o políticas, sino

vivencias del pasado: el proletario comunista se convertía en el burgués conservador en París, y el burgués temeroso se convertía en el revolucionario anarquista, cansado ya de la explotación de una jerarquía social que lo oprimía y lo explotaba. El asistente médico se revelaba contra el médico, y el profesor-asistente contra el profesor. El empleado bancario luchaba contra el mismo sistema a que servía, pero el trabajador sindicalizado se horrorizaba de que le quemaran su automóvil último modelo, que apenas empezaba a pagar. Los revolucionarios de Marx eran parte del "establecimiento" y tenían que ser destruidos al igual que cien años antes, ellos habían decretado la destrucción de la burguesía. Los burgueses de hoy eran los miembros del PCF y de la CGT, o los dirigentes del PC Ruso o Chino. Esa fuerza revolucionaria, sin dirección, trataron de utilizarla el Ché Guevara, Camilo Torres, Ruddy el Rojo en Berlín, Cohn Bendit y Sauvegeot en París, Pop Brown y Carmichael en los Estados Unidos de América. El torrente de protesta los empujaba a actuar, aunque posiblemente irían quemándose todos en ese holocausto. Pero el fuego no sería apagado.

En los Estados Unidos asesinaban a Martín Luther King y a Robert Kennedy, que deseaban canalizar la protesta. En Praga llegaron los tanques rusos. En China los cadáveres flotaban en el Yang-Tse Kiang por centenares. En Moscú descabezaban la revuelta apresando intelectuales. En Bolivia moría el Ché, y en Colombia Camilo Torres. Si los capaces, los preparados para dirigir el cambio eran asesinados, al igual que los rabiosos, ¿cómo hacer el cambio?

Tres corrientes vio Raymond Aron en este sentir de protesta, pero todas ellas no eran sino el resultado de la misma situación de frustración, de desaliento y de rabia, que condicionaban la actuación de la juventud en todos los países del mundo, en los industrializados (Rusia, Japón, Estados Unidos, Francia, Alemania) así como en aquellos donde la sociedad tradicional es todavía una realidad (México, Egipto, Argentina, China, India). Tres caminos había escogido la juventud para enfrentarse a las sociedades fosilizadas en que vivía: el romántico (hippies, psicodélicas), el violento (París, Watts), o los dos (guerrillas). Y para los políticos activos del mundo, para los cuales seguía siendo la figura de Kennedy, de King, o de Dubcek, más atractiva que la de los nihilistas, el debate de cien años de ideas, se convirtió en un imperativo moral.

Para contribuir a este debate deben ser revisados los principales conceptos de los últimos cien años y ubicar

cada país, -y casi cada región- dentro de su realidad social, con el objeto de no caer en el pecado fácil de la generalización. Por encima de este debate debe tenerse siempre en cuenta que se habla para una juventud justamente sublevada que tiene ante sí el camino del cambio, en la paz, o el camino de la violencia que vendría a destruir lo que todavía vale en cada país, y sin que ofrezca alternativa alguna al orden social que destruye. Y lo que es peor, vendría a fortalecer aquellas mismas fuerzas que la juventud quiere eliminar, tal como sucedió en Francia con las fuerzas conservadoras, en Praga con las fuerzas pro-rusas y en Brasil con las fuerzas militares.

Dirigentes y grupos políticos en Costa Rica han querido dirigir nuestra juventud, aprovechando su protesta sana contra vicios sociales que afectan nuestra sociedad. Izquierdistas comunistas e izquierdistas románticos han estado compitiendo para ver quien hace las manifestaciones más extremistas para atraerse así la juventud nacional. Y los socialistas democráticos, que estamos en la obligación de mostrar a esa juventud lo que hemos hecho en un cuarto de siglo, y lo que debemos hacer en las décadas que vienen, no nos hemos preocupado de mostrar consistentemente nuestra lucha revolucionaria en Costa Rica, heredera de una tradición de cambio y justicia poco conocida por los mismos costarricenses.

No debemos competir en extremismo o gritería, sino en seriedad, análisis, estudio y valor moral. Y para esa tarea, nuestro Partido debe alistar su doctrina, alistar sus programas y alistar su mensaje.

La responsabilidad del político está directamente relacionada con la definición. Un político que no se define ante su época y ante la juventud, es un calculador o un cobarde, y no podrá jamás esperar apoyo moral de esa juventud.

**DANIEL ODUBER**

## **UN PROBLEMA SEMÁNTICO**

Desde hace cien años decir comunismo y decir izquierdismo ha sido, para la mayoría de las gentes, decir lo mismo. En términos generales podríamos decir que los comunistas se ubican siempre a la izquierda del centro, esto es, en la parte de los enfurecidos que quieren

destruir un orden social fosilizado y las instituciones que ha creado ese orden social.

Según ellos, las estructuras económico-sociales de la Inglaterra de 1848, de París en tiempos de la Comuna en 1871, de Rusia en 1905 y 1917, de China en 1948 y de Cuba en 1968, debían ser destruidas para que dieran paso a una sociedad diferente, libre de injusticias.

Para poder ser considerado "inteligente" por los "inteligentes", y para poderse dar el nombre de "intelectual", se debía estar siempre a la izquierda, y mientras más a la izquierda se ubicara uno, más "intelectual" e "inteligente" era considerado por los "inteligentes". Los comunistas todos eran "inteligentes", y juzgaban quién podría ser considerado "inteligente" y quién no. Todas las palabras de ellos eran palabras de iniciado, de las que sólo ellos conocían su verdadero significado, porque sólo ellos entendían la "verdad" que era única: la verdad de Marx, y de quienes lo interpretaban "bien".

Después de la revolución Rusa sólo podían ser marxistas de verdad quienes interpretaban a Marx de acuerdo con los intereses del Estado Ruso y malos marxistas los que se atrevían a interpretar a Marx en contra de los intereses del grupo de hombres que tenían el poder en el Kremlin. Los primeros marxistas que tuvieron el poder en Rusia fueron los depositarios de la verdad marxista, la que interesaba al Gobierno ruso del momento. Casi todos fueron asesinados después -en los treintas- porque otro grupo había tomado el poder en Moscú y automáticamente cambiaba la verdad marxista ya que sólo podía existir una a la vez: en ese entonces, la del grupo del gobierno stalinista. Al morir Stalin, y después del Congreso de 1956, la verdad marxista que había enviado tantos marxistas a la tumba cayó en desgracia; vino Kruschev e impuso la suya, hasta que se cansaron de ella Breshnev, Suslov y Kosygin, el grupo que gobierna ahora en Moscú.

Así, desde Trotsky hasta Dubcek, pasando por Mao, por el Ché Guevara y por los revolucionarios de París, todos los que hablan de revolución sin pedirle permiso a los rusos, están destruyendo a Marx y prostituyendo la única revolución que sirve: la de ellos. Y todas las palabras revolucionarias, aun las anteriores a Marx, sólo pueden ser correctamente interpretadas si la interpretación es la que sirve a los intereses de los que dominan en Moscú, en un momento determinado.

Ideología, teoría, estructura y super-estructura, imperialismo, rigor teórico, revolución, propiedad

política, cultura y el hombre mismo, no pueden ser entendidos si no es de acuerdo con sus circulares a los partidos comunistas que se les someten servilmente.

Por eso fue condenada la revolución de mayo en París, calificada como la explosión de estudiantes alocados que no comprendían la verdadera revolución, la que sólo podrían comprender el Partido Comunista Francés o sus satélites en la Confederación General de Trabajadores o la Unión de Estudiantes Comunistas. Y como a la política exterior rusa no le convenía el debilitamiento político del General De Gaulle, lo que hicieran los estudiantes en Francia -o en otros países- no eran más que explosiones "izquierdistas" sin contenido doctrinario. En la misma forma que a la política exterior rusa no le convenía la guerra en el Congo, por lo que ordenó a Castro el retiro del Ché Guevara de ese país para enviarlo a una muerte segura en Bolivia. En las jornadas de mayo en París, los comunistas oficiales se enfrentaron a las izquierdas, sabotearon a los estudiantes y obreros y fortalecieron el "establecimiento" francés, del que ellos forman parte como partido, como confederación de sindicatos, Y como unión de estudiantes. Claro, cuestión de palabras; porque la Revolución no puede existir sino cuando a ellos les parece bien y de acuerdo con sus intereses.

Así, el proceso dialéctico que llegó a culminar en 1968 en París y en Praga, enfrentó dos conceptos que antes fueron iguales: izquierdismo y comunismo.

Decía Trotsky en su "Historia de la Revolución Rusa" que el síntoma más indiscutible de la Revolución era la Intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En París los comunistas actuaron contra las masas y en Praga los tanques de Moscú las arrollaron. Dentro de toda esta voltereta de los verdaderos conceptos revolucionarios, siguen los órganos oficiales rusos tratando de tener el monopolio de la revolución, del izquierdismo, de la historia y de la inteligencia, Y sólo son buenos marxistas quienes siguen su línea.

En la historia reciente de la América Latina los grupos de izquierda han considerado siempre de buen tono hacerle el juego a los comunistas sin darse cuenta que, al hacerlo, están renunciando a los postulados de su revolución, porque las circunstancias históricas de cada país no tienen nada que ver con el interés de los rusos, sino con sus propias condiciones políticas, económicas y sociales, las que deben ser modificadas de acuerdo con el interés nacional y con las circunstancias históricas que las determinaron. Plantear soluciones comunistas, de

acuerdo con las consignas internacionales de una potencia mundial, es renunciar de antemano al cambio social y provocar reacciones violentas que sólo fortalecerán a los enemigos del cambio. Lo que sucedió en Praga, o doce años antes en Budapest, es suficientemente claro para los que hemos seguido de cerca las luchas sociales de la época. Andar repitiendo frases huecas de un marxismo ya desprestigiado, es hacer revoluciones semánticas, irrealizables y líricas, en lugar de enfocar científicamente la realidad social de cada país.

El canto revolucionario de la primera mitad del Siglo XX estaba hecho con la música de Rusia. La Revolución Mexicana, que no tuvo nada que copiar de la Revolución Rusa porque la había antecedido, creyó conveniente, sin embargo, después de los veinte, copiar las frases y símbolos de los rusos. Poco a poco se llegó a concluir en que no se podía hacer una revolución si no era en la misma forma en que lo había hecho Lenín con Marx, en la primera etapa de la Revolución Rusa. Todo lo demás, según lo presentaban los intelectuales de izquierda en sus respectivos países, era anti-revolucionario. Pero después de la revolución cubana, las revoluciones debían hacerse en los mismos términos y condiciones y con los mismos símbolos y palabras que habían adoptado los cubanos como suyos.

La Revolución tenía que ser con términos semánticos socialistas o no era revolución de verdad. Pero no se daban cuenta quienes así hablaban que las revoluciones todas, en la Historia, no tuvieron nada que ver con el camino socialista, el que siguieron después de tener el poder en sus manos, y que la más influyente de las revoluciones, la francesa del Siglo XVIII, no fue socialista, como no lo fueron la rusa, la mexicana, la china ni la cubana en sus etapas propiamente revolucionarias. Fue desde el poder, con su fuerza ya consolidada, que determinados grupos surgidos de la revolución decidieron la aplicación de moldes y soluciones socialistas. En algunos casos, lo único que hicieron fue hablar en términos socialistas, mientras actuaban en líneas muy diferentes al socialismo que predicaban. Tal vez la única revolución que practicó el socialismo en su etapa anterior al acceso al poder, antes de 1948, fue la china de Mao.

La idea superficial que tienen muchos intelectuales de izquierda, de que revolución y socialismo son términos inseparables, no toma en cuenta que una cosa es la revolución y otra el socialismo; una cosa el procedimiento histórico de llegar al Poder para destruir algo, y otra lo que se puede o no se puede construir desde el Poder.



La Historia nos muestra que toda revolución violenta es básicamente romántica y destructiva; que nunca ha sido un movimiento racional, intelectual. La revolución es pasión, es rabia, es "izquierdismo" por naturaleza, si entendemos la izquierda como ese gran movimiento romántico, irracional, que desea un cambio del sistema social que impera en un país, en un momento dado. Y claro está, es en ese sentido que Lenin lo consideraba "la enfermedad infantil del comunismo", ya que éste y el socialismo no son ni deben ser izquierdistas, sino algo por encima de las izquierdas, por encima de la violencia y de la pasión de los románticos, y que sólo puede plantearse en términos científicos, es decir, racionales.

Es en ese sentido que una revolución es infantil y romántica, pudiendo ser utilizada para que los "serios" lleguen al Poder a construir el socialismo, tal como lo interpretan quienes tienen el Poder en Moscú. Así fue en Rusia del 1917 al 1919. Así fue en los países europeos del Este donde los "serios", en el período del 1945 al 1948, llegaron montados en los tanques rusos. Así fue en Cuba en los años 1958 y 1959. Claro que nada tiene que ver la revolución con el socialismo, pero en los últimos cincuenta años se les ha hecho creer a los revolucionarios que ellos no son revolucionarios si no son, al mismo tiempo, socialistas, y si no se ponen al servicio de los rusos. Así se quiso desconocer el socialismo de Yugoslavia después de 1948, cuando Tito rompió con Stalin. Y se desconoció, con tanques, la revolución de Hungría en 1956 y la de Checoslovaquia en 1968, para no hablar de la traición stalinista contra España en 1938.

Pero lo paradójico del caso es que la Revolución Rusa terminó con Stalin, quien la convirtió en una política nacional para construir "su" socialismo. Trató de renacer con Kruschev y volvió a ser aplastada al caer él y su grupo en 1964. Lo que tuvo Rusia de revolución fue la primera etapa -la romántica-, ya que la construcción del socialismo se hizo gracias a la política contra-revolucionaria que aplicó Stalin: policía, asesinato, exilio y terror. Así podemos ver que el comunismo es la etapa posterior a la Revolución, y enemigo de ésta, a la que considera infantil y romántica. Lo que no podemos entender es cómo un gran número de intelectuales se ha tragado la tesis comunista de que no puede hablarse de revolución si no se habla de comunismo, como si éste fuere inherente a ella.

Y claro está, los grandes defensores de esta tesis son los mismos comunistas, quienes no aceptan que haya revoluciones si no están sometidas a ellos.

Debemos aceptar que una revolución -cualquiera que sea o que haya sido-, es "izquierdista"; es decir, irracional, rabiosa, enfurecida, romántica, pero desea, sobre todo, un cambio social. En este sentido, la francesa, la americana y la mexicana para citar algunas, son revoluciones. La Rusa y la Cubana fueron revoluciones en su etapa inicial, transformándose luego, gradualmente, en movimientos comunistas. Debemos recordar también que los pueblos comunistas pro-rusos, han acusado de contra-revolución los movimientos que no se plegaron a Moscú tal el caso de Yugoeslavia, China y Albania.

La revolución francesa se enfrentó al poder feudal, aliado de la monarquía; más de un siglo después la Revolución Mexicana se alzó contra ese mismo poder, aliado entonces a la dictadura. La Revolución Rusa se gestó en busca de la paz, pero también contra el feudalismo aliado al zar: la Revolución China se levantó a su vez contra los señores feudales y sus aliados militares, y contra los imperialismos occidental y asiático. La Revolución Cubana, contra el militarismo, aliado y defensor de los imperialistas y contra la dictadura corruptora. Fue, en todos los casos, una revolución contra algo que representaba una instancia de poder en un momento determinado, y que se personalizaba en una clase social (monarquía y burguesía) que había excluido las otras clases del poder y de los beneficios materiales de la sociedad. Primero acontecieron las revoluciones burguesas contra la monarquía, el feudalismo o los militares. Luego, las revoluciones fueron de un grupo burgués contra otro; intelectuales contra militares, etc. Pero en esos movimientos revolucionarios nunca pudo encontrarse, como factor único, al grupo comunista que hacía la revolución para instaurar en el Poder un socialismo marxista. El comunismo apareció después de la Revolución utilizándola o queriendo utilizarla. Nunca fue el motor del cambio, sino el ladrón del cambio, una vez que este cambio fue realizado. En este siglo, a partir de 1905, cada vez que se llevaba a cabo una Revolución, el comunismo aparecía después, tratando de dirigirla hacia sus propios fines. Los movimientos de independencia en Africa, por ejemplo, fueron desvirtuados por los comunistas rusos y chinos, que los quisieron usar para sus amos en beneficio de una política mundial que no tenía nada que ver con las revoluciones nacionalistas.

Podemos señalar también que las ideas socialistas del Siglo XIX, que sí movieron revoluciones en todo el mundo, fueron utilizadas para orientar las revoluciones del siglo XX, una vez que éstas se hubieron consolidado. Pero eso se debió en gran parte a que los revolucionarios, al destruir

un régimen, no habían pensado en el régimen sustitutivo, precisamente por su condición de revolucionarios: enfurecidos, románticos y algo irracionales, incapaces de crear un sistema político, jurídico, económico y social que viniera a llenar el vacío que dejaba el régimen destruido.

Ya en la última etapa del Siglo XX, con la juventud enfurecida en cada país, con las experiencias dejadas por casi dos siglos de movimientos sociales y políticos consolidados, la primera pregunta que debiéramos hacer los que deseamos eliminar los vicios sociales y lograr la creación de una sociedad más próspera y justa, es ¿qué tipo de revolución deseamos y cómo hacerla? ¿Qué tipo de revolución es la que se debe llevar adelante en cada país para obtener la igualdad de que se ha hablado durante dos siglos? ¿Cómo salir de nuestra miseria y acercarnos a la abundancia y la justicia? ¿Qué proyecciones ha tenido la Revolución hecha en América en este siglo? ¿Cómo hacer y para qué hacer una Revolución en 1970?

## **LA REVOLUCIÓN POSIBLE**

La Revolución Posible, y la Revolución Imposible, parecieran ser las alternativas que tienen los países de menor desarrollo económico. Para quienes no están familiarizados con la historia de un país y su relación con países que ya han superado otras etapas en su desarrollo, es más fácil confundir lo posible con lo imposible, lo real con lo ideal. Querer saltar etapas históricas al hacer un planteamiento revolucionario, es hacer fracasar ese mismo planteamiento. Hablar hoy de hacer una revolución como la francesa, o como la rusa, es desconocer décadas de investigación y de avance en todos los órdenes del pensamiento humano. Repetir en Bolivia la experiencia cubana, era entrar en el campo de la revolución romántica, de la revolución imposible. Y tal vez por eso tienen razón los que afirman que el Ché Guevara buscó morir, al plantear una guerrilla en Los Andes bolivianos, sabiendo de antemano que estaba planteando una revolución imposible para la Bolivia de 1966. Hacer planteamientos revolucionarios a sabiendas de que se está planteando lo imposible, es fortalecer las mismas fuerzas que se quiere destruir con la Revolución, y en el fondo, consolidar la posición conservadora.

Toda Revolución implica cambio en el poder político, el que va de una clase a otra. Si no, no es revolución. Como tampoco es revolución el planteamiento teórico que se hace de lo imposible. Los comunistas tienen todo un sistema

económico y social propio, el que ha sido experimentado en los últimos cincuenta años en muchos países de mayor y de menor desarrollo. El capitalismo actual es el producto de años de cambio y de mejoramiento en su eficiencia y en su repercusión social. Una Revolución, dondequiera que se haga hoy, debe tomar en cuenta las experiencias de esos sistemas económicos de los últimos cien años y tener presente que socialismo y capitalismo son sólo sistemas económicos y no sistemas políticos.

Democracia y totalitarismo son formas diferentes de gobierno que no tienen nada que ver con el sistema económico que se escoge. Puede haber democracia en lo político y socialismo en lo económico, como puede haber también capitalismo y dictadura. Lo que se debe plantear, al hablar de Revolución, es si se desea un cambio del sistema político -como ha sido siempre- o del sistema económico -como ha sido en otras casos-, o si se quiere un cambio en lo político y en lo económico a la vez. Para no cometer el error de destruir algo sin haber determinado cuál ha de ser el sustituto, debe definirse entonces, de antemano, el sistema que se quiere vivir en lo político o el que se quiere vivir en lo económico. Nosotros queremos aquí actualizar los conceptos del socialismo y de democracia, que hoy son inseparables.

En la América Latina se tiene la experiencia resultante de las revoluciones que se hicieron para romper sistemas políticos y económicos considerados injustos. La Revolución Mexicana fue una revolución típicamente burguesa, con gran colorido social; construyó un México nuevo que ha venido evolucionando hacia el capitalismo moderno. La Revolución Cubana se convirtió en una revolución comunista sui-generis, debido a la situación internacional de ese momento. Desde la independencia han ocurrido otras muchas revoluciones, y todas ellas, en una u otra forma, han buscado cambiar el sistema político imperante en su país, pero muy pocas las que entraron al campo de la reforma económica o del cambio social.

Todas las revoluciones acontecieron cuando las circunstancias las hacían prácticamente inevitables y cuando una gran corriente de protesta revolucionaria se canalizaba hacia la lucha violenta. En frío, de la nada, por meras elucubraciones doctrinarias de café, es imposible hacer una revolución y quienes lo intentaron han fracasado.

La Revolución de 1948 en Costa Rica, fue la protesta de un pueblo que deseaba una participación más intensa en el proceso político, es decir, una democracia más amplia y más firme. Los dirigentes de la gesta de Liberación

Nacional lograron, además de esa conquista política innegable, imprimirle un cambio económico-social definido, planteando así una traslación real del poder a manos de las clases media, campesina y urbana, fortaleciendo de esta manera un cambio social que se había iniciado en el papel cinco años atrás. Pero de esto hablaremos luego. Lo importante es ver qué tipo de revolución puede hacerse ahora en nuestro país y para qué.

Hay, en los dos últimos siglos, revoluciones tal vez más trascendentes que las tres citadas; no han tenido nada que ver con el socialismo marxista ni con el comunismo stalinista, pero han provocado cambios profundos en las sociedades en que se desarrollaron y en el destino mismo de la humanidad: la Revolución Industrial y la Revolución Tecnológica.

La Revolución, en nuestro tiempo, debe tomar en cuenta una serie de cambios ocurridos en los últimos años del Siglo XX, principalmente después del fin de la II Guerra Mundial. Tratar de hacer ahora una Revolución Marxista, con los modelos e ideas del Siglo XIX o de hace cincuenta años, es ignorar, de antemano, las mismas ideas de la Filosofía de la Historia, ignorar el gran cambio de las doctrinas económicas, de la sociología y de la ciencia política, e ignorar además la gran revolución científica y técnica de los últimos años. La energía nuclear, los ordenadores, los transistores, la comunicación colectiva, la conquista del espacio, las ciencias industriales modernas, la productividad en la agricultura, etc., no deben ser ignorados de ninguna manera a la hora de hacer una revolución.

Si reparamos en la tesis aprobada de que sólo las izquierdas han hecho las revoluciones en los últimos dos siglos, debemos concluir en que es a esas izquierdas a quienes corresponde hacer los planteamientos revolucionarios para alcanzar el cambio. Pero esa dirección tiene que ser trazada tomando en cuenta el momento histórico -nacional o internacional- que vivimos, y las posibilidades que tiene el país para consolidar ese cambio. De nada nos serviría anunciar un cambio imposible, irreal, que vendría a hacer imposible el cambio real. En nuestros países los propulsores de la Revolución Imposible son, paradójicamente, los comunistas; pero lo son, casualmente, con el objeto de hacer imposible la Revolución Posible. Es decir, al pretender los comunistas que un país como el nuestro puede hacer la Revolución Comunista, lo que procuran es más bien fortalecer a quienes lo único que desean es detener todo cambio social, destruyendo así la única posibilidad real de lograrlo, ya que las fuerzas

reaccionarias, al acusar de comunista todo intento de cambio social, impiden que se realice el cambio necesario. Y eso es lo que interesa a los comunistas con el objeto de que, en el mundo en que Rusia no puede todavía entrar las condiciones sociales sean tales que estos países vivan en estado de descomposición permanente. Todo con el objeto de que las clases desposeídas de la América Latina lleguen a creer que en otros países, similares a los nuestros, donde sí está presente la influencia de los rusos y sus aliados, la sociedad es más eficiente y más justa.

De manera que anunciar una Revolución romántica, poco seria, irreal, es hacerle el juego a quienes no desean la Revolución de ninguna manera. Una tentativa izquierdista de anunciar una Revolución Imposible, es, ni más ni menos, hacer el juego a quienes desean mantener un país fosilizado en sus errores e injusticias. Y lo poco que ha anunciado y planteado el izquierdismo nacional -no comunista- por ser ideas generales y poco realistas, no ha tenido más virtud que hacerle el juego a los comunistas y a los reaccionarios, en su deseo de impedir el cambio social, la revisión política y el mejoramiento económico del país.

El Capitalismo apenas se inicia en el país: hace un cuarto de siglo no existía. Por eso la reforma social laboral que se inició en 1941 venía a darle conquistas sociales a un proletariado que no existía y que había que crear, llevando al país de la agricultura feudal del café, la caña y el cacao, a una agricultura moderna y a la industrialización. La reforma social de esa época fue izquierdista en el sentido romántico de la palabra, y trató de cambiar la realidad nacional haciéndolo desde arriba, con un planteamiento importado de países ya en proceso de industrialización. Al querer aplicar instituciones laborales capitalistas a una economía feudal, la reforma quedó en el aire. Tuvo que venir el sacudimiento de 1948 para que se sentaran las bases de una verdadera revolución, esto es, el cambio necesario de esa sociedad feudal hacia una sociedad industrial incipiente, tal como la hemos venido viviendo. La Revolución de 1948 no fue la guerra propiamente dicha, como lo quieren presentar algunos, sino el cambio político, económico y social que vino después, pero que usó la guerra como un punto de partida.

Las grandes tesis izquierdistas del cuarto de siglo anterior a 1948, fueron: el control del imperio bananero, el control del imperialismo en la industria eléctrica, el control del capitalismo financiero, la defensa del trabajador industrial y del pequeño productor agrícola, la ampliación de las facilidades de educación, el

adecentamiento de los sistemas electorales y la pureza de su funcionamiento y el fortalecimiento de la Ley.

La Revolución de 1948 inicia una etapa intermedia entre el feudalismo tradicional, el imperialismo monopolista y el capitalismo moderno. Escoge el capitalismo como marco económico para su desarrollo y define, al escogerlo, una posición que en los años actuales no es posible dejar sin definir. Entre el socialismo totalitario y el capitalismo se decide por este último, pero implanta este sistema económico de acuerdo con las concepciones modernas de lo que debe ser el capitalismo y no con los patrones de la Europa de los siglos XVIII y XIX, o de los Estados Unidos de los siglos XIX y XX. Como sistema de Gobierno, nuestra Revolución escoge la democracia; pero no la democracia boba y ya incapaz de enfrentarse a los problemas del siglo, sino la democracia dinámica y eficiente, profundamente imbuida de su misión de hacer respetar los derechos de las mayorías. Así, nuestra Revolución es democrática en lo político, capitalista en lo económico, y profundamente social en sus proyecciones diarias. Pretender ahora, como hicieron posteriormente los comunistas, que nuestra Revolución no fue socialista, y que debió serlo, es caer en la trampa de avergonzarnos de todo lo que no es satisfactorio para los seguidores de Rusia.

Una Revolución que habla de sindicalismo, de impuestos directos, de productividad, de reforma agraria, de jornales crecientes, de nacionalización del crédito y de los servicios, tiene que ser capitalista. Si fuera socialista no habría más que un patrón, y no habría sindicatos, ni impuestos, ni jornales, ya que todo sería el Estado. La Banca Nacionalizada tiene como objetivo, entre otros, fortalecer la pequeña propiedad. Y en esta época ha quedado claro en muchas democracias, como las escandinavas, que el Estado es un mal patrón y que el burócrata no es el mejor para la tarea de producción.

Entre tener los beneficios de café en manos de burócratas estatales y tenerlos en manos de productores cooperativizados, preferimos este último sistema. Entre tener las plantaciones de banano en manos del Estado y verlas en manos de empresarios privados que procuran tener cada día más y más costarricenses en esa tarea exigiendo salarios más altos, servicios sociales, casas, y con impuestos fuertes, nos decidimos por este camino. Las empresas en manos privadas, estimuladas por las técnicas modernas de la competencia, de la productividad, del mercadeo, etc., han dado mejores resultados que las empresas en manos del Estado en el mundo socialista. La economía de mercado que Libermann y su gente tratan de

adaptar ahora en Rusia, requiere un alto grado de eficiencia y de pasión sólo posibles con el estímulo que da la propiedad privada y la competencia. Ante esta realidad, la labor social consiste en procurar que de esa producción vayan a la sociedad las cuotas necesarias de justicia laboral y de responsabilidad; a esa misma sociedad que obliga a los empresarios a conceder, paulatinamente, beneficios y mejoras a sus trabajadores, a las comunidades y el país a través del Estado. Un proceso competitivo de industrialización requiere que el Estado apoye al empresario y le de las necesarias facilidades para que pueda producir más y mejor. El objetivo primordial de nuestra Revolución, el más inmediato, debe ser que nuestros productores (industriales, agrícolas, ganaderos, de servicios, etc.), sean los más eficientes en el área en que competimos.

Es aquí donde la Revolución Posible, la de hoy, debe tomar en cuenta el avance científico y técnico a que antes me referí; y si la empresa nacional es muy pequeña para las inversiones tecnológicas necesarias para una mayor producción, el Estado debe hacerlas y ponerlas al servicio de esa producción.

Nuestra generación, en veinte años, alcanzó las metas de los izquierdistas revolucionarios anteriores a nosotros:

nacionalización eléctrica;  
control estatal del crédito;  
control del monopolio bananero;  
consolidación de los derechos políticos;  
ampliación horizontal y vertical de la educación;  
transformación de la sociedad feudal en sociedad moderna;  
aplicación de la ciencia de la economía en la tarea nacional de desarrollo;  
distribución más justa de ingreso;  
instituciones políticas modernizadas;  
más seguridad para el individuo.

Todos estos objetivos se lograron, o se inició su consecución, a partir de 1948. No puede decirse que sean el resultado de un solo partido político, sino de una generación de costarricenses que ha luchado, consciente o inconscientemente, por ese gran cambio que va de 1948 a 1968. Pero se llaman a engaño quienes quieren negar el contenido revolucionario del cambio, y se llaman a engaño también quienes creen que todo lo que se quiso realizar ya está logrado. Un cambio profundo de la estructura social, dentro de la paz y sin violencia, sólo puede lograrse a través de varias décadas, pero para los que estudiamos los fenómenos sociales, es fácil reparar en que no se



equivocaron quienes prometían otro tipo de país para 1968 -veinte años después de la guerra civil más sangrienta de nuestra historia-.

El estudio detallado de los cambios y de las realizaciones logradas en esos veinte años puede hacerse en cualquier momento, ya que los datos e informaciones pertinentes fueron publicados y son asequibles para todos los estudiosos de estas materias y para aquellos a quienes toca detallar y analizar esos hechos. A nosotros nos corresponde -sin caer en el error de pedir permiso a los comunistas o a sus amigos inconscientes-, dirigir el movimiento para alcanzar aquellas metas no logradas todavía y para consolidar el cambio iniciado hace ya veinte años.

La Costa Rica de 1948 tenía 880.000 habitantes. Hoy tiene el doble. Los periódicos de entonces tenían una circulación de 30.000 ejemplares diarios y el número de radios, si acaso, era el mismo. Las noticias y otras informaciones llegaban a los pueblos con retraso de muchos días, y limitadas apenas a formar la opinión de la élite de cada comunidad.

Hoy, para informar mejor y más rápidamente a una mayor población, que estudia más años y que sigue con atención cada uno de los acontecimientos nacionales e internacionales, contamos con periódicos que tienen un tiraje diario de 80.000 ejemplares, con 750.000 aparatos de radio y con 75.000 televisores. La presión masiva que ejercen esos medios en la mente de nuestro pueblo hace más urgente el cambio esperado, el que habrá de consolidarse en pocos años. Si no fuera así, toda esa juventud enfurecida, que ya no quiere esperar, tomará los mismos caminos que siguieron otros grupos en otros países y recurrirá a la violencia como alternativa única en su lucha por un mayor bienestar social.

Pero, si ahora viene la Revolución que tanto piden los elementos izquierdistas en los países menos desarrollados, ¿en qué campo tendrá lugar?

En mayo de 1968, viendo los jóvenes izquierdistas discutir su Revolución en París, me daba cuenta de que, una vez más, los elementos más sanos y más capaces de la juventud eran manipulados por una propaganda comunista de símbolos y de frases hechas, aun cuando el comunismo internacional estaba contra esa Revolución que iba, ni más ni menos, contra ellos mismos como parte de lo establecido. Es por eso que se luchó contra el Partido comunista con las banderas rojas y negras y con los retratos de Mao, del Ché y de Trotsky. Si esa explosión hubiera tenido lugar en

Shanghai, posiblemente no habría aparecido el retrato de Mao sino el de cualquier otro, porque ahí Mao era parte de lo establecido. La Revolución de París era contra todo: contra el automóvil de los obreros, contra la vitrina de las tiendas, contra los árboles de los boulevares. Todo había que quemarlo y destruirlo. La izquierda joven es así, no reflexiona.

Si el país hubiera tenido las circunstancias adecuadas para el cambio, posiblemente el régimen habría caído, estableciéndose, en su lugar, las banderas negras de la anarquía, hasta que un grupo ya definido tomara el poder y dirigiera la Revolución, tal como sucedió en Rusia, en Cuba y en China.

La explosión de violencia que desean algunos aquí, es para hacer una revolución. Pero ¿cuál Revolución? ¿La Posible, o la Imposible?

Sigo creyendo que la reforma es la anti-revolución, porque evita la revolución violenta y trata de orientar al país -en un caso como el nuestro-, hacia el cambio que desean los elementos más conscientes de la juventud nacional. Es esa reforma la que debiéramos estudiar con gran cuidado, para poder seguir construyendo una sociedad más justa, tal como se ha venido construyendo desde hace ya varias décadas.

Cada uno de los pasos que hemos venido dando en los últimos años tuvo como aspiración el consolidar un sistema que, bueno o malo, es el más apropiado para poder vivir en un régimen democrático y con una sociedad más rica y más justa, abierta a todo lo que la ciencia, la técnica y la cultura le están dando al mundo. Todo paso hacia adelante puede implicar grandes riesgos, y a veces quien camina equivoca su meta, debiendo volverse y plantearla de nuevo. Solo el necio no reconoce sus errores. Pero no son los necios los que impulsan una sociedad hacia adelante.

## **EL DEBATE EN EL SIGLO XX**

En los últimos años se discutió en Costa Rica una serie de ideas y programas dirigidos a hacerle frente a los problemas sociales y económicos. Existe coincidencia en casi todos los grupos en cuanto a los males que afligen nuestra sociedad, pero hay una gran divergencia en el énfasis que se da a cada problema, y en los medios que se proponen para solucionarlos. Desde que Liberación Nacional introdujo las ciencias económicas en la discusión de

problemas nacionales, los problemas políticos y los problemas sociales han tenido que examinarse, quiérase o no, tomando en cuenta muy a fondo esos conocimientos. Tratar de hacer a un lado esas disciplinas del pensamiento contemporáneo, es como negarse a usar los medicamentos modernos para el tratamiento de las enfermedades, y volver a la época de los filtros y de la hechicería. Ningún grupo en el país puede volver la espalda al gran avance de las doctrinas económicas posteriores a Marx ni a los resultados de su aplicación en la época de Roosevelt, o la experiencia de Escandinava, Israel, Suiza y algunos otros países. El impacto de esas ideas dentro del socialismo en los países democráticos, ha venido a hacer posible un ajuste apasionante entre el capitalismo moderno y el socialismo moderno, para convivir en los países libres. Costa Rica, sin embargo, debate todavía ideas ya superadas del liberalismo y el comunismo ortodoxos, y muchos pensadores socialistas han caído en el pecado de ignorar todo el cambio en las ideas políticas del siglo XX las que nosotros no podemos ignorar, si queremos actualizar día a día nuestro pensamiento y si queremos mantener la vigencia en el campo de la vida política nacional.

Repito que estamos en una época de transición, iniciada en 1948, para salir del feudalismo, en el campo de las estructuras económico-sociales del país. Pero en el campo de las ideas, de la cultura y de las ciencias políticas, todavía no nos hemos arrancado conceptos ya sin vigencia nacional. El capitalismo que desean algunos pensadores liberales del país fracasó estrepitosamente en el mundo, y fue abandonado desde los años treinta. El socialismo totalitario de los países comunistas ha fracasado en los países sometidos a él por los tanques rusos. Las concepciones iniciales de ambos sistemas han dado lugar a nuevas formas de pensamientos, producto en gran parte de las experiencias vividas en países que dieron el salto hacia la sociedad moderna y hoy son considerados países industrializados. Todos vivieron agonías en el cambio, pero todos -en una forma u otra- se enfrentaron a los mismos problemas. Y nosotros, al buscar ese camino de mejoramiento social, debemos estudiar las experiencias de países como el nuestro que van adelante en su intento de enriquecerse para beneficio de su población. Industrializarse sin mercados es suicida, pero luchar en mercados más amplios es hacer posible el progreso. Los jornales crecientes han hecho más consumidores en el país y el Mercado Común Centroamericano nos ha abierto nuevas áreas para colocar nuestro trabajo. El Mercado del Caribe en la próxima década, como paso previo al Mercado Latinoamericano, nos ampliará esa posibilidad aún más. Recientemente se han generado muchas ideas y programas para

enfrentar al estancamiento nacional. Creo que el impulso que Liberación Nacional ha dado a la economía mantiene su ritmo, a pesar de la ola de confusión que vive el país. Lo que ha faltado en muchos sectores es la idea clara, la definición concreta y la meta bien fijada. Y esa es la tarea que corresponde a nuestros estudiosos, tal como ha sido característico de nuestro movimiento, desde hace ya casi treinta años.

Quienes llegan al Gobierno con ideas de liberalismo trasnochado, se convierten de la noche a la mañana en intervencionistas arbitrarios, quienes predicán extremismos izquierdistas, llegan al poder pero actúan como defensores del conservatismo nacional. Ante esa confusión, muy propia de países como el nuestro, la juventud se desespera y quiere destruir. Pero por más que emocionalmente nos identifiquemos con esa juventud, no creemos en la destrucción sino en el cambio hacia metas claras. La rebelión de los furiosos de todos los países, nos ha atraído y vemos en ella, en cada caso, razones suficientes para la explosión. Pero es a nuestro grupo al que le corresponde estudiar y enseñar a los jóvenes a estudiar con nosotros, para encontrar con ellos las ideas positivas de la revolución posible.

La izquierda comunista ha producido en los últimos tiempos gran cantidad de documentos, pero la mayor parte de ellos ha sido dirigida a justificar la política exterior rusa y a atacar la política exterior norteamericana. Han señalado problemas nacionales, pero han planteado soluciones imposibles o románticas, que contradicen el mito que sobre ellos se ha creado de considerarles hombres de estudio. La etapa de mayor producción de ideas y publicaciones de los comunistas criollos fue la dirigida a defender la invasión rusa a Checoslovaquia, aprobando la destrucción de la libertad en ese país, aunque gritan aquí pidiendo que les den libertad para inscribir su partido político, en aras de la libertad que ellos le niegan al pueblo checo.

Debemos sacar a los comunistas a la superficie para discutir con ellos sus ideas, cada día más pasadas de moda y que han tenido toda clase de cambios y contradicciones para acomodarse a las órdenes de sus amos en Rusia. En todo caso, pretender que este país escoja el socialismo comunista y la dictadura rusa como modelos para su economía y para su vida política, es totalmente contrario a nuestra posición y a la posición bien definida de la gran mayoría de los costarricenses. La proscripción del Partido Comunista fue el castigo político a los que atropellaron la dignidad humana desde el Poder, de 1942 a 1948; quienes les

dieron ese poder llevándolos al Gobierno durante esos seis años andan ahora de la mano de los grandes señorones de la política nacional. Nosotros somos diferentes de los comunistas, casualmente, porque respetamos la dignidad y los derechos políticos de todos los ciudadanos, y debemos discutir ampliamente el castigo aplicado; en ese sentido podría revisarse el artículo 98 de la Constitución Política, pero dejando firmes las medidas defensivas de nuestra democracia política, caso de que ellos deseen destruirla. Tal vez así, al darles oportunidad de que ellos presenten sus ideas y programas, la juventud costarricense podrá estudiarlas, en debate permanente con nosotros, y así podrán entonces convencerse, quienes no los conocen, de que sus ideas se acomodan de acuerdo con las consignas de una gran potencia -y no con los intereses del cambio social que requiere Costa Rica-. Para el joven todo lo misterioso es atractivo. Debemos quitarle esa atracción a los comunistas para exhibirlos ante Costa Rica.

-oOo-

Hay otros grupos en el país que deben llamarse liberales del Siglo XIX. A ellos se les debe dar gran atención, ya que a pesar de que en mucho son también culpables de romanticismo doctrinario y de dogmatismo programático, algunos de sus planteamientos no están del todo alejados de nuestra realidad y de nuestra posibilidad de cambio y mejoramiento. Lo que ellos afirman sobre la empresa privada es aceptable, pero lo que afirman sobre el Estado es inaceptable. Es decir: estamos de acuerdo en que si queremos dirigir el país hacia la formación de una sociedad moderna, deben utilizar al máximo las instituciones del capitalismo actual, que ha mostrado ser un marco económico de eficiencia en el mundo moderno. Dentro de esa posición podemos coincidir con los grupos que dedican su tiempo al estudio de la empresa privada, siempre que esa empresa privada comprenda también su responsabilidad social y no solamente la forma de evadir sus responsabilidades con el Estado, con sus empleados y con los consumidores; en dos palabras, con la sociedad en que vive y en la que quiere progresar.

Estamos también de acuerdo con ellos en que la empresa nacional debe ser competitiva y que no debe depender exclusivamente del apoyo estatal. Es decir, creemos que todo lo que haga por modernizar y mejorar la empresa nacional es obligación de todos, y principalmente que el Estado y todas sus instituciones deben coadyuvar en esa tarea, para que nuestras empresas sean las mejores en el área en que vivimos y en que producimos. La gran tarea de la próxima década es mejorar lo que tenemos y adaptar a

nuestra tarea de producción los grandes adelantos de la tecnología contemporánea.

Las tierras áridas del Pacífico Seco, por ejemplo, son el paraíso terrenal a la par de las del desierto de Neguev que se están convirtiendo en vergeles para producir la fruta tropical que consume Europa. Ellos importaron cerebros y obtuvieron capital. Nosotros podemos tener lo primero como ya se ha demostrado, y también lo segundo. Ya es hora de hacerlo y en esas tareas los grupos empresariales deberían utilizar su tiempo y coayudar con el Estado en esas tareas de desarrollo. Pero perder el tiempo pensando que podemos volver al capitalismo del Siglo XIX, es tan grave como tratar de hacer la revolución marxista contra un capitalismo explotador que desapareció del planeta hace ya muchos decenios. Las dos posiciones, la comunista y la liberal, tienen un error básico de planteamiento: se debatieron en las mentes más ilustradas del Siglo XIX, pero en la época de la computación, del transistor, de la electrónica, de los astronautas, de las píldoras anti-conceptivas, de la televisión y de los trasplantes cardíacos, venir a quitarle el polvo a los libros del siglo pasado está bien para el investigador de la historia, pero no para los hombres de acción política. Tenerle miedo a las ideas de cualquiera de los grupos, o tratar de silenciarlas, es contrario al estímulo que necesitamos los que tenemos otra posición y queremos competir con ellos a base de seriedad, investigación, estudio y debate permanente, para que de ese debate salgan las mejores ideas para orientar a los jóvenes. La existencia de grupos que defiendan las ideas del comunismo ruso, las ideas de los liberales manchesterianos y las ideas de la anarquía vociferante, es un gran avance en la democracia mundial para la supervivencia de los partidos.

Esas corrientes existen en todas las democracias modernas, y sirven de término de referencia a las ideas de los partidos mayores. Negarles su existencia no sólo es contrario a nuestro credo democrático, sino contrario al avance de nuestras propias ideas y doctrinas, que sólo pueden mejorarse y sobrevivir en el debate permanente, que nos obliga a ir mejorándolas y adaptándolas al cambio mundial.

Los teóricos liberales llegaron al Poder en 1966, y esta experiencia nos ha enseñado que la discusión del XIX sobre temas de capitalismo y de socialismo, tiene que dar un salto de cien años para caer en el día de hoy. Los extremos ya no son más que términos de referencia histórica si se quiere hablar en el lenguaje inteligente de las más

profundas revoluciones que ha vivido la humanidad en el mundo conocido.

-oOo-

Costa Rica no puede evitar los cambios profundos que se están presentando en el campo de las ideas políticas. La integración mundial de los medios de información, lo que es tal vez el resultado más espectacular de la revolución tecnológica del siglo, nos ha integrado a los grandes centros de pensamiento. La noticia propagada hoy gracias a los transistores, llega en segundos al rancho más apartado en nuestra montaña, donde hace dos décadas nada se sabía de los acontecimientos nacionales y mundiales. Me ha tocado oír La Voz de los Estados Unidos y Radio Habana en ranchos pajizos de Guanacaste y comentar con campesinos las noticias presentadas por uno y otro.

La revolución educacional en los últimos veinte años ha llevado la información, y muchas veces la cultura, a clases sociales que no tenían esta posibilidad hace dos décadas. El predominio de una estructura semi-feudal en los cuarentas ha dado paso a nuevas formas de poder social, y una clase empresarial nueva, y una clase media fuerte, dominan hoy los cuadros de poder en el país -tanto en las áreas urbanas como rurales-. Son pocas las zonas en donde todavía hay hegemonía absoluta de un gran señor de la tierra, y junto con la desaparición de esa fuerza, han desaparecido ideas políticas y costumbres sociales que antes predominaban. En 1948 se inició, para hablar en términos sociológicos, el cambio de un tipo de democracia representativa hacia una de participación ampliada. La meta de las próximas décadas es llevar nuestro sistema democrático a una participación total o sea, a llegar a construir una democracia moderna y eficiente, que haga posible nuestro propósito de dos décadas de acabar con la injusticia social en el país.

Como enemigos que somos del sistema totalitario que viven los países comunistas, nuestro estudio debe dirigirse más y más al estudio del socialismo en los países capitalistas, aunque para muchos pensadores superficiales los términos son contradictorios entre sí. Y es aquí donde quienes empezamos a estudiar problemas nacionales hace un cuarto de siglo, estamos en la obligación de revisar lo hecho sin temor a tener que romper conceptos estereotipados, ya superados, de la derecha o de la izquierda extrema.

## EL CAMBIO EN VEINTE AÑOS

En el curso de los capítulos anteriores llegamos a la conclusión de que los partidarios de la Revolución Imposible estaban frenando la Revolución Posible y haciéndole el juego a los enemigos del cambio y a quienes desean mantener en un statu-quo la estructura del país. Dentro de ese orden de pensamiento debemos llegar también a concluir en que coincidimos con quienes apuntan los vicios sociales y los defectos económicos y políticos que aquejan al país. Cuando los comunistas y otros grupos señalan las fallas de nuestro sistema social, posiblemente la mayor parte de los que pensamos en la necesidad del cambio, estemos de acuerdo con ellos, aunque nos preocupe estarlo.

Pero lo que la mayoría de los costarricenses no ve, quizá por falta de estudio o de investigación, es que podemos concordar con esos grupos en el diagnóstico, pero no en la medicina. Junto con los revolucionarios podemos decir que se debe terminar con la injusticia, pero sabemos que no estamos de acuerdo con los comunistas, porque ya ellos no son revolucionarios sino delegados de una potencia extranjera a la que no le interesa la realización del cambio social en Costa Rica, porque, en ese caso, se acabaría el pretexto para estar criticando nuestro sistema económico-social y para estar atacando a la otra nación con que compite por el dominio del mundo.

No podemos tampoco estar de acuerdo con los irreflexivos y románticos que se hacen llamar a veces "izquierdistas revolucionarios", porque si bien compartimos con ellos el diagnóstico, no podemos compartir el tratamiento, pues ellos tampoco presentan soluciones serias y bien meditadas, sino que se limitan únicamente a predicar la revolución, la violencia y la destrucción de todo, sin proponer ninguna alternativa post-revolucionaria a las ideas de los que ahora tienen el poder o, es más, a las ideas mismas que ahora están en el Poder. Es decir, si quieren destruir la estructura económico-social del país, es únicamente con el objeto de destruir las ideas que conforman esa estructura. Esto es lo que yo llamo la etapa revolucionaria, en la que sólo se pretende destruir lo establecido. ¿Pero, si se quiere destruir el establecimiento, qué es lo que se quiere construir después? Los comunistas quieren destruir lo que tenemos para construir aquí el Estado Socialista, de acuerdo con las ideas del Estado que les envía Moscú y de acuerdo con sus doctrinas sobre el hombre y la sociedad, doctrinas que siguen repitiendo como loras desde que se metieron unos cuantos libros en la cabeza, allá por los años veintes y treintas, mientras que los "izquierdistas revolucionarios"



quieren construir aquí el Estado Socialista u otro establecimiento diferente al actual, aunque no saben exactamente cómo debe ser, ya que no tienen una doctrina completa, integral, como sí la tienen los marxistas moscovitas. Así, en mucho, estos "izquierdistas revolucionarios" quieren destruir sólo por destruir; quemar autobuses, edificios y casas, porque les gusta el fuego; pero no porque eso responda a las doctrinas o a las ideas que sustentan o a las que tienen para rehacer la sociedad y el hombre.

Otros, por el contrario, durante más de un cuarto de siglo, hemos venido buscando la transformación de las viejas estructuras, en lucha contra los enemigos de este cambio y en lucha contra sus aliados, porque creemos que se debe seguir ese proceso, pero dentro de la realidad histórica nacional; aprovechando los aspectos positivos de nuestras costumbres y nuestros valores, y aprovechando las ideas y las doctrinas y el pensamiento de los costarricenses esclarecidos. A este respecto citaremos un caso: cuando la Liga Cívica, en la generación anterior a la nuestra, inició su lucha contra Bond & Share, los comunistas se metieron en esa pelea porque así podrían atacar al "imperialismo yankee". Para los comunistas, y aun para muchos costarricenses patriotas de buena fe, la única posibilidad de destruir en Costa Rica al gigante yankee, era nacionalizando de inmediato las Compañías Eléctricas. Se predicaba así lo imposible. Las fuerzas conservadoras, instrumentos de esas Compañías, acusaban de comunistas a quienes deseaban ponerla en su lugar. Nuestro grupo, en cambio, decidió iniciar en 1949 la nacionalización eléctrica fundando el ICE, medida que provocó las burlas de los grupos conservadores desde el periódico LA NACION, en el que reafirmaba que sólo los técnicos extranjeros podían construir plantas eléctricas en el país. El empleo de técnicos costarricenses en la construcción de la planta de La Garita fue duramente criticado por los conservadores, y saboteados los trabajos por los comunistas quienes nos acusaban de poner esparadrapos reformistas y de ser "siervos" del imperialismo yankee. Sin embargo, en los veinte años que van desde que se fundó el ICE, hemos logrado la preparación de más de mil técnicos costarricenses que han ido construyendo plantas, redes de distribución y sistemas telefónicos, con tal capacidad y eficiencia que el gigante imperialista perdió su empuje y, para retirarse, le vendió todo al Estado. Alcanzamos así en dos décadas, la nacionalización total de la industria eléctrica y la formación de los cuadros técnicos nacionales necesarios para desarrollar los programas eléctricos y telefónicos del futuro, mientras los comunistas seguían cacareando contra nuestras doctrinas de cambio y LA NACION

les hacía el juego burlándose de los costarricenses y defendiendo a los extranjeros.

Es así como los comunistas predicaron la Revolución Imposible, pidiendo algo que Costa Rica no podía dar en 1930, y así como los anti-revolucionarios defendían al inversionista del garrote mientras los "izquierdistas revolucionarios", de buena fe, repetían frases y tesis de los comunistas. Pero un grupo de hombres, inspirado en costarricenses reformistas, encontró, a base de estudio y seriedad, la mejor forma para realizar el cambio, haciendo la revolución costarricense en el campo de la electricidad y de las comunicaciones. Lo más interesante es que para hacer el cambio y para sacar del país a una compañía norteamericana, obtuvimos dólares americanos del Banco Mundial, en donde quienes hacen los mayores aportes son los mismos Estados Unidos. También, y gracias al dinero de los norteamericanos, logramos el capital necesario para la preparación técnica de los costarricenses que hoy tienen en sus manos la revolución de la electricidad y de las comunicaciones nacionales.

En el campo de los hidrocarburos hemos tratado de hacer los mismos cambios, la misma revolución del Siglo XX, tomando, como punto inicial de ese programa, la nacionalización gradual de la refinería de petróleo del país. Pero los comunistas trinan contra el imperialismo yankee, los conservadores vendidos al cartel del petróleo americano atacan el programa y los "izquierdistas revolucionarios", de buena fe, hablan de la nacionalización total.

En 1941, antes de que les robaran las últimas propiedades a los alemanes que los Estados Unidos habían puesto en las "listas negras", iniciamos con el Centro de Estudios de Problemas Nacionales una gran lucha para cooperativizar el ingenio Victoria. En esa zona se hizo, en una generación, la Revolución Posible. El pequeño propietario jornalero campesino de una zona feudal pudo convertirse en asociado de la Cooperativa Victoria y, con el auxilio de la educación, del apoyo bancario y de la tecnología, llegar a ser un costarricense que servirá de ejemplo, en los próximos veinte años, a los que quieren llevar a esa dignidad y a esa situación al resto del campesinado costarricense. En esa época conocí a muchos de esos productores y jornaleros y he tenido el placer de mantener amistad con ellos durante veinticinco años. Muchos tienen hoy sus casas con energía y luz eléctrica, a la orilla de caminos asfaltados; han podido educar a sus hijos para darles un grado profesional y disfrutan ahora de los beneficios que les da la civilización y la cultura. En sus

modestas plantaciones se utilizan los medios de producción más adecuados, de acuerdo con los avances de la técnica moderna. Pero en muchos países comunistas los hombres como ellos fueron fusilados para dar paso a la "gran revolución socialista". Sin embargo, en un pequeño experimento nacional, se tomó otro camino. Los comunistas de 1940 habrían querido "nacionalizar" los ingenios y beneficios, y los conservadores de la época, aprovechando la guerra, habrían querido entregarlos a algún amigo del Gobierno. Nosotros luchamos por la Revolución Posible, contra el statu-quo feudal y contra la Revolución Imposible de los comunistas. Esta tarea exigió una generación de lucha, de tecnología, de banca nacional, de sacrificio de los jornaleros y propietarios que hoy son cooperativistas; pero se logró el cambio. Ya en otros sectores de la economía se ha seguido el mismo camino; en el agro-pecuario por ejemplo, las cooperativas agrícolas movilizaron en 1967 la suma de 134 millones de colones, lo que representa el 12 por ciento de la producción nacional de café, el 30 por ciento de la producción de cebollas; el 12 por ciento del azúcar; el 28 por ciento de la leche; el 25 por ciento del tabaco y el 5 por ciento del cacao. Subir esos porcentajes es la Revolución Posible. Pero esa revolución requiere educación y paciencia, aunque en muchos sectores del campesinado el hambre ya no tiene paciencia. Pero si para alcanzar los números citados tardamos 25 años, para subirlos aceleradamente, si de verdad hacemos nuestra Revolución, se requieren muchos menos.

He dado ejemplos de la Revolución Posible, indiscutiblemente producto de nuestras ideas y planteamientos en el pasado reciente y decididamente inspirados por costarricenses de las generaciones anteriores a la nuestra.

En la banca, en los seguros, en el mercadeo de artículos básicos, en la tecnología, en la educación etc., se ha ido haciendo la Revolución que, hoy más que nunca, requiere un ritmo acelerado. Los enemigos de ese cambio son los comunistas y los compañeros de buena fe que muchas veces, por falta de estudio y de conocimiento de la realidad nacional, repiten con ellos las frases huecas de la Revolución Imposible.

En los años cuarenta, con una demagogia que ahora nos parece increíble por lo desproporcionada, aprovechando la coyuntura de que Rusia era aliada de las democracias occidentales en su lucha contra el nazismo y fascismo, un grupo de políticos utilizó en Costa Rica a los comunistas para hacer una reforma jurídica en el campo social. Codificó muchas leyes anteriores e introdujo instituciones

sociales capitalistas en nuestro país, el que tenía en su estructura un marco feudal. Es decir, nos pusieron una camisa industrial cuando apenas éramos agricultores atrasados. Las reacciones y convulsiones posteriores constituyeron la etapa necesaria para que esas instituciones se adaptaran a la realidad nacional. En el decenio de los cincuenta se inició la transformación de las estructuras económicas de que antes hablé y, al entrar el país en una etapa incipiente de capitalismo moderno, esas instituciones sociales fueron acomodándose poco a poco a la estructura social de Costa Rica. Se le dio contenido económico a las Garantías Sociales, tal como lo habíamos prometido en 1943 los que formábamos el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales. Traducido al lenguaje de hoy, lo que hicimos en Costa Rica fue iniciar la transformación de una sociedad feudal en una sociedad moderna. No hemos ocultado nunca nuestra intención de transformar, pero esas transformaciones las hemos querido hacer con gran respeto de las doctrinas económicas de la época, las que muchas veces han merecido sólo el menosprecio de los "izquierdistas revolucionarios" que consideran que todas las doctrinas económicas -salvo las marxistas-moscovitas-, están teñidas de un desarrollismo capitalista peligroso para el cambio social. En los casos de transformación estructural del país que hemos analizado, aparece en forma evidente que, a la inversa de lo que sucede en el Estado totalitario, en el Estado democrático puede llevarse a cabo el cambio o la transformación necesaria con base en la educación, en el estudio, la planificación y la seriedad. La educación está en la base de toda transformación, por lo que una de las más grandes realizaciones que hemos logrado en los últimos veinte años es el cambio cuantitativo y cualitativo en el campo educacional. Don Elías Jiménez Rojas decía que en 1941 se le había puesto techo al potrero de los Gallegos; pero la gran obra de nuestra Universidad se inició y se consolidó en las dos últimas décadas. El pensamiento universitario ha transformado la estructura mental del país en todos los campos, y ha hecho posible la capacitación de centenares de costarricenses que vienen haciendo marchar el país hacia el mejoramiento. El cambio cualitativo en nuestra escuela primaria y en nuestra segunda enseñanza ha permitido la orientación de nuestra juventud hacia metas más claras de desarrollo y justicia, preparándolas para una búsqueda, más que en las civilizaciones utópicas de antaño, en nuestra propia realidad nacional. Ya en el campo cuantitativo hemos podido observar las legiones de costarricenses que llegan hoy a los colegios de enseñanza secundaria -diurnos y nocturnos- y a los estudios superiores y que muestran, en este año del centenario de la educación gratuita y obligatoria, que en las dos últimas décadas se ha logrado

en Costa Rica la consolidación de la educación democrática, en si misma la revolución estructural más profunda que ha tenido el país. Es innegable que falta mucho por hacer, pero es innegable también que se ha hecho mucho para lograr la educación democrática que desde hace cien años soñaban los educadores clarividentes de esa época. Es claro que los conservadores quieren únicamente la educación para sus élites y que los comunistas quieren solamente la instrucción, no la educación liberadora.

En los ejemplos anteriores he hablado de la paciencia y de la educación para el cambio en la democracia. Pero no debemos confundir la paciencia con la pereza. Ya la Universidad importó una computadora y no tiene preparados los perforadores que habrán de operarla. El microscopio electrónico que puede adquirir, requiere que alguien vaya rápidamente a estudiar y a capacitarse para poder manejarlo. La utilización de la energía atómica requiere técnicos. La utilización de nuevos materiales de construcción necesita los conocimientos de la nueva tecnología, y la administración de empresas, el mercadeo, la sicología industrial, la publicidad, la comunicación colectiva etc., exigen nuevas metas en la educación. Repito, el hambre no tiene paciencia y Costa Rica debe ser más eficiente para eliminar el hambre.

En 1963 insistí ante el Presidente Kennedy y ante el Secretario Rusk acerca de que la Alianza estaba en el vacío si no preparábamos nuestros pueblos para el cambio. Les pedí mil becas de mil dólares anuales para que mil costarricenses pudieran estudiar en la Universidad de Costa Rica las disciplinas y profesiones más adecuadas para ese cambio y con el objeto de que las nuevas técnicas no nos cogieran desprevenidos. Esperamos que el asesinato de Kennedy no haya terminado con esta posibilidad.

El Banco Anglo Costarricense, siguiendo la misma idea, ha tomado en sus manos el programa de financiación de estudios superiores, aunque el Banco Central le va frenando en lo que puede, porque no les conviene a los defensores del privilegio que se les vaya de las manos el monopolio de la educación. Sin embargo, es una lucha importante que habremos de seguir, les guste o no les guste.

Lo que nos ha costado casi un cuarto de siglo, continúa con su impulso y sigue marcando el camino del cambio. Ojalá que nuestros jóvenes tengan la posibilidad de presenciar en Costa Rica el debate diario con los comunistas, para que puedan verlos dando volteretas por todos lados, como los hemos podido ver nosotros. Así comprenderá mejor por qué su "revolución", su "izquierda

democrática", es la Revolución Posible, la auténticamente costarricense. No la Revolución Imposible de los comunistas, que sólo busca fortalecer la anti-revolución y que usa tanques para acabar con todos los Jan Pallach del mundo.

## **EL SOCIALISMO DEMOCRÁTICO DE HOY**

Dentro del concepto ya superado que dividía al mundo socialista del mundo capitalista, en el primero los medios de producción estaban en manos del Estado y, en el segundo, en manos de los particulares (hombres y empresas). "La propiedad es un robo", tal era el grito de hace un siglo que fue creído a pies juntillas por los socialistas de café, mientras que, por otro lado, el concepto de iniciativa privada era convertido en dogma por los liberales de club. Todo esto fue muy interesante en el siglo pasado y en los inicios de éste, pero ya los dos conceptos son parte apenas de la historia y del archivo de cualquier estudioso. Al socialismo democrático moderno no le interesa la propiedad de los medios de producción (máquinas, tierra, edificios, etc.) sino la distribución de lo que producen esos medios. En los países comunistas el Estado es el "propietario" de los medios, aunque se dice que la sociedad es la que tiene derecho sobre ellos. Para el mundo democrático el sentido de la propiedad ha perdido importancia, y la atención del hombre de Estado se dirige más bien hacia el producto de la actividad económica. Dice Servan-Schreiber en "El Desafío Americano" que ya la tesis de los nacionalismos está superada, por haberse revelado ineficiente en la práctica. A ese propósito y en el campo de la producción de bienes, diría yo que es un error creer que el empleado público es mejor y más eficiente productor que el empresario privado o que el dueño de una parcela. Nuestro movimiento ha creído en la ampliación de la propiedad privada lo mismo que en su mejoramiento, pero no en su eliminación. Además, los nuevos conceptos del socialismo democrático comparten este criterio. El INVU se creó, al igual que el ITCO, para hacer propietarios. Los bancos fueron nacionalizados para fortalecer el pequeño productor y para darle apoyo a los empresarios grandes y pequeños. El objetivo es el fortalecimiento de la propiedad privada. El Consejo Nacional de la Producción fue concebido como organismo regulador de los precios de artículos de primera necesidad, casualmente para proteger al productor de esos artículos de los intermediarios inescrupulosos. Los jornales se hicieron crecientes para dar oportunidad a más costarricenses de consumir más, y nos integramos a Centroamérica para conseguir la ampliación del mercado para

el producto de nuestras empresas y nuestros pequeños productores. La Cooperativa Victoria se formó para fortalecer al pequeño propietario, y la Cooperativa de Productores de Leche recibió el apoyo máximo del Estado, al igual que las cooperativas de café, caña, cacao, etc. La concepción liberacionista de los últimos veinticinco años va dirigida íntegramente a ampliar y fortalecer la propiedad privada; contraponerle ahora tesis del socialismo decimonónico, es negar esta línea clara de pensamiento costarricense, que es, tal vez, más eficaz y realista que las prédicas retóricas de nacionalismos ya superados. He visto funcionar el socialismo en Suecia y en Israel, y en ambos casos he visto cómo se ha ido eliminando la miseria. Con este propósito nos comprometimos hace veintiocho años, al empezar nuestras tareas de investigación y de estudio, repitiendo nuevamente esos propósitos en las Montañas de Dota, en 1948, cuando juramos, sobre nuestros compañeros muertos, empezar la guerra contra la miseria. El hecho de que en muchos casos se hayan malogrado los fines de las instituciones, no se debe a las instituciones mismas, sino a fallas de quienes las hemos dirigido -y ahí sí cabe la crítica-. Pero para mí esta es la época de la revisión y ajuste de nuestras ideas para dirigir todas las instituciones del país hacia las metas que nos hemos propuesto. Esto es lo que llamo la Revolución Posible, muy alejada de los planteamientos superficiales de quienes proponen ahora soluciones tan imposibles como las de los moscovitas y manchesterianos, a una economía que apenas se inicia en sus primeros pasos en el mundo del capitalismo moderno y del socialismo democrático. La izquierda democrática de Costa Rica está en la obligación de ser seria y de estudiar a fondo nuestra situación, sin tratar de importar camisas grandes para cuerpos pequeños, como sucede cuando se busca la implantación de conceptos ajenos a la realidad nacional, los que no tienen cabida dentro de nuestro marco económico-social, y, mucho menos, dentro de las tradiciones de libertad y de justicia en que hemos querido vivir. El Manifiesto de Patio de Agua, la Carta Ideológica de la Juventud Liberacionista, los escritos de los Obispos de Latinoamérica, algunas publicaciones de los grupos demócrata-cristianos etc., son fuente de inspiración para no olvidar la dirección social que debe tener todo movimiento político moderno, pero no deben ser entendidos como programas específicos de Gobierno, sino apenas como declaraciones generales de principios. Por eso, asustarse ante ellos, o ante los comentarios de mala fe que se han hecho sobre ellos, es como asustarse de lo que digan los libros sobre política que uno pueda leer. Tenerle miedo a las ideas es dejarle el campo libre a los comunistas para que sean ellos los que den ideas a nuestra juventud. Y asustarse porque un grupo u otro haga manifiestos, o

escriba textos, o anuncie doctrinas, es contrario al espíritu de investigación y de estudio que caracteriza nuestro movimiento. Considero que todos los documentos citados caen a veces en contradicciones internas y son culpables de la utilización de frases y conceptos retóricos, muy comunes en el socialismo romántico de los últimos treinta años; pero todos ellos tienen tesis de fondo que deben ser consideradas cuidadosamente por quienes respetamos el esfuerzo intelectual y el valor de los que apuntan los defectos de nuestro sistema social, tal como lo hemos venido haciendo durante veinticinco años.

-oOo-

El socialismo democrático o izquierda democrática costarricense, tiene grupos fuertes dentro de los principales partidos de Costa Rica; no se han unido en sus luchas debido a las heridas dejadas por la guerra de 1948 y a la obcecación de algunos dirigentes importantes de esos partidos. No obstante hay cierta coincidencia en sus tesis de avanzada a la hora de actuar en la vida política nacional. Las Garantías Sociales, promulgadas por la Administración Calderón Guardia, fueron introducidas en nuestra Constitución, defendidas y actualizadas por las Administraciones de Liberación Nacional, y han tenido plena vigencia desde que nuestro Partido inició la gran transformación económica de Costa Rica a partir de 1948. Es de esperar que algún día todos estos grupos puedan ponerse de acuerdo en cuanto a los pasos futuros necesarios para un mejoramiento social creciente que pueda eliminar la miseria en grandes sectores nacionales. Pero, por sobre todas las cosas, estos grupos deben estar perfectamente definidos en cuanto a doctrina, imponiéndose además, la tarea de plantear soluciones serias a los problemas nacionales, para no coincidir, al limitarse a tácticas destructivas, con el interés de los moscovitas que quieren destruir para dar paso al paraíso comunista que ellos predicán, pero que está muy lejos de ser lo que queremos los costarricenses. Si la izquierda democrática no estudia y no hace planteamientos doctrinarios y programáticos serios, dará argumentos fuertes a comunistas y derechistas, los que, en definitiva, vendrían a ser los que disputaran la hegemonía política y doctrinaria del país. He notado con tristeza que muchas de las ideas debatidas recientemente en Costa Rica, ignoran deliberadamente las ciencias económicas contemporáneas y se limitan a contemplar la injusticia social y a la proposición de soluciones un tanto románticas. He notado también una actitud de vergüenza ante la realidad mundial ineludible de que la producción es mejor en manos de la empresa privada y dentro del marco de instituciones capitalistas, cuando el Estado establece los instrumentos



jurídicos adecuados para evitar que ese capitalismo sea como el que nos describe Dickens, o el que vivió el Siglo XIX. Por la vía democrática, o sea, ganando elecciones, se puede realizar en otro cuarto de siglo una socialización aún más profunda en el país, sin necesidad de destruir la propiedad privada. Es más, la concepción socialista moderna fortalece y generaliza la propiedad privada, al mismo tiempo que limita los abusos de poder de quienes quieren enriquecerse empobreciendo grandes sectores de la sociedad. La eficiencia en los procesos de producción exige una participación activa del Estado, que debe facilitar lo necesario para que los productores mejoren sus sistemas, condición beneficiosa para ambos. Lograr que una finca que produce al año diez colones por manzana, como producían las tierras guanacastecas antes de 1948, produzca ahora dos mil quinientos colones, es una revolución profunda que interesa por igual al propietario y al Estado. Consolidar la propiedad, garantizarla y hacerla más eficiente, son tareas del desarrollo. Por eso los empresarios privados tienen la obligación de hacerse más eficientes y el Estado la de exigirles esa eficiencia. El producto nacional bruto de Costa Rica subió de mil millones de colones en 1948, a cinco mil millones en 1968, mientras que la población se elevaba apenas al doble. Este aumento marca un progreso espectacular en el campo del desarrollo. El sector de industrias y de servicios ha venido aumentando en relación con el sector agro-pecuario en los últimos veinte años, lo que muestra un cambio en nuestra estructura económica, hacia la de una sociedad moderna. Ese cambio es progreso. Costa Rica ha socializado el producto de la actividad económica con dos tesis de Liberación Nacional: jornales crecientes y más servicios del Estado. Es decir, de lo que produce el país se le da mayor participación al que trabaja y mayor participación al Estado para que preste servicios a más costarricenses. Falta mucho por hacer, pero vamos avanzando.

Los desarrollistas a veces se olvidan de la distribución justa del ingreso nacional. Esto hace que por épocas se vea más riqueza en menos manos y más miseria en más hogares. Para remediar esto, el Estado moderno debe contar con los medios jurídicos necesarios para hacer ajustes periódicos, por medio de la política de jornales, de servicios sociales y de impuestos. Un Estado que no tenga este poder no es un Estado moderno. La política tributaria, más que procurar ingresos al fisco, tiene por objeto una regulación de la economía y de la sociedad en general. Debe tener la flexibilidad necesaria para estimular la inversión en proyectos de desarrollo y la reinversión en mejoramiento empresarial, así como para evitar que hayan concentraciones ociosas de capital o

gastos superfluos. Claro, para que haya este tipo de política tributaria, se necesita en el Gobierno hombres que sirvan a los demás, y que no sean simples empleados de los menos.

La revolución técnica ha introducido en Costa Rica, en las dos últimas décadas, modernas tecnologías en la producción -irrigación, fertilizantes, yerbicidas, insecticidas, mecanización, uso de la energía atómica- que apenas se inician en forma extensa. Está llegando el momento -y ojalá sea en la década de los setenta- en que la actividad laboral de Costa Rica disminuirá en los campos y crecerá en las zonas urbanas. Hay que prepararse para ese momento si queremos evitar lo que ya está sucediendo en las principales ciudades, en donde los desocupados del campo llegan a formar barrios de miseria y descontento, campo propicio para disturbios explosivos, como nos lo demuestran otros países. Programas de emergencia para mantener al campesino en su tierra haciéndola más productiva, y de inversión en plantas procesadoras de los productos agropecuarios, pueden evitar a tiempo, la explosión social en nuestras ciudades. Si no trabajamos en ese sentido podríamos caer, o en el abandono suicida, o en los remedios de caridad, actitudes excluidas de la concepción social moderna. En Suecia -en 40 años de gobierno socialista-, el número de trabajadores dedicados a las actividades agropecuarias disminuyó de un 50 por ciento a un 6 por ciento. Los costarricenses deseamos ese tipo de sociedad en un futuro, pero desde ahora debemos ir preparándonos para alcanzarla.

La fundación del INA por nuestro Partido -y su fortalecimiento futuro- ofrece la posibilidad de preparar mano de obra campesina para industrias pequeñas de transformación en aquellos lugares en que su ubicación y otras facilidades las hagan competitivas. El Sistema Bancario Nacional, así como todos los organismos del Estado, deben tener programas adecuados para ese tipo de empresa.

La Corporación de Inversiones, proyecto encarpetado por este Gobierno, tiene, a juicio mío, la clave para el desarrollo industrial de las próximas décadas, y de su éxito depende la transformación efectiva de nuestra estructura económico-social sobre líneas de eficiencia y de justicia. Esta institución formará parte del Sistema Bancario Nacional y su tarea será la promoción de industrias en el país, aportando el capital inicial y vendiendo luego las acciones al público. Con recursos nacionales y financiación exterior podremos lograr que esta institución, logre, en las próximas décadas, la tarea de

industrializar el país, tal como lo ha hecho con gran éxito la Nacional Financiera de México. Hemos aprovechado esos años perdidos en la aprobación de este proyecto para estudiar toda una serie de posibilidades nuevas que puedan financiar ese gran programa que requerirá cerca de doscientos millones de dólares en los próximos cinco años.

Las líneas generales del pensamiento político de nuestro movimiento no pueden apartarse de la base misma de su creación, y nuestra gran tarea es revisar todo lo hecho en los veinte años, corregir los errores cometidos, y dar nuevo impulso a quienes van a tener en sus manos los próximos veinte años. Es definitivo también que los conceptos políticos básicos de nuestro movimiento no han cambiado en su esencia, por más palabrería que se haya utilizado en nuestra época. No podemos renunciar al concepto de libertad política, ni a nuestra tarea de fortalecerla día a día, porque para nosotros la limitación de la libertad individual es la más reaccionaria de las posiciones; tampoco podemos quedarnos tranquilos con el solo concepto de dignidad, si éste no va acompañado de la lucha por la igualdad. En nuestra época hemos visto cómo es posible mejorar las condiciones de los costarricenses y cómo llevarlos hacia la igualdad, aun cuando unos cuantos sólo ven los extremos y no la gran gama de clases medias que se ha formado en nuestras ciudades y en nuestros campos. Tanto el acaudalado fastuoso como el costarricense con hambre son producto, en gran parte, de un mal sistema tributario, el que deberá ser revisado a muy corto plazo, pero si no damos un impulso gigantesco a la producción, no podremos lograr esa justicia social.

La lucha social en el país fue casi exclusivamente en pro de las clases urbanas. Las próximas décadas deberán ver la adaptación de todos los programas sociales a los campos, a donde no han llegado todavía los beneficios del cambio. Aun los salarios mínimos legales -anteriores como concepto al Código de Trabajo-, no se respetan en los campos de Costa Rica, para no hablar ya de los beneficios mínimos de la seguridad social.

Tenemos que revisar uno a uno nuestros programas y una a una las instituciones que hemos creado, y tenemos que enmarcar las líneas generales de acción dentro de los conceptos básicos que se dieron en 1948, cuando decretamos la guerra contra la miseria. Pero vamos a hacer todo este trabajo sin caer en la improvisación de los izquierdizantes, y sin hacerles el juego a los conservadores, los que, todos juntos, caen siempre en el mismo error de tratar de remediar con frases huecas y líricas los vicios sociales que todavía afligen al país.

## EL ESTADO MODERNO

A raíz de la promulgación de las Garantías Sociales en el año 1941 y posteriormente a la Guerra de 1948 y a la introducción en nuestra política de las ideas económicas -por primera vez desde los tiempos de González Flores-, los intelectuales y los políticos del país iniciaron el debate acerca de los grandes problemas sociales, así como la discusión de las diferentes tesis sociales y económicas. Unos en interés de nuestro desarrollo y otros de la distribución de beneficios sociales. Pero hemos sido pocos -aún en Liberación Nacional-, los que hemos creído que por encima de todo deben estar las ideas y corrientes políticas, y que el debate nacional sobre ellas debe mantenerse, así como sobre las posiciones políticas e ideológicas de los hombres públicos, de los intelectuales, de los estudiosos y de todos aquellos costarricenses que desean el mejoramiento nacional. Con motivo de los fatídicos ocho años llegó a creerse en el país que casi era mejor que no existiera el poder político del todo. Se le quitaron entonces al Ejecutivo muchas de sus atribuciones y se quiso, a medias, que el Poder Legislativo tuviera más funciones de las que le corresponden en cualquier democracia moderna. Se creó así una serie de "gobiernitos" y, en el campo del poder político, el resultado de la gestión de las últimas cinco administraciones ha sido desastroso, pues a cada momento y a escondidas se trata de violar la Constitución. Este problema se ha agravado en los tres últimos años, al arrogarse el Poder Ejecutivo funciones que por Constitución le corresponden al Poder Legislativo, aprovechando la confusión existente en cuanto a campos de acción. Ciertas instituciones autónomas han sido convertidas en campos de negocios y de intervención diaria de parte de los funcionarios del Poder Ejecutivo. Las Municipalidades confrontan grandes dificultades económicas porque así, por represalia política, lo dispone quien tiene en sus manos las riendas del Gobierno. Pero todos estos vicios -que se agravan día tras día-, se originan en una Constitución que diseñó un sistema político donde nadie gobierna. Es decir, tantos fueron los controles institucionales que se implantaron para debilitar el Poder Ejecutivo, que en este momento, prácticamente, no hay Poder Ejecutivo.

La Constitución, como documento escrito que conforma la estructura total del Estado, aparece en Europa en el siglo XVIII, como un esfuerzo más del racionalismo para ordenar la estructura irracional del poder de los grupos y

clases de la Edad Media. Esta Carta tiene como fin básico la limitación del poder absoluto del Estado para garantizar así las libertades del individuo y la búsqueda de un ordenamiento consciente de la realidad social, según un plan unitario. Pero en Costa Rica, después de cien años de vigencia de la Constitución que, con parches, nos rige todavía, no se vio ni un criterio claro ni un plan unitario en la Constituyente de 1949, casualmente porque esa Constituyente era un producto de la guerra civil más profunda de la historia del país. En una nación recién dividida entre vencedores y vencidos, no era posible que se trazara una línea racional y ordenadora; predominó la pasión y el prejuicio irracional. Para evitar los abusos del poder y la infiltración totalitaria en el Gobierno, se destruyó el mismo Gobierno. A pesar de los esfuerzos de un grupo brillante de compañeros que militaron en las filas del Unión Nacional y del Social Demócrata y que fueron electos diputados constituyentes, no se logró ningún ordenamiento racional, ni siquiera el consenso de grupos jóvenes y renovadores los que, una vez en la Asamblea Legislativa, se convirtieron en instrumentos de las fuerzas conservadoras, para las cuales el cambio y el ordenamiento jurídico puede significar un freno a sus desmanes en perjuicio de las grandes mayorías. Como diputado, con un grupo de compañeros de los tres partidos mayores, inicié en 1958 la tarea de llamar a una nueva Asamblea Constituyente, pero a pesar de cierta conciencia en cuanto a su necesidad, los mismos diputados y gobiernos liberacionistas han visto con recelo la idea, y por una u otra razón, la han postergado.

Para 1971, a más tardar, debemos tener un concepto claro de las formas jurídicas que estimamos más adecuadas para preservar nuestro sistema democrático; para dotar al Gobierno de la dignidad y eficiencia que tienen hoy sólo ciertos entes autónomos especializados; para asegurar a las mayorías populares el instrumento jurídico adecuado para luchar en defensa de sus intereses, dando acogida al concepto moderno de participación democrática. Debemos, en fin, sentar las bases de una democracia moderna de participación total, que señale un marco jurídico claro a la economía del país, que garantice la propiedad justa y eficiente y que permita la distribución adecuada del producto del trabajo nacional. Los conceptos románticos del Siglo XVIII y XIX que originaron nuestra Constitución, deben darle cabida a la experiencia nacional de este siglo, para que entremos a paso firme en el Siglo XXI disfrutando al máximo de los adelantos de la técnica, sin perjuicio para los atributos nacionales de respeto al ser humano y de la libertad política efectiva. Todos estos conceptos deben ser debatidos en una Asamblea Nacional Constituyente que

aúne el esfuerzo nacional y debata valientemente todas las ideas modernas sobre el hombre y sobre el Estado, para poner en el primer plano nacional la Política, como la más alta disciplina del ser humano, la que incorpora en su seno todas las otras disciplinas del conocimiento contemporáneo.

-oOo-

Las ideas de la izquierda democrática deben ser claras y precisas, si se quiere ganar la batalla en el debate nacional. Nada hacemos copiando los vocablos, frases y gritos de los enfurecidos, cuando lo que debemos hacer es inducirlos a la reflexión, al análisis y al debate. Reclamar lo imposible es hacer imposible lo posible. Esto parece un juego de palabras, pero la posición reformista o revolucionaria (como se quiera llamar) es la única realista. Los que pregonan la violencia para acelerar el cambio, tienen el camino de las montañas para hacer su guerra, aunque en mi opinión no van a encontrar en Costa Rica muchos que los sigan. Será en otros países de América donde habrá de producirse el cambio con violencia. En la medida en que nosotros hagamos proclamas de extrema izquierda, poco serias e irrealizables, en la misma medida estaremos fortaleciendo las derechas. Los errores verbales de los partidos populares o de la izquierda democrática, han sido la causa del refortalecimiento de los grupos militares y de la miopía de algunos grupos económicos de nuestro Continente. La falta de estudio y de reflexión hace que muchos compañeros de América anuncien cambios sociales muy discutibles, lo que también fortalece a las fuerzas conservadoras. El empresario moderno no le tiene miedo al cambio y al mejoramiento social, porque eso redundaría en su propio fortalecimiento. Claro está que hay todavía, incrustadas en nuestra sociedad, fuerzas que se oponen al cambio, aunque éste las beneficie en sus intereses y, en muchos casos, hasta evite que las destruyan. La frase de Kennedy: "quienes se oponen a la revolución democrática están fortaleciendo la revolución violenta" no deja de tener actualidad, como lo demostró en forma sangrienta la experiencia cubana.

-oOo-

Es sumamente difícil encontrar jóvenes de veinte años que no griten contra la injusticia. Pero esa actitud debe dejarse cuando llegamos a la madurez para poder integrar los cuadros de estudio dedicados al análisis de los problemas nacionales. De no ser así, no podríamos llamarnos dirigentes. Aun cuando la revolución nacional se planteó mucho antes de que naciéramos nosotros, tenemos la satisfacción de haberla llevado adelante. Es una revolución

democrática en la que el atropello a la dignidad humana se considera anti-revolucionario. Y no se nos venga a decir ahora -después de un cuarto de siglo de estudio-, que gritando más o dejándose crecer la barba, se hace más revolución. Quienes creen en el Estado totalitario, en donde un grupo pequeño impone su criterio en forma arbitraria, y atropella, fusila, y destierra, no son revolucionarios de acuerdo con nuestro sentido de la palabra, sino reaccionarios y enemigos de la revolución. Y quienes creen que la libertad es sólo para ellos, para sus empresas y para sus allegados, son también anti-revolucionarios. Y quienes creen que, asustando con palabras, con charlas izquierdizantes de café o con explosiones emocionales de adolescente, pueden hacer la revolución que requiere Costa Rica, están también muy equivocados. Debemos llamar a la reflexión y al estudio a nuestros jóvenes, a fin de que se preparen para asumir la dirección del mañana. De no hacerlo así, estaremos falsando nuestros propios fundamentos, sobre los cuales hemos ido avanzando hacia una sociedad más libre y más próspera.

En 1941 iniciamos nuestra lucha, fundando primero la Asociación de Estudiantes de Derecho y luego el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales. Siete años después, el país iba a la Guerra de Liberación Nacional. Habíamos creado una conciencia nacional contra la corrupción administrativa, contra el fraude electoral y contra la infiltración comunista en la sociedad y el gobierno del país. Pero nuestro Movimiento no se limitó solamente a ganar la guerra, sino que sentó las bases de una sociedad más justa y con mayor proyección hacia el porvenir. Hemos hecho mucho, hemos dejado de hacer mucho, pero las líneas generales de pensamiento, muy rápidamente expuestas aquí, han sido incommovibles y nuestra Carta Fundamental sigue teniendo vigencia en el campo doctrinario.

Los vicios sociales que nos llevaron a la Guerra de Liberación Nacional han aparecido de nuevo en Costa Rica. El fraude electoral existió en las elecciones de 1958 y 1962 y, en gran escala, en 1966, aunque por diversas razones muchos dirigentes nuestros prefirieron callarse y no denunciarlo ante el país. La corrupción administrativa es una carcoma de esta administración, y ya no hay negocio que se plantee al Gobierno o a ciertas instituciones, que se haga si no es a base de mordidas y comisiones. Fuertes intereses extranjeros compran funcionarios que les protejan y que hagan más segura su inversión. Los dirigentes destacados del Partido no deben callarse ante esos hechos. Los comunistas, con la mala fe que los caracteriza, quieren

de nuevo penetrar el Estado costarricense para lo cual buscan el apoyo de los políticos.

El Partido no debe callarse ante estos hechos, porque si Liberación Nacional olvida su destino histórico, sellado con la sangre de compañeros caídos en las guerras, y no mantiene su lucha contra el fraude, contra la corrupción y contra el comunismo, con más energía cada vez, habrá abandonado sus banderas éticas y dictado su sentencia de muerte.

-oOo-

La nueva estructura de nuestro Partido ha creado medios más expeditos para la revisión de la doctrina y la preparación de programas de acción más definida. El Congreso Ideológico podrá decirnos si era adecuada la doctrina que empezamos a defender en 1941, o si ésta debe ser renovada. Sigo creyendo que la doctrina es adecuada, y que está en plena vigencia al día de hoy: somos socialistas democráticos en el sentido moderno de la palabra y seguimos las mismas líneas de pensamiento de los social-demócratas y laboristas europeos, de los liberales norteamericanos y de los grupos similares en la América Latina, Asia y Africa. Los conceptos y objetivos de nuestra Carta Fundamental de 1951 no han cambiado, y lo que era nuevo y parecía exótico en esa época, es parte ahora de la doctrina de todos los grupos políticos. Lo que este Congreso pueda hacer para vivificar nuestra doctrina, vendrá en beneficio directo de nuestro Partido y de nuestro pueblo.

Con la nueva estructura se ha creado también el Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (CEPES), fiel heredero del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales y de las comisiones permanentes de estudio del Partido. Dirigido por los principios de nuestra doctrina, le corresponde preparar los programas concretos y pragmáticos que deberá desarrollar nuestro Partido una vez en el Gobierno.

Estudiar es la tarea de Liberación Nacional. La Juventud Costarricense ya no se deja engañar, y exige de sus dirigentes posiciones claras y definidas, basadas en la investigación y el estudio. Llámosla a estudiar con nosotros, y preparémosla para la acción política seria y para las ideas revolucionarias dentro de lo que hoy es esta Revolución Posible que el país exige.



**MENSAJE INAUGURAL, 8 DE MAYO 1974**

**Discurso pronunciado por el Sr. Presidente  
Daniel Oduber Q., con motivo de la ceremonia  
de la toma de posesión.**

## **Párrafos del Mensaje Presidencial del 8 de mayo de 1974**



**"El requisito indispensable en la lucha contra la miseria y la pobreza es el trabajo productivo. Invito a los costarricenses, sin distinciones políticas e ideológicas, a intensificar la gran batalla por la producción."**



**"Todo el esfuerzo de desarrollo económico debe tener por meta el hombre. Nos corresponde definir el tipo de hombre y el tipo de sociedad en que ese hombre va a vivir en Costa Rica al terminar este siglo."**



"El mejor y principal recurso que tiene nuestro país es el que le ofrece la calidad humana del hombre y la mujer campesinos, sea que todavía estén en el agro o hayan emigrado a la ciudad."





"No hay derecho en la Costa Rica de hoy para permitir que a lar de un palacio, exista un tugurio. Esta es una invitación a quienes nada poseen para hacerse justicia por su propia mano. Quienes tienen fortuna amasada con el esfuerzo de todos, no tienen derecho a hace ostentación agresiva de su opulencia."



Ante la Asamblea Legislativa, en presencia de las Excelentísimas Delegaciones Extraordinarias de tantos Gobiernos amigos, con la bendición de las altas Autoridades Eclesiásticas aquí presentes y bajo la mirada vigilante y benévola del pueblo costarricense, recibo, con honda emoción, esta banda presidencial que ha ceñido, desde la fundación de la República, el noble pecho de muy esclarecidos ciudadanos, elevados por la voluntad popular, a la Primera Magistratura de la Nación.

Recibo esta banda presidencial, que es símbolo del más exaltado honor y la más grave responsabilidad de la democracia costarricense, de manos de un hombre digno, que como yo, pertenece a una generación que durante tres décadas ha venido luchando por el progreso nacional.

Recibo esta banda presidencial, consciente del papel que la historia me ha señalado de conducir a los miembros de mi generación y de las nuevas generaciones a realizar conmigo, desde las distintas agrupaciones políticas de nuestra fecunda democracia, la tarea de ejercer el poder con el fin de realizar, antes de que termine el siglo XX, los ideales de una sociedad próspera, justa y libre.

Recibo este símbolo de autoridad con humildad, pues sé que muchos costarricenses, de! pasado y del presente, me aventajan en muchas nobles cualidades. Sin embargo, a ninguno de ellos cedo en mi amor por Costa Rica.

Animado de estos sentimientos, dispuesto a encontrar en la experiencia de mis antecesores la sabiduría por ellos acumulada para evitar errores, seguro de que encontraré en la buena voluntad de muchos costarricenses la luz para acertar y la fuerza para actuar y confiado en Dios, asumo, a partir de este momento y por los próximos cuatro años, la conducción de los destinos nacionales.

\* \*

El tipo de sociedad de que nos orgullecemos los costarricenses, no es la obra de una sola generación, de una clase social o de un partido político. Es el producto de un trabajo de siglos en que han participado cuantos han nacido en esta tierra o se han incorporado a ella. Todos ellos han ido forjando, a través de comunes experiencias, placenteras o dolorosas, una conciencia de nacionalidad propia cimentada en valores y aspiraciones, instituciones y normas, propósitos e ideales, que han llegado a conformar una cultura auténticamente costarricense. Podrá y deberá

esa cultura auténtica absorber y asimilar aportes nuevos, ya sea que los genere de sí misma por su adaptación a circunstancias nuevas o por asimilar los provenientes de otras latitudes; pero jamás podremos admitir un diseño de una sociedad costarricense que no esté concebido dentro de los elementos esenciales de nuestro auténtico ser histórico. Este es un hecho fundamental y punto de partida insustituible de toda acción política y de todo propósito de gobierno. No olvidemos nunca esto.

Sin recursos minerales apreciables, y afortunadamente sin población aborígen que ofreciera energía humana a base de la esclavitud, nuestros antepasados edificaron en el paisaje maravilloso, el clima espléndido y la feracidad de las tierras del Valle Central, una sociedad, pobre sí, pero igualitaria y democrática, profundamente arraigada en la pequeña propiedad agraria con las costumbres, las creencias y la elemental tecnología de campesinos europeos.

En la primera etapa de nuestra vida republicana, esa sociedad agraria con una economía de subsistencia se expandió cuando sus dirigentes llegaron a establecer nexos con los centros de la economía mundial y, como consecuencia, abrieron sus ventanas a las corrientes culturales de otras latitudes. Entonces se logró, por un lado, asentar definitivamente las bases modernas del Estado y las garantías de libertad política, que en realidad fue efectiva sólo para algunos privilegiados, mientras que por otro, se redujo la dimensión igualitaria de la sociedad, pues debido a la adopción de las ideas mercantilistas de la época —importadas y sobrepuestas a nuestra realidad nacional—, fueron apareciendo las grandes plantaciones agrícolas con las primeras formas de concentración de la riqueza y de los grandes grupos de trabajadores sin tierra, asalariados y proletarios.

En la segunda etapa de nuestra República, a partir de la década de los 40, correspondió a nuestra generación cooperar con la generación anterior en un esfuerzo por impulsar el incremento de nuestra riqueza material, que, rebasando al ámbito estrecho del Valle Central, fue incorporando al esquema del progreso nacional la geografía y la población entera del país. Nos correspondió también, por una parte, luchar por fortalecer el régimen democrático con una más consciente participación de mayor número de sectores de la población y, por otra, restaurar el sentido igualitario de los inicios de nuestra nacionalidad, dándole vigencia a postulados de justicia social y planteando formas nuevas de organización cooperativa, especialmente al productor campesino.

Una consecuencia muy importante de nuestra acción ha sido promover la movilidad social, que ha tenido como efecto la ampliación y fortalecimiento de los sectores medios de nuestra sociedad. Estos sectores, a su vez, han contribuido al desarrollo económico y político de nuestro país como abanderados de su modernización.

Resultado feliz ha sido la existencia en este pequeño territorio de Centro América, de un país dedicado a la paz, al ejercicio de la libertad política dentro del respeto a los derechos humanos, a la promoción de la cultura de su pueblo, y al desarrollo económico dentro de las aspiraciones de una mayor justicia social. Permitidme Excelentísimos miembros de las Misiones Diplomáticas Extraordinarias y visitantes muy distinguidos, que entregue a vuestro examen esta realidad nacional, para que podáis percibir los motivos que tengo para sentir orgullo sencillo de ser costarricense y de ser el Presidente de esta República.

\* \*

¡Ay del individuo o de la nación que se entregue a una autocomplacencia en contradicción con sus realidades objetivas! Nuestra democracia no es aún perfecta. Queda un largo camino que recorrer hasta que sus beneficios sociales, culturales y materiales, cubran a sectores de población que, o no los disfrutan del todo o sólo en medida imperfecta. Lejos de desconocer las realizaciones de quienes nos antecedieron, la generación que me corresponde conducir, debe continuarlas hasta sus últimas consecuencias. Más aún, debe reformularlas valientemente dentro de ese proceso de cambio profundo que nuestra sociedad, como el resto de la América Latina, está experimentando en su transición de una sociedad injusta hacia una sociedad moderna.

El momento es de crisis. Todo se cuestiona: los partidos, el Estado, la Iglesia, los esquemas de desarrollo, los valores morales y filosóficos. Nuestra generación tiene ante sí el doble reto de la década de los 70: por una parte, cómo rescatar la fisonomía espiritual de nuestro ser histórico con sus valores básicos y con su auténtica personalidad, para responder a las exigencias de las masas populares impacientes; por otra, cómo enriquecer a nuestra sociedad con la incorporación de los nuevos sectores populares emergentes, campesinos, agricultores medianos, asalariados, capas marginales, para llevarlas a una plena participación política y a un disfrute pleno de los beneficios del desarrollo económico. Para encarar esos retos es necesaria mucha imaginación política junto con una

fuerte voluntad de hacer lo que es preciso hacer.- Es indispensable la honestidad política e intelectual puesta al servicio de los sectores más débiles de nuestra sociedad. Si los compañeros de mi generación y de las nuevas generaciones quieren secundarme, procederemos juntos a realizar las transformaciones de nuestro sistema actual y así construiremos la sociedad costarricense del futuro sobre los elementos de eterno valor que heredamos del pasado.

\* \*

El requisito indispensable en la lucha contra la miseria y la pobreza es el trabajo productivo. Invito a los costarricenses, sin distinciones políticas e ideológicas, a intensificar la gran batalla por la producción.

La crisis mundial de alimentos es más grave que la de energía. Comencemos por producir el alimento modernizando y diversificando nuestra producción agropecuaria. Estimulemos ese esfuerzo productivo buscando para nuestros productos mercados más allá de las fronteras. Continuemos para eso las gestiones ya iniciadas para montar, en colaboración con otros países del área, una ágil flota de carga aérea y una marina mercante para buscar mercados donde se valore más el producto de nuestros campos. Al lado de la agricultura intensificaremos la industria auténtica de aprovechamiento de nuestros recursos naturales. Aún más: debemos pensar en la gran industria. Tenemos ya ofertas de apoyo al desarrollo de nuestra petroquímica con la construcción de una gran refinería en el Atlántico. Continuemos el desarrollo eléctrico en el Térraba combinado con un complejo industrial que nos permita procesar nuestra bauxita y producir aluminio metálico. No desistamos del proyecto hidroeléctrico del Arenal ni de la construcción de la planta de cemento en Abangares. A los técnicos y empresarios les presentan un reto las posibilidades que se han descubierto de desarrollo del azufre y del cobre, así como del hierro y del oro. Estos grandes capítulos de nuestro desarrollo económico ponen a prueba nuestra voluntad de salir del subdesarrollo. Suponen una inversión de más de veinte mil millones de colones y llaman a la lucha del trabajo a miles de costarricenses. No nos arredre la aparente magnitud de esas empresas. Hemos probado con la realización de grandes proyectos hidroeléctricos, electrónicos y de telecomunicaciones, que el costarricense puede levantarse con su propio esfuerzo cuando toma la determinación de ser hombre libre. Sin esta lucha por la producción, todos nuestros sueños se reducen a quimeras.



Todo el esfuerzo de desarrollo económico debe tener por meta al hombre. Nos corresponde definir el tipo de hombre y el tipo de sociedad en que ese hombre va a vivir en Costa Rica al terminar este siglo. Esta es la cuestión esencial. Los gobernantes no podemos improvisar cada día la ruta, la que debe quedar definida por una visión global de las metas nacionales. Espero la reflexión de los costarricenses para contestar cuestiones como ésta: ¿qué tipo de hombre aspira a ser el costarricense? ¿cuál es la educación que se requiere para forjar ese ser humano y qué organización social corresponde mejor a la línea ascendente de nuestra historia y a nuestras tradiciones? Por mi parte propongo al pueblo costarricense que, sin ignorar el mundo más amplio de que formamos parte y sin repudiar las enseñanzas positivas de otras experiencias, orientemos el quehacer nacional a partir de lo que somos, de nuestra propia idiosincrasia, y construyamos el país con nuestro propio patrimonio cultural.

El mejor y principal recurso que tiene nuestro país es el que le ofrece la calidad humana del hombre y la mujer campesinos, sea que todavía estén en el agro o hayan emigrado a la ciudad. Ese recurso debe ser protegido, desarrollando el campo de Costa Rica, ofreciéndole al hombre campesino la posibilidad de aumentar su productividad y un adecuado acceso al cultivo de la tierra, dentro de una apropiada organización social y una red completa de obras materiales y servicios básicos. Deben existir en el ambiente rural instalaciones industriales capaces para transformar y conservar los productos, y empresas manufactureras que proporcionen a las generaciones campesinas un empleo bien pagado que contribuya a su modernización.

Sea ésta una de nuestras tareas dominantes para lo que falta de este siglo. Los avances tecnológicos permiten mejorar sustancialmente el nivel de vida del pequeño productor campesino. Nosotros mismos hemos demostrado que esto es posible, como lo prueba la modernización del campo en el Valle Central y la penetración de la civilización material en la zona de Puntarenas Norte y Guanacaste, el Pacífico Sur, el Valle de El General, San Carlos y Sarapiquí. Aprestémonos ahora a empujar las fronteras del progreso material y de los servicios sociales. Cuidémonos de que este progreso material e institucional sea la base de la promoción total del campesinado y no sirva para confirmar su subyugación a los sistemas de plantaciones que queremos superar.

Debemos contar con una visión clara de las cosas, de tal manera que podamos discernir entre lo que nos interesa traer de fuera y lo que nos conviene preservar de lo que ya tenemos. De la gigantesca revolución científica que en nuestros días han registrado los países industriales, aprovechemos todo lo que pueda servirnos para mejorar. Pero no tratemos —como para su desgracia lo han hecho otros— de copiar de aquellos países formas de vida que, inspiradas en valores y características peculiares ajenas a nuestra cultura, puedan traer a nuestras comunidades y a nuestros hogares la quiebra de valores y de metas propias de nuestro ser nacional. Las naciones poderosas y ricas nos pueden dar mucho en el campo de la ciencia y de la tecnología, pero no nos pueden proporcionar un sustituto a nuestra forma de ser.

Insisto en que los valores costarricenses deben mantener su vigencia y orientar las grandes transformaciones que es preciso llevar a cabo. No quiero una Costa Rica de hombres y mujeres que se inspiren en criterios materialistas importados. Debemos evitar que el afán de enriquecimiento personal destruya cosas más importantes que nos ha heredado nuestra historia.

Los grandes males que azotan el país son consecuencia de una situación de cambio precipitado de valores que, alejándose de un equilibrio conveniente entre lo que hay que retener y lo que hay que desechar, se precipita como un torrente arrasándolo todo por la frustración, la impaciencia o la mala fe de muchos. Es preciso frenar ese torrente si no queremos perder lo más valioso de nuestra nacionalidad, ¡Alto a la corrupción pública y privada, a las drogas y a la prostitución! ¡Alto a la violencia! Todo esto es resultado de la adopción de metas falsas y de la incapacidad de hogares y escuelas para dedicarse al gran proceso de la educación del hombre costarricense, en el momento de una crisis propia de la transición de nuestra sociedad.

La tarea no puede ser sólo del gobernante, sino del país entero. Hoy hemos rendido homenaje a una atleta nacional, la niña María del Milagro París, porque ella para mí es el símbolo de lo que debe ser la juventud costarricense: esfuerzo, sacrificio y patriotismo. Esa es la Escuela que debemos formar, tanto los padres en cada hogar, como los educadores en Escuelas y Colegios.

No culpemos de nuestros vicios sociales a los jóvenes que cometen faltas; culpémonos nosotros como generación de no haber meditado a fondo sobre lo que teníamos y sobre lo que hemos querido sustituir para darnos cuenta de que hemos

repudiado lo nuestro para implantar orientaciones de conducta que han deformado nuestra sociedad.

Todavía es tiempo. Llamaré a la lucha a todos los padres y madres costarricenses para que, a la par de los poderes del Estado, nos dediquemos todos a una sola cosa: al rescate de nuestra nacionalidad

\* \*

Personas de otras latitudes y de otros países dan la impresión de haber descubierto a Costa Rica. Han venido y nos han enseñado lo que teníamos. Para ellos vale mucho lo que nosotros no apreciábamos. Oigámoslos con atención y escucharemos hablar del aire limpio; del agua cristalina de nuestras quebradas, ríos y mares; del clima; de la montaña, de los valles y de los llanos, y de la sencillez del hogar costarricense, donde todavía se vive la hospitalidad y la solidaridad humana.

Pero hay otras personas de esos mismos países y latitudes que vienen y tratan de engañarnos con monedas falsas, para destruir lo que tenemos, irrespetando nuestras leyes, nuestro ambiente y nuestras costumbres. Estas personas —ya sean empresarios, inversionistas, diplomáticos, intelectuales o simples turistas— no serán recibidas. Por el contrario, quienes deseen venir con sus familias, a luchar a la par nuestra en la cruzada nacional por preservar y mejorar lo que tenemos, serán bienvenidos sin distinciones de raza, religión o credo político. Esto no es invención mía de hoy, es simplemente una paráfrasis de lo que anunciaron nuestros antepasados al fundar esta República.

\* \*

La sociedad costarricense del futuro no será solamente el resultado de transformaciones económicas y tecnológicas, o de nuestro empeño por conservar aspectos de nuestra cultura que estimamos importantes. Es también indispensable renovar y perfeccionar el sistema político de nuestra democracia.

En todo el mundo se observa que las viejas ideas de la democracia representativa no se ajustan a las necesidades de la época. Las formas legales que pacientemente discutieron nuestros antepasados para la organización del Estado han cedido lugar a nuevas concepciones administrativas y políticas. De no adoptarse estas concepciones, la supervivencia misma del régimen

democrático podría llegar a verse seriamente comprometida. Así ha ocurrido en países hermanos de América y Europa.

Siempre acaricié la idea de convocar una Asamblea Nacional Constituyente que, cuidadosamente y sin precipitaciones, fuera discutiendo los cambios necesarios para nuestro país, principalmente en el campo de la organización del Estado. Algunos grupos se opusieron a esta propuesta: unos por temor a perder privilegios económicos, otros por miedo de perder avances sociales.

Me parece conveniente dedicar nuestra atención este año al estudio del cambio en la estructura del Estado y, si lo creen conveniente, podrían todos los grupos políticos discutir la posibilidad de convocar una Asamblea Constituyente, o de proceder gradualmente a introducir reformas parciales a nuestra Constitución.

Mientras llegamos a eso, he hablado con los señores Magistrados del Tribunal Supremo de Elecciones para que, a la mayor brevedad posible, revisemos nuestro sistema electoral, que es ya anticuado para atender al número de votantes a que hemos llegado. Creo que el régimen actual es producto de una serie de medidas tendientes a evitar el fraude, pero que se han ido acumulando, hasta constituir, en muchos casos, obstáculos serios a la emisión del voto. Con la nueva tecnología y la mecanización empleadas en países similares al nuestro, podremos mejorar nuestro sistema a fin de dar toda clase de facilidades al ciudadano para emitir su voto.

Desde hace muchos años, y como parte del planteamiento de nuestras necesidades de cambio, hemos reconocido que nuestras posibilidades son insuficientes si nos mantenemos aislados, y hemos hecho esfuerzos para ampliar el espacio económico en que se desenvuelve nuestro país. Por eso entendemos nuestro desarrollo en función de Centroamérica.

En las últimas semanas he conversado personalmente con los Jefes de Estado y máximos dirigentes de los países hermanos, y hoy puedo afirmar que la larga lucha de los centroamericanos sinceros empieza a dar sus frutos. Hay ansia de paz aun entre los países en discordia. Los Presidentes de Honduras y El Salvador reconocen la urgencia de consolidar una paz honorable, como requisito previo a la revisión de la integración económica del Istmo.

Grandes esfuerzos se están realizando para reunir a los Jefes de Estado centroamericanos para dialogar y buscar soluciones. Abrigo la más viva esperanza de que podamos hacerlo en Nicaragua antes de que termine este mes, para

empezar a reunimos a menudo, sin protocolo o formalismo, y enfrentarnos a la tarea de salvar la comunidad económica centroamericana, en la que permanentemente incluimos a Panamá.

Los hombres que han trabajado por estos ideales en gobiernos y organismos regionales merecen mi felicitación sincera de centroamericano y mi apoyo decidido a sus anhelos. Haber mantenido nuestro comercio con Centroamérica a niveles que, además de ser ya elevados crecen rápidamente año con año, es un bien nacional que debemos a quienes lo han hecho posible, tanto en el sector privado como en el público. Doy las gracias a todos los trabajadores y empresarios que, a pesar de un conflicto fratricida que tiene ya cinco años, han conservado a Centroamérica unida en los ideales de desarrollo y cambio que sólo son posibles con un criterio regional cada vez más vigoroso y amplio.

La falta de equidad en el sistema de relaciones económicas internacionales sigue constituyendo uno de los principales obstáculos al mejor éxito de nuestros esfuerzos de cambio, de transformación y de progreso. Costa Rica vive su más grande crisis social de un cuarto de siglo. Tenía que ser así. Los esquemas en que se habían edificado los sistemas económicos de los grandes países después de la Segunda Guerra Mundial, los hacía vulnerables. Faltaron los alimentos y faltó el petróleo y empezó la crisis. Pero esta vez, el golpe cayó no sólo en las espaldas de los pueblos pequeños, sino que en carne propia sintieron los ciudadanos de países ricos el flagelo de la escasez y de la inflación.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre materias primas y desarrollo, el nuevo diálogo iniciado en Tlatelolco y continuado en Washington, y la última reunión de la Asamblea General de la OEA, marcan una dirección adecuada hacia la solidaridad y la justicia internacionales. Nuestra posición de apoyo a los países de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), aunque nos cueste cara, se basa en la seguridad de que ellos serán solidarios con nuestras luchas, como ya lo fueron los cancilleres americanos recientemente en Washington, cuando un grupo poco informado de trabajadores norteamericanos se opuso a las aspiraciones de pueblos que han hecho posible —en mayor o menor grado— el bienestar de que ellos disfrutaban.

Este mismo sentimiento de solidaridad llevó a los Cancilleres de la América Latina a proclamar en Bogotá, en Tlatelolco y en Washington, su apoyo a la República de Panamá en su lucha por reconquistar su plena soberanía sobre la Zona del Canal con base en un tratado canalero más

justo. Hago mía la aspiración del Presidente de Venezuela, Dr. Carlos Andrés Pérez, al decir: "Gran homenaje a los patricios de la independencia de la América Latina sería que esta esperada reivindicación fuera acontecimiento celebratorio del 7 de diciembre, fecha sesquicentenario del Congreso de Panamá".

En esta lucha, desde 1950, se ha distinguido más que nadie, el señor Ex Presidente don José Figueres. Costa Rica y los pueblos en desarrollo reconocen que fue él quien inició la lucha por precios internacionales justos, con su carta de aquel año a la Conferencia de la FAO en Nueva Delhi.

La lucha ya ha tomado fuerza mundial. Los productores de petróleo se unieron en la OPEP y han mostrado su solidaridad. Los productores de bauxita se unieron en Conakry iniciando la lucha por organizarse y mejorar condiciones y precios internacionales del aluminio. Siguen ahora el café, el cacao y el azúcar.

En Nueva York los países del tercer mundo lograron convocar una Asamblea extraordinaria de la ONU para sentar las bases de una economía internacional más justa. La Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, propuesta por el Licenciado Luis Echeverría, Presidente de México, sigue siendo nuestra meta.

El Ex Presidente don José Figueres, debe continuar en esa lucha. Tan pronto instale mi Gobierno le pediré dar unos años más a Costa Rica y al mundo, en la lucha por un sistema internacional de justicia y de mejoramiento social, única base en la que puede edificarse la paz en el mundo. Como Representante del Presidente de la República de Costa Rica, y por su propio valor, el Ex Presidente Figueres podrá llevar adelante, en los foros y conferencias mundiales, una bandera que ha enarbolado con visión y valentía por un cuarto de siglo.

\* \*

La sociedad del futuro, a cuya formación estará permanentemente dedicado mi Gobierno, no podrá basarse en que el esfuerzo nacional sólo vaya a servir a unos pocos, o a consolidar sistemas sociales injustos. Nos falta mucho para alcanzar un desarrollo armónico: hombre, tierra, capital y cultura deben ir de la mano, o los desajustes del crecimiento traerán irremisiblemente las explosiones del cambio.

No hay derecho en la Costa Rica de hoy para permitir que, a la par de un palacio, exista un tugurio. Esta es una invitación a quienes nada poseen para hacerse justicia por su propia mano. Quienes tienen fortuna amasada con el esfuerzo de todos, no tienen derecho a hacer ostentación agresiva de su opulencia.

Todo el sistema político y fiscal de la Nación debe dirigirse a que el ingreso acumulado se reinvierta para producir más trabajo y más riqueza, y para abrirle paso a más y más costarricenses al nivel de vida propio de la clase media. Que la clase adinerada gaste menos en lujos y ahorre más para invertir más. Que las clases medias sigan progresando, pero que detengan un poco el deseo de copiar lo malo de los que tienen mayores entradas. Que las imiten en lo bueno. Y que la clase trabajadora siga avanzando sólidamente, en campos y ciudades, como lo ha hecho en un cuarto de siglo.

Mi Gobierno garantiza ahora, y lo seguirá garantizando en los próximos cuatro años, que vivirá a la par de quien produce, sufriendo con él, sintiendo con él, luchando con él, para hacer más fuerte cada unidad de producción. La empresa grande y la pequeña, el hacendado y el pequeño agricultor, sabrán que a su lado están funcionarios públicos para servirlos, y que si no lo hicieran, hay un Presidente que no permitirá que funcionario alguno se sirva a sí mismo y no a quien más lo necesita.

Vamos juntos, costarricenses, hacia el siglo XXI. La Costa Rica de nuestros hijos es la que hagamos nosotros. Volvamos siempre los ojos a nuestras tradiciones, a nuestra historia y a nuestros antepasados. Unidos a ellos, a su espíritu, defendamos nuestra Costa Rica. Que no nos la quiten. Que no nos la dañen. Que no nos la ensucien. Los necesito a todos. Solo soy muy poco para dar la lucha. Pero con la ayuda de Dios y el apoyo de ustedes, daremos a quienes nos sigan en el tiempo un país ejemplar, en el centro de América, donde se viva libre, se disfrute de una naturaleza maravillosa, se trabaje para el bienestar de todos, y se cultiven sin cesar los mejores valores del espíritu.

# EL PENSAMIENTO DE DANIEL ODUBER

**Marcelo Prieto Jiménez**  
**Ensayo escrito en 1971**



## PRESENTACIÓN

Marcelo Prieto Jiménez, de 21 años de edad, alajuelense, cursa el segundo año en la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica. Es uno de los representantes de la juventud del Partido Liberación Nacional que mejor la caracteriza, porque su militancia es seria, consciente e intensa. No es vocinglera, ni vana, pero está dispuesta a vigorizar la ideología del Partido, lo mismo que a reducir la brecha entre planteamientos y realizaciones. La actividad de Marcelo se concentra hoy día en sus deberes como Presidente de la Juventud Liberacionista de Alajuela y como Secretario Regional de Capacitación y Doctrina. Además, estudia y escribe sobre el Partido Liberación Nacional. En 1972 ganó el concurso que el Partido realizó para conmemorar su XXI Aniversario, con su trabajo "Qué es y qué debe ser el Partido Liberación Nacional".

El ensayo que presentamos ahora fue escrito en 1971, para los fines de la cátedra de Filosofía Política impartida por el Dr. don Luis Barahona Jiménez, en la Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica. Es un meritorio trabajo de crítica e investigación. Revela muy bien la personalidad del propio autor: su afán de profundizar en el significado de la causa en la que cree y por la que lucha. Es también -y principalmente- el mejor estudio que se ha realizado sobre Daniel Oduber, porque lo que hasta ahora se ha dicho acerca de esa figura descollante del liberacionismo, no ha logrado lo que Prieto Jiménez alcanza en esta obra: destacar con nitidez, sin deformaciones, un perfil ideológico de Oduber, con base en lo que el mismo Oduber ha dicho y escrito. Lo enmarca a la vez en el campo amplio de la Social Democracia, así como en el partido político a que pertenecen y en el del país que ambos quieren tanto.

En su valiosa obra, Prieto Jiménez a la par de darnos una clara semblanza de Oduber, con sólo atenerse a la verdad histórica destruye uno de los mitos que griegos y troyanos han creado respecto a su personaje: el mito de que "Daniel no se define". Después de leer a Prieto Jiménez, nadie que pretenda analizar objetivamente la política nacional podrá, sin violentar la verdad, creer más en ese mito. Marcelo pone las cosas en su lugar: Daniel Oduber ha definido con claridad meridiana, sin ambigüedades ni eufemismos, su posición ideológica. No ha dejado duda

alguna sobre su ubicación en el campo progresista de la Social Democracia. Ha expresado su criterio en los temas fundamentales que se han discutido en el país, lo mismo que en los internacionales que interesan a nuestra época.

Lo que Prieto Jiménez nos dice lo sabíamos quienes acompañamos de cerca a Oduber en sus quehaceres políticos. Sabíamos, por ejemplo, que se había definido ante el problema agrario, impulsando la Ley de Tierras y Colonización, pionera en ese campo; conocíamos su posición en favor de la banca nacionalizada, lo mismo que su apoyo caluroso a quienes en 1967 nos tocó luchar, en la Asamblea Legislativa, para que no pasara a manos privadas, nacionales y extranjeras. Conocíamos su serena y firme actitud en la Cancillería de la República, durante la Administración Orlich. Ahí defendió los principios cardinales de la política exterior liberacionista, como los que se refieren a la lucha contra el colonialismo y la discriminación racial, entre otros problemas relativos a los derechos humanos. No teníamos dudas acerca de la definición del compañero Oduber en muchas otras cuestiones de importancia.

Pero era necesario que un representante calificado de la nueva generación de liberacionistas, sin prejuicios, con apego a los hechos, como corresponde a un trabajo realizado dentro del marco académico, ansioso además de estudiar a su Partido y a sus líderes, se encargase de desvanecer el mito.

Claro está, si para considerarlo como político con ideas definidas, los encargados de mantener el mito pretenden que Oduber se pronuncie en todas las frecuentes querellas parroquiales, que en Costa Rica algunos entienden como actividad política, pues no podrán satisfacerse nunca. Como este estudio lo pone de manifiesto, Daniel Oduber es un hombre de su época y ésta plantea a cada estadista problemas de gran categoría, todos angustiosos. Sobre tales problemas, que son los importantes por referirse a la modernización del país y afectar el destino de las mayorías, Oduber se ha pronunciado oportuna y reiteradamente.

Este trabajo no pretende agotar el estudio del pensamiento político de Daniel Oduber. El autor hace un comentario serio sobre las fuentes que él estima son las principales en las que se ha nutrido su personaje, lo mismo que con base en citas de diversas manifestaciones del propio Oduber. No obstante, Prieto Jiménez no trata de ser dogmático porque ni Oduber, ni él, ni el Partido Liberación Nacional lo son.

Ya lo dice categóricamente la Carta Fundamental del Partido: "Nuestro ideario surge del constante y objetivo estudio de los problemas de la sociedad que nos rodea, en busca de posibles soluciones. No es estático sino que está en permanente proceso de análisis y perfeccionamiento. Actuamos libres de dogmatismos y ortodoxias".

La misma Carta destaca, en el preámbulo, el hecho de que las raíces principales del Partido están bien arraigadas en la historia de Costa Rica. "Con profundo respeto por la historia nacional -expresa- la entendemos como una constante construcción de democracia", y agrega que "sentimos la imperiosa necesidad de que la acción política se inspire en los esfuerzos y realizaciones de hombres como Braulio Carrillo, José María Castro, Juan Rafael Mora, Jesús Jiménez, Julián Volio, Mauro Fernández, Tomás Guardia, Cleto González, Ricardo Jiménez, Jorge Volio y Alfredo González". Ejemplos con los que se quiere demostrar que el fin principal del Partido es actuar como heredero de los precursores que han forjado las instituciones políticas del país y han abierto vías al progreso, lo mismo que a la justicia.

Por todo eso la Carta declara: "concebimos la historia de Costa Rica como la lucha del pueblo por una vida mejor dentro de la democracia y la libertad, asentadas en la dignidad humana."

Por lo tanto, cuando Marcelo Prieto se ocupa de explicar lo que es la social democracia, el aprismo y el liberalismo norteamericano, asociando tales movimientos o doctrinas con el pensamiento político de Oduber, no trata de señalarlo como un político de ideas extrañas al país. Lo que se propone es señalar el hecho de que las personas, y en particular los estadistas, deben tener alguna ubicación ideológica. Porque no se puede, sin ser irresponsable, conducir a un país segura y certeramente sin ninguna ideología. Tan importante objetivo no se alcanza con improvisaciones, ni con un simple pragmatismo vacío de contenido doctrinario.

Estamos seguros de que este trabajo contribuirá a enriquecer la bibliografía acerca de Liberación Nacional y sobre uno de sus más sobresalientes líderes. Sobre todo, servirá para darle a las nuevas generaciones del país una imagen clara de un hombre que, por su pensamiento y trayectoria, merece el caluroso apoyo de ellas.

**San José, marzo 1973**

**FERNANDO VOLIO JIMENEZ**

***"La Consigna de hoy, para nosotros todos, sólo puede ser esta: sin ceder nada en el plano de la justicia, nada abandonar en el de la libertad".***

**--ALBERT CAMUS.**

## **PREFACIO**

Los sectores empeñados en mantener en Costa Rica un sistema de organización social arcaico, han utilizado a través de nuestra historia toda una gama de recursos para seguir disfrutando de su posición privilegiada. Una de sus tácticas predilectas ha sido la manipulación de la opinión pública, de manera subrepticia o descarada, para hacer que amplios grupos sociales de nuestro país orienten su acción en contra de los intereses populares y le pongan obstáculos al cambio.

Uno de los métodos más eficaces de control de la opinión, es el uso de estereotipos en la génesis de ésta. Un estereotipo es una imagen de carácter general, que se proyecta en la conciencia de la gente y que enjuicia determinadas cosas, hechos o personas. El estereotipo es una representación rígida y además emotiva, irracional, casi violenta. La respuesta inducida por el estereotipo es irreflexiva. Tiende a producir en aquellos a quienes va dirigida, con el transcurso del tiempo, una respuesta mecánica: genera casi un reflejo condicionado.

Tal vez el estereotipo más usado en nuestro país sea el de comunista. Toda persona que manifiesta su preocupación por los problemas sociales de Costa Rica, corre el riesgo inminente de ser calificado de comunista. Cualquiera que señale el régimen de explotación a que están sometidos amplios sectores, campesinos y obreros, se expone a que se le acuse de fomentar la lucha de clases. El que apunta la necesidad de planificar la utilización de los recursos nacionales, o la urgencia de aplicar métodos más eficaces de redistribución de la riqueza, o la conveniencia de impedir la acumulación de tierras en pocas manos es de manera casi inmediata señalado como extremista. La acusación de comunista en Costa Rica trae tales perjuicios, que es uno de los instrumentos de control social más eficaces con que pueden contar los enemigos del cambio;

paraliza la acción de las fuerzas progresistas, que en muchos casos se repliegan temerosas de estigmatización, y desprestigia ante el público cualquier movimiento que busque transformar el sistema social imperante. La acción de los disidentes es, de éste modo, fácilmente anulado. Por esta causa, no son pocas las inquietudes sociales y políticas que son frustradas en sus orígenes mismos, esterilizadas y enviadas al cajón de los desechos. Cuando estos métodos fallan, y la presión de los grupos de pensamiento avanzado es muy sensible, la derecha sabe usar otras tácticas, no tan pacíficas, como lo ha demostrado a través de la historia costarricense.

En la lucha política reciente, el arma de acusar de extremismo con el fin de desprestigiar, se ha usado de manera sistemática en contra del Partido Liberación Nacional. Es la base de la "Gran Mentira". El cargo de que nuestro Partido es un movimiento de orientación extremista y de vocación totalitaria, constituye la piedra angular de la campaña en contra de los gobiernos liberacionistas y del Partido, tendiente a que las medidas tomadas por Liberación Nacional no afecten los intereses de ciertos estratos sociales. La misma cantinela la han venido repitiendo los representantes del conservadurismo en cada campaña electoral, tratando de aprovecharse del profundo sentir democrático del pueblo costarricense.

Durante la campaña presidencial de 1965, esa práctica alcanzó niveles de infamia insospechados. En esa oportunidad el candidato liberacionista, licenciado Daniel Oduber Quirós, tuvo que soportar los mayores insultos, los ataques más bajos y rastreros por parte de la coalición antiliberacionista. Tergiversando sin ningún respeto las ideas expuestas por el Lic. Oduber, acuerpados por una prensa parcial, los grupos más reaccionarios del país intentaron presentar al candidato liberacionista como un rojo solapado. Se valieron de los más oscuros recursos de propaganda, de las más repudiables técnicas de psicología social para crear en el ánimo de algunos sectores del país un envenenamiento feroz, sólo explicable por la estrategia totalitaria utilizada, que tendía a generar un clima de histeria colectiva.

El triunfo del Lic. Oduber en el juicio por injurias seguido por él contra "La Nación", raíz de esa infamia, sólo vino a confirmar lo que ya el pueblo costarricense sabía: que la mentira es el arma favorita del antiliberacionismo.

Si bien la campaña electoral de 1965 se perdió, se ganó una lucha moral, como lo dijo Oduber: La conciencia de

haber obrado rectamente durante todo el tiempo, y de haber utilizado la idea constructiva en lugar de la injuria, la exposición serena de programas en lugar del insulto, el análisis serio de los problemas nacionales en lugar de la insinuación calumniosa.

Ha existido, pues, una permanente tendencia por parte de los grupos conservadores a interpretar torcidamente el sentido de las declaraciones y pronunciamientos doctrinarios de los dirigentes liberacionistas. Esa actitud se tuvo especialmente en el caso del Lic. Daniel Oduber Quirós. Es necesario luchar contra la perenne tergiversación y la mala fe. En ese sentido, este modesto trabajo es un intento de contribuir a la divulgación de algunos aspectos de la ideología de Oduber, uno de los pensadores políticos más importantes de nuestro país. Se busca dar a conocer a más amplios círculos el mensaje político de un hombre que a través de sus pronunciamientos y actuaciones, ha hecho un esfuerzo permanente por definir su posición, ya que, como él mismo lo ha dicho:

"La responsabilidad del político está directamente relacionada con la definición. Un político que no se define ante su época y ante la juventud, es un calculador o un cobarde, y no podrá jamás esperar apoyo de esa juventud". (1).

**CAPITULO I**  
**FUENTES DEL PENSAMIENTO DE**  
**DANIEL ODUBER**

-1-

El licenciado Oduber se ha calificado a si mismo como social-demócrata, El profesor don Constantino Láscaris lo incluye dentro de la corriente más amplia del socialestatismo, y el mismo criterio sigue el Dr. don Luis Barahona, en sus obras respectivas. Definida así su posición, trataremos de comentar las principales influencias ideológicas que creemos han contribuido a formar el pensamiento "oduberista". Las fuentes más claramente reconocibles de su ideología son tres: la socialdemocracia europea, el pensamiento liberal norteamericano, y el aprismo peruano: Es necesario aclarar desde ahora, que el pensamiento liberal norteamericano debe ser definido como una doctrina que acepta la necesidad de la intervención estatal en la vida económica, y no como una doctrina antiintervencionista. Por eso sería más correcto hablar de neoliberalismo, para distinguirlo del liberalismo puro, clásico.

La socialdemocracia europea, inspiradora fundamental de todo el movimiento que posteriormente se ha llamado socialismo democrático, tiene su base en la profunda revisión del marxismo que realizó Eduard Bernstein, en la segunda mitad del siglo XIX. Precisamente aludiendo a esa "revisión es que a esta tendencia se le ha llamado revisionismo, o socialismo revisionista. Comprendiendo que el marxismo no se agota ni debe agotarse en Marx, y que ninguna doctrina está exenta de errores, por lo cual sus tesis deben ser revisadas y corregidas con criterio antidogmático, Bernstein inicia su examen crítico del marxismo comentando algunos aspectos importantes de la concepción materialista de la historia.

Considera Bernstein que el factor económico, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, es de importancia primaria en la evolución histórica de la sociedad, pero que no es el único factor, sino que existe una interacción constante entre ese factor y otros de carácter diferente, de naturaleza distinta: sociales culturales, filosóficos, religiosos. Estos últimos factores pueden incluso modificar los aspectos económicos de la realidad social, de tal modo que los hechos históricos concretos son el resultado de la acción combinada de toda una serie de factores de carácter



variado que interactúan y se influyen recíprocamente. Uno de los elementos de este pluralismo causal de la historia, es la voluntad humana, la acción consciente de los hombres. No debe creerse por esto que Bernstein cae en interpretaciones idealistas del acontecer histórico, sino que establece que el factor fundamental, aunque no el único, es el económico, que condiciona, pero no determina de manera inevitable, el desarrollo histórico de las sociedades humanas. Dice Bernstein:

"Una interpretación económica de la Historia no significa necesariamente que sólo deban reconocerse las fuerzas económicas, las causas económicas, sino que la economía política constituye una fuerza siempre en vigor, el punto cardinal de los grandes movimientos históricos". (2)

En resumen, para Bernstein, el desarrollo de la infraestructura económica de la sociedad continúa siendo el elemento causal primario y primordial del desenvolvimiento histórico, pero de ninguna manera el único. Por eso expresa:

"Pero en todo caso persiste la multiplicidad de factores, y no siempre es fácil establecer las relaciones existentes entre sí con tal exactitud que pueda determinarse con certeza en qué casos es solicitado el motivo más fuerte. Las causas puramente económicas crean ante todo sólo una disposición para la recepción de ciertas ideas, pero la manera como se desarrollan y la forma que luego adoptan depende de toda una serie de influencias" (3)

Y uno de los factores más importantes en la génesis de los procesos históricos es la voluntad humana, la lucha de los hombres, no como simples instrumentos de las fuerzas económicas, no como piezas ciegas sujetas de antemano a un plan prefijado por el desarrollo de las fuerzas productivas, sino como seres conscientes, porque "la historia es producto de una gradual evolución orgánica (no dialéctica) en la cual la voluntad y la razón del hombre, al servicio de un ideal ético (el bienestar colectivo), desempeñan un papel preponderante para la creación de las nuevas formas de convivencia humana; y éstas, por ende, no son simple producto del determinismo económico". (4).

Sobre esta base general, Bernstein continúa comentando algunas otras facetas del socialismo marxista. En el caso de la teoría del valor-trabajo, Bernstein la acepta, pero anotando que el trabajo conglobado, contenido, en un bien constituye una parte esencial en la determinación del valor

de ese bien, pero que en determinadas circunstancias otros factores contribuyen a formar el valor; por ejemplo, cuando el bien es lanzado al mercado, y el valor adquiere forma de precio, hay otros factores que contribuyen a definir éste; hay, por lo tanto, una serie de aspectos que deben considerarse, como la escasez del bien, su deseabilidad, etc., es decir las formas en que se manifiesta el valor.

En su análisis de la plusvalía, Bernstein manifiesta que diversas medidas estatales, la legislación social, el desarrollo del sindicalismo, y otros, han contribuido a limitar el monto de los beneficios del capitalista. El Mercado libre de trabajo y la fijación de salarios de subsistencia van siendo progresivamente eliminados: se han elevado así los niveles de vida de la clase obrera. Y el desarrollo histórico de la sociedad capitalista no se ha realizado en todos sus extremos conforme a las previsiones del marxismo. El derrumbe de la sociedad burguesa no parece ser cataclísmico, catastrófico. Dice Bernstein en su Mensaje al Congreso de Stuttgart:

"La agravación de la situación económica no se ha efectuado como lo había previsto el Manifiesto. Es no solamente inútil, sino torpe disimular este hecho. El número de poseedores no ha disminuido, sino crecido. El enorme acrecentamiento de la riqueza social no se halla acompañado por la disminución del número de magnates del capital, sino al contrario, por el aumento de los capitalistas de todo grado. Las capas medias modifican su carácter, pero ellas no desaparecen de la escala social". (5).

Del análisis de las tendencias del capitalismo, se deducen los lineamientos generales para comprender el desenvolvimiento del sistema después de la muerte de Marx: Un proceso de evolución orgánica de la sociedad, gradual pero constante y profundo, que envuelve todos los estratos. Se deriva de allí el programa político del socialismo democrático: en primer lugar, y de manera inmediata, el elevamiento del nivel de vida del proletariado, el mejoramiento de las condiciones de existencia de las clases trabajadoras, y como meta final, como fin último, el bienestar general de la colectividad como un todo, lo que implicaría una transformación del orden social. En cuanto a los medios de lucha, Bernstein es bastante explícito: deben tener un carácter democrático, necesariamente. Los instrumentos de lucha del proletariado serán el sufragio universal, el parlamentarismo, los sindicatos y las cooperativas. Bernstein desdeña la violencia como método de lucha política, porque considera que los medios son tan importantes como el fin. Únicamente se justificaría la

violencia, la lucha armada, si la vía electoral estuviera cerrada.

La lucha del proletariado por la transformación de la sociedad tiene dos dimensiones: la sindical y la puramente política. En el plano sindical, la huelga y las otras formas de presión y resistencia obrera tienen una importancia capital. En el plano político, el acceso de los representantes de los trabajadores a los puestos de poder político, hace que exista una gestión estatal que beneficie a las grandes mayorías. El acceso de los trabajadores al gobierno mediante la extensión del sufragio universal, convenció a Bernstein de que el Estado podía variar su carácter de instrumento político de opresión de la clase explotadora.

En cuanto a la transformación de la vieja sociedad burguesa Bernstein expresa que:

"No hay hombre que piense en destruir la sociedad cívica como un sistema civilizado y ordenado de sociedad. Por el contrario, la democracia social no desea destruir esa sociedad y hacer de todos sus miembros una masa de proletarios; trabaja antes bien incesantemente en elevar al obrero de la posición social de proletario a la de ciudadano, haciendo así universal la ciudadanía. No quiere establecer una sociedad proletaria en vez de una sociedad cívica, sino un orden-socialista de sociedad en vez de un orden capitalista". (6).

Bernstein concibe la democracia como un medio y como un fin: será el medio de lucha para el socialismo, pero será la forma de organización política que el socialismo deberá adoptar una vez instaurado. La lucha por extender el sufragio y por asegurar el disfrute de los derechos políticos, de la libertad individual, ocupa un lugar importantísimo dentro del programa de la democracia social. La pretensión de establecer una dictadura del proletariado es considerada por Bernstein como un atavismo político:

"¿Hay alguna razón, por ejemplo, en sostener la frase de la "dictadura del proletariado" en una época en que en todos los lugares posibles, los representantes de la democracia social se han lanzado prácticamente a la arena del trabajo parlamentario, se han declarado por la representación proporcional y por la legislación directa, todo lo cual es incompatible con la dictadura?". (7).

Establece, pues, Bernstein, de manera clarísima, que la socialdemocracia propugna el establecimiento de una verdadera democracia en el campo político y un orden socialista en el ámbito económico-social. Al respecto y en cuanto a la socialización de la propiedad, Bernstein adopta una actitud pragmática, afirmando que deberá procederse a la socialización donde ésta se justifique con criterio económico. Donde el Estado opere menos eficientemente que la industria privada, sería antisocialista dar preferencia al Estado sobre la empresa privada (8). Esto por supuesto, sin menoscabo del criterio de que hay sectores de la actividad económica que por su misma naturaleza no pueden estar en manos privadas, so pena de grandes perjuicios para la colectividad, para el interés público.

En relación con este problema de la propiedad, un representante muy distinguido de la socialdemocracia alemana, en su prefacio al Programa Fundamental de su partido, expresaba:

"¿Hasta qué punto es necesario la propiedad común sobre los medios de producción? La irá dando en cada caso la experiencia concreta. Lo nuevo en la recién citada fórmula de nuestro Programa es el no considerar ya la socialización total como panacea universal para toda clase de perturbaciones sociales, y sobre todo el que socialización deja de ser sinónimo de socialismo. Más o menos socialismo en un país no se mide hoy por el número de sus industrias socializadas sino por la ampliación o reducción de la esfera de libertad del hombre, y el papel de la justicia en las relaciones de convivencia social". (9).

La batalla de la democracia social es por la justicia y la libertad; combate tanto el capitalismo explotador como los totalitarismos opresores. Busca la transición del actual orden social a otro superior, de manera pacífica. Y es que Bernstein considera que el cambio debe ser producido por métodos cada vez más humanos.

El socialismo democrático es fundamentalmente realista: se preocupa por los fines inmediatos: la mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora, pero sin olvidar sus fines últimos: el acabamiento de la explotación del hombre por el hombre, la transformación definitiva del sistema social, acompañada del desarrollo de las instituciones democráticas.

Otra de las influencias que han contribuido a formar el pensamiento de Daniel Oduber es, sin lugar a dudas, la doctrina aprista. El aprismo ha desempeñado un papel importantísimo en la génesis de los movimientos y partidos de izquierda democrática en América Latina. Realizó la importante tarea de adaptar las tesis y principios del socialismo europeo a la realidad política, social y económica latinoamericana. El APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), surge como un movimiento de orientación clara mente antiimperialista y antioligárquica. Plantea un definido programa de reforma agraria y eliminación definitiva del latifundio.

El aprismo postula la necesidad de constituir un amplio frente de lucha político-social, que agrupa en su seno a campesinos, obreros, intelectuales, maestros, clases medias, etc. Se formaría así un movimiento revolucionario de base policlasista, y en este punto hay una profunda divergencia estratégica con el comunismo, que considera que la única clase revolucionaria es el proletariado.

El APRA, fue fundado en México, en 1924, por Víctor Raúl Haya de la Torre, dirigente político peruano exiliado en ese país. Este movimiento representa la base histórica y en muchísimos aspectos ideológica, de toda la corriente del socialismo democrático latinoamericano. Contribuyó sobre todo, a poner las tesis de la socialdemocracia europea en congruencia con la situación propia de América Latina.

-3-

La tercera tendencia que influye en la gestación del pensamiento oduberista es el pensamiento liberal norteamericano, al cual como ya dijimos, quizá sería más correcto llamar neoliberalismo, para distinguirlo del liberalismo tradicional. Algunos autores estiman que esa influencia es bastante tardía en el Partido Liberación Nacional.

Los teóricos de este nuevo liberalismo consideran que el capitalismo puro y la libertad económica irrestricta han demostrado su incapacidad para satisfacer los ideales de justicia e igualdad. La explotación del hombre por el hombre se realiza en gran escala en el capitalismo. La labor limitadísima del Estado en ese sistema, y la consiguiente falta de control sobre las grandes unidades económicas, hace que los poderosos mantengan una dominación sobre los más débiles, aprovechándose de sus ventajas y privilegios.

Amparándose en una pretendida libertad económica, el capitalista se queda con la parte del león: explota a obreros, fija las condiciones de trabajo. El Estado, organismo absolutamente débil e impotente, no puede por ningún medio controlar esa situación de injusticia. El ejercicio irresponsable de la libertad, por parte de los acaudalados, convierte en nada la libertad de los débiles. El abuso de poder hace que se pase por encima del derecho de los más necesitados, de sus aspiraciones y de sus posibilidades de superación personal. Ante esta situación, el Estado debe cambiar su papel. Debe ser el encargado de controlar los desmanes de los privilegiados. Walter Lippmann, uno de los más destacados expositores de este neoliberalismo, apunta la necesidad de la intervención estatal:

"Porque el liberal, a diferencia del anarquista, sostiene que una mera ausencia de restricción no da la libertad en una sociedad voluntaria; que la ausencia de restricción no hace más que inaugurar una lucha de competencias en que el más fuerte explotará al resto. El liberal insiste en que la promesa de una vida social voluntaria sólo puede realizarse cuando la ley es suficientemente fuerte para ponerle coto al agresor, dentro y fuera de casa". (10).

El pensamiento liberal norteamericano conoce su época de auge a partir del llamado "New Deal" política de Franklin D. Roosevelt, y de la "revolución keynesiana", llamada así por el genial economista inglés John Maynard Keynes. La intervención estatal es concebida en esta corriente doctrinaria como un medio de procurar la justicia social, de redistribuir la riqueza. También es necesaria la intervención como un instrumento indispensable para la regulación de las fuerzas económicas en beneficio de la comunidad. Agrega Lippmann al respecto:

"La riqueza queda mal distribuida y esta mala distribución, en cuanto no se corrige en la raíz, por la supresión de los incrementos no ganados del monopolio y las transacciones hechas en condiciones de necesidad, tiene que corregirse con los impuestos y las inversiones públicas. Desviar esos ahorros excedentes del atesoramiento de los ricos y abrirles cauce nuevamente en el mejoramiento de la condición personal del pueblo y de su patriotismo, es por lo tanto, necesario no sólo en la amplia visión del interés imponderable de la nación, no sólo como un expediente para aplacar descontentos, no sólo como una cuestión de justicia social, sino también como un

requisito para preservar el equilibrio de la economía de cambio misma". (11).

Esta nueva concepción del liberalismo recibe varios nombres: economía mixta, economía balanceada... En síntesis, aquí el liberalismo pierde su connotación no intervencionista para manifestarse definitivamente partidario de la regulación de la economía por parte del Estado, cuando las necesidades sociales y económicas de la colectividad así lo exigen.

## CAPITULO II

### EL PENSAMIENTO DE DANIEL ODUBER

-1-

Analizadas someramente algunas de las fuentes del pensamiento oduberista; ubicado el señor Oduber como un representante de la corriente socialdemócrata, trataremos de hacer una breve síntesis de sus ideas en diversos campos, en el ámbito de lo político, lo económico y lo social.

Daniel Oduber ha resumido perfectamente el significado de la socialdemocracia en las siguientes frases:

"En síntesis, nuestra opinión política es que el Estado Moderno puede liquidar los excesos mencionados (+), y emancipar económica y socialmente a las masas desposeídas, sin sacrificar las libertades democráticas básicas conocidas últimamente como "Derechos Humanos". O sea, que puede terminar con las desigualdades e injusticias que trajo el liberalismo económico sin salirse de los postulados del liberalismo político". (12).

El aspecto fundamental de esta tesis es, pues, que es perfectamente posible corregir las injusticias derivadas de la absoluta libertad económica, dentro de un marco político democrático y respetuoso de la libertad del hombre. En otras palabras se puede y se debe establecer una combinación de la justicia social y de la libertad individual. Ambos conceptos no son de ninguna manera excluyentes, sino más bien complementarios. Esta necesidad de combinar la justicia y la libertad, es uno de los puntos claves del pensamiento oduberista. Don Daniel insiste continuamente en él. Para alcanzar una situación de justicia social, debe mantenerse y fortalecerse la democracia política:

"La justicia social tiene su mejor garantía en un ambiente de libertad política" (13)  
'...al amparo de la libertad y mediante las instituciones de la democracia representativa, es como se satisfacen entre otros anhelos, los de trabajo, techo y tierra, escuela y salud". (14).



Podríamos seguir dando innumerables citas sobre este tema, que es fundamental para Oduber. El juzga, en síntesis, que el sistema democrático no sólo es el tipo de organización política más adecuado, pues garantiza el respeto a la libertad humana y permite la participación popular el gobierno, sino que a través de sus instituciones es perfectamente posible promover el desarrollo económico, lo mismo que alcanzar los más altos niveles de justicia social.

Todos los logros en el campo de la justicia social serán regresivos, inútiles e incluso antirrevolucionarios, si no van acompañados de un mantenimiento y un constante fortalecimiento de las instituciones democráticas. Deben respetarse en todo momento los derechos y las libertades fundamentales del hombre, como la facultad de elegir a sus gobernantes, la libertad de expresión y todas las garantías individuales, pero a la vez terminar con la explotación de las masas obreras y campesinas, lo mismo que mejorar la situación social y económica de todos los costarricenses.

Lo que se está planteando, como tesis de fondo, es que el liberalismo político sigue teniendo vigencia como sistema de organización política, pero que el liberalismo económico, capitalista, no puede solucionar los problemas de la época contemporánea. Más bien es la causa de muchos de los conflictos sociales del mundo actual. El liberalismo económico resulta impotente para superar los retos que plantea el desarrollo económico y la necesidad de una justa distribución de la riqueza, con el fin de permitir a todos los hombres su cabal realización como tales. Es necesario transformar el sistema económico y manteniendo el régimen de democracia política, extender este concepto e instaurar una democracia social.

Se plantea entonces el problema del nexo existente entre la forma de organización jurídico-político de la sociedad y el sistema de organización económica. Se ha atacado mucho al socialismo ligándolo necesariamente a formas de organización política totalitaria. Dice Schumpeter con respecto a esas acusaciones:

"Entre el socialismo y la democracia... no existe una relación necesaria; pueden existir separadamente. Al mismo tiempo, no existe incompatibilidad: en estados apropiados del medio social, la máquina socialista puede funcionar siguiendo principios democráticos".  
(15).

No existen razones para juzgar que ambos sistemas son excluyentes. Pueden perfectamente ser compatibles con un

régimen político democrático, que respete los derechos de los ciudadanos y la libertad individual.

En un párrafo de los "Apuntes para un congreso ideológico del Partido Liberación Nacional", Daniel Oduber comenta esa concepción:

"Democracia y totalitarismo son formas diferentes de gobierno que no tienen nada que ver con el sistema económico que se escoge. Puede haber democracia en lo político y socialismo en lo económico como puede haber también capitalismo y dictadura. Lo que se debe planear, al hablar de Revolución, es si se desea un cambio del sistema político -como ha sido siempre- o del sistema económico -como ha sido en otros casos-, o si se quiere un cambio en lo político y en lo económico a la vez. Para no cometer el error de destruir algo sin haber determinado cuál ha de ser el sustituto, debe definirse entonces, de antemano, el sistema que se quiere vivir en lo político o el que se quiere vivir en lo económico. Nosotros queremos aquí actualizar los conceptos de socialismo y democracia, que hoy son inseparables". (16).

¿Por qué deben ser considerados no sólo compatibles, sino también inseparables los conceptos de socialismo y democracia? Porque a pesar de que no hay una relación necesaria entre ellos, Oduber considera que la lucha por la libertad y la lucha por la justicia son igualmente importantes: la tarea de un verdadero revolucionario es buscar el establecimiento de un régimen político que garantice la libertad, y luchar por la instauración de un sistema de organización económico-social que garantice la justicia. La batalla contra la injusticia tiene que ir pareja a la batalla contra la tiranía y el totalitarismo. La lucha contra la explotación debe ser simultánea con la lucha contra la opresión. Democracia y socialismo, libertad y justicia unidos: he aquí el sentido y el valor fundamental del socialismo democrático.

A diferencia de la posición liberal clásica de que el Estado debe tener una actitud pasiva enfrente de los procesos económicos, el socialismo democrático postula la necesidad de que el Estado tenga una activa participación en la vida económica del país. El Estado es el organismo encargado de velar por la realización del bien común, por la obtención de la justicia social y de una igualdad que

permita el libre desenvolvimiento de todos los ciudadanos. Dentro del pensamiento oduberista, es así que el Estado es concebido como una institución de capital importancia, que debe desempeñar un papel fundamental en la lucha por el progreso social y económico.

El Estado no puede concretarse, en la actualidad, a desempeñar el papel desteñido y rebosante de complicidad con los explotadores, que le asignaba el liberalismo manchesteriano. Debe intervenir, por el contrario, en la vida social y económica del país, para actuar en pro de la justicia social, promoviendo una más justa distribución del ingreso y nivelando las grandes diferencias económicas. La actividad del Estado debe orientarse, en primer término, en pro de las grandes mayorías nacionales.

Es evidente que no se trata ya del simple "Estado gendarme" de los liberales -"dejar hacer dejar pasar"- sino que la concepción es otra: es un Estado "providencia" ("Estado del Bienestar") que interviene en favor de los desposeídos, que regula y planifica. A través de su política tributaria y salarial, así como de sus programas en el campo de la vivienda, la salud, la educación, por ejemplo, trabaja en provecho de los sectores sociales más necesitados.

Don Daniel cita, a este respecto, al ex-Presidente Lic. Alfredo González Flores, Benemérito de la Patria, quien en la justificación de las reformas tributarias que motivaron su caída, expresaba una concepción de la labor del Estado sorprendentemente moderna para esa época:

"El Estado es hoy, tal vez más que antes, el órgano llamado a desempeñar en la vida social de los pueblos todas las funciones que sean superiores a las fuerzas individuales. Si el Estado no cumple con ese deber, las funciones que sean directamente provechosas se convertirán en monopolio de los económicamente fuertes, con positivos daños para los débiles y con peligro para la comunidad toda". (17).

En otra parte, agrega don Alfredo:

"...las más importantes tareas del buen gobierno: el fomento de la industria nacional en la producción de lo necesario para mantener nuestra existencia independiente del exterior, y la protección de las clases menos pudientes". (18).

En resumen, la posición oduberista respecto al papel del Estado es que debe intervenir activamente en la

economía, para regularla y controlar los excesos de la empresa privada capitalista y que, además, la institución estatal tiene obligaciones de carácter social que debe cumplir. Debe ser un Estado capaz de prestar los servicios que requieren las grandes mayorías; su intervención debe tender a favorecer a los más necesitados. La meta del Estado debe ser la realización del bien común.

El Estado, además de procurar elevar el nivel de vida de los trabajadores impulsando transformaciones sociales que acaben con la injusticia y la desigualdad, debe ser el promotor de planes que posibilitan un ordenado proceso de desarrollo económico. Oigamos a don Daniel:

"El Estado está en la obligación de intervenir en la economía nacional, no ya sólo para proteger al pequeño frente al grande, sino para evitar que los recursos nacionales no se usen en la gigantesca tarea de elevar el nivel de vida de una nación". (19).

El papel que debe desempeñar el Estado en los países subdesarrollados tiene que ser el de un eficaz agente promotor del proceso económico. El gran economista costarricense Lic. Rodrigo Facio Brenes, también Benemérito de la Patria, tiene un párrafo de su obra "Planificación Económica en Régimen Democrático", en el que resume, de manera casi perfecta, el motivo por el cual la actividad estatal en el ámbito económico es fundamental en los países no desarrollados. Don Daniel cita ese párrafo en uno de sus discursos:

"...la misión del Estado, aparte de fútiles y desorientadoras consideraciones doctrinarias, tiene que ser en estos países mucho más amplia y activa de lo que fue en la infancia de los países industrializados- los cuales no sufrieron la competencia y la atracción de un mundo ya desarrollado frente a ellos- y de lo que es o pudiera serlo hoy en día en ellos". (20).

Según el pensamiento oduberista, un instrumento fundamental por medio del cual el Estado promoverá el desarrollo económico y buscara la justicia social, es la "planificación económica". Este es uno de los puntos principales de la temática de la ideología socialdemócrata.

Está visto que el sistema económico liberal, cuya regulación se produce libremente en el mercado, no sólo genera inestabilidad y se presta al desperdicio de los recursos nacionales a causa de su irracional utilización, sino que, además, origina gravísimos problemas de

deficiente distribución del ingreso y acumulación exagerada de riqueza en manos de contadas personas, lo que genera, entre otras cosas, desempleo crónico y marginalidad social creciente e irremediable dentro del sistema.

El desperdicio de recursos, la ausencia de coordinación y la falta de identidad de metas hacen que el proceso de desarrollo económico sea extraordinariamente difícil en los países de economía liberal.

Frente a estas oscuras perspectivas, frente a este panorama de confusión en el campo de la economía, Daniel Oduber ha venido planteando, de manera reiterada, la necesidad urgente de que nuestra actividad económica este planificada, valga decir, programada.

La planificación económica es, sencillamente, la racionalización de la actividad económica, la programación del uso de los recursos productivos, de acuerdo con objetivos predeterminados. Don Rodrigo Facio, el más importante pionero costarricense en el campo de la doctrina de la planificación económica, transcribe en su citado libro "Planificación Económica en Régimen Democrático", dos definiciones de lo que es la planificación, dadas por dos grandes economistas:

"En el sentido que aquí nos interesa, puede definirse (la Planificación) como la elección consciente y deliberada de prioridades económicas por alguna autoridad pública. La planificación supone que existe un blanco conocido el cual se apunta. (21).

La segunda definición expresa:

"Planificación quiere decir: coordinación por medio de un esfuerzo consciente, en vez de la coordinación automática que tiene lugar en el mercado, y este esfuerzo consciente debe hacerlo un órgano de la sociedad. Según esto, la planificación es una actividad de carácter colectivo y consciente en la regulación de las actividades económicas, por la comunidad". (22).

El Estado, según lo ha dicho Oduber, es el órgano encargado de la labor social de planificar la economía. Su papel intervencionista y regulador, que ya hemos examinado, se pone aquí de relieve. El Estado tiene que responder con su acción a las demandas crecientes por parte de la comunidad, de más y mejores servicios, de más altos niveles de vida, de creciente progreso económico-social.

Para don Rodrigo Facio, la planificación, refiriéndose al caso concreto de Costa Rica significa:

"...determinación oficial de metas económicas sobre el fundamento de los estudios básicos realizados, señalamiento de prioridades de acuerdo con las necesidades nacionales, los proyectos específicos de inversión y la disponibilidad actual o potencial de recursos humanos, técnicos o financieros; formulación de planes flexibles de corto y largo plazo, totales y sectoriales..." (23).

Por parte de los ideólogos del conservadurismo, se ha querido identificar planificación con totalitarismo. Esta tergiversación la ha rebatido brillantemente Daniel Oduber en numerosas ocasiones, aduciendo que tanto el socialismo mismo como la simple planificación económica, pueden ser utilizados al servicio de la libertad del hombre o al servicio de las dictaduras. Es necesario reiterar, una vez más, que no hay contradicción o exclusión entre democracia y planificación. En un régimen democrático, la planificación económica debe hacerse dentro del marco jurídico-institucional que caracteriza este sistema político. Deberán utilizarse entre otros medios la política fiscal, monetaria, y crediticia, la función reguladora del gasto público, la prestación de más amplios servicios sociales por parte del Estado, una política impositiva y salarial concebida con criterio distributivo, la propiedad pública de algunos sectores importantes de la producción. Todos estos son instrumentos de regulación y control público de la actividad económica, para facilitar y permitir la acción planificadora del Estado.

En síntesis, obligan a una planificación racional y consciente de la vida económica, por parte de los entes públicos.

Urge plantear una nueva orientación de la economía nacional en el campo de la planificación, lo mismo que sobre el papel del sector público en la actividad productiva, que nos permita estructurar un moderno y dinámico tipo de Estado para:

"...pasar del Gobierno débil de la sociedad feudal, al Gobierno fuerte de la sociedad moderna, capaz de prestar los servicios que requieren las grandes mayorías, y capaz de llevar a cabo la tarea de enriquecer al país, fortaleciendo su economía". (24).

En resumen, como lo ha dicho Oduber:

"...el Estado moderno debe contar con los medios jurídicos necesarios para hacer ajustes periódicos. por medio de la política de jornales, de servicios sociales y de impuestos. Un Estado que no tenga ese poder no es un Estado Moderno". (25).

-4-

Es importante señalar la posición de Oduber con respecto a la propiedad, don Daniel, ha señalado acertadamente que:

"Al socialismo democrático no le interesa la propiedad de los medios de producción (máquinas, tierra, edificios, etc.), sino la distribución de lo que producen esos medios". (26).

Juzga, pues, Oduber, que es necesario mantener la propiedad privada, entre otras cosas, por los imperativos del desarrollo. Pero establece que esta propiedad tiene una función social, que debe cumplir en bien de todos los integrantes de la sociedad, a fin de que no sea utilizada en beneficio de unos pocos. Este hecho es el que hace necesaria la intervención del Estado, para controlar las acumulaciones de propiedad que perjudiquen al conglomerado social, y para lograr que la propiedad cumpla su función de bien público. La propiedad privada no concede un privilegio absoluto a sus poseedores. Esa propiedad tiene obligaciones sociales que satisfacer. No es un fin en si misma sino que debe servir como instrumento para hacer progresar al país en el campo económico: tiene razón de ser en tanto que cumpla su función de utilidad pública, de bien social.

Refiriéndose a todos estos temas, Oduber cita la primera "Carta Fundamental del Movimiento de Liberación Nacional" (1951), que en su artículo No. 9 ofrecía un resumen de esta concepción:

"Reconocemos la propiedad privada y proclamamos su función social, cuyo ejercicio debe inspirarse en el bienestar de todos. Consideramos necesario establecer la propiedad como un hecho social generalizado, y evitar su creciente concentración. Debe reservarse el Estado aquellas formas de propiedad que entrañen un poder de dominio tan grande, que no puedan dejarse, sin perjuicio, en manos de particulares. No deben existir propiedades ni medios de producción inactivos. La actividad económica es de utilidad pública y debe

organizarse racionalmente con miras al bienestar general". (27).

La segunda Carta, (1969), reitera esa concepción, aunque la expresa en una forma más concisa (párrafo 12).

"En cada etapa del desarrollo y para cada género de actividades en el proceso productivo hay funciones que cumple mejor el Estado y otras que son llevadas a cabo en forma más eficaz por la empresa privada, de modo que la actividad estatal debe adecuarse tomando en consideración tales circunstancias.

El desarrollo requiere un movimiento sostenido tanto de la actividad estatal como de la actividad privada, complementándose pues no son excluyentes entre sí."

Ha expresado también Oduber respecto de este tema, que en la corriente socialdemócrata ha habido dos posiciones en relación a las empresas: una consideraba que las empresas grandes deberían de ser eliminadas por el gobierno, pues las grandes concentraciones de poder económico entraña siempre un peligro para el bienestar de la comunidad, y otra tendencia, que ha terminado por imponerse, en algunos casos, y que juzga que para determinadas actividades económicas son necesarias las grandes empresas, con el fin de facilitar la producción y la distribución en masa:

"Esta segunda escuela reconoce los peligros inherentes a la concentración de riquezas, pero sostiene que a ella debe enfrentarse un poder de equilibrio, o sea, el poder estatal de regular y controlar por un lado, y por el otro, el poder de los trabajadores organizados y de grupos similares". (28).

El Estado debe tratar, por otra parte, de facilitar a la empresa privada la labor de la producción. Hay que poner los recursos del Estado a colaborar en la tarea de la producción:

"Es decir, creemos que todo lo que se haga por modernizar y mejorar la empresa nacional es obligación de todos, y principalmente que el Estado y todas sus instituciones deben coadyuvar en esa tarea, para que nuestras empresas sean las mejores del área en que vivimos y en que producimos. La gran tarea de la próxima década es mejorar lo que tenemos, y adaptar a nuestra tarea de producción los grandes adelantos de la tecnología contemporánea". (29).



Esta necesidad de facilitar la labor de la empresa privada, con regulación del Estado, para aumentar la producción, se relaciona con la idea repetidas veces manifestada por Oduber, de que para que haya justicia social, es necesario que se dé un proceso acelerado de desarrollo económico. Esta es una tarea ineludible. Los imperativos del desarrollo económico hacen indispensable que se apoye en todo lo posible, a las empresas nacionales. Oduber estima indispensable, si se quieren alcanzar altos niveles de vida para todos los costarricenses, que el Estado y la empresa privada trabajen juntos con el fin de acrecentar la producción. El Estado debe estimular al productor, ya que:

"...la concepción socialista moderna fortalece y generaliza la propiedad privada, al mismo tiempo que limita los abusos de poder de quienes quieren enriquecerse empobreciendo grandes sectores de la sociedad. La eficiencia en los procesos de la producción exige una participación activa del Estado, que debe facilitar lo necesario para que los productores mejoren sus sistemas, condición beneficiosa para ambos". (30).

Se trata, pues, de elevar el nivel de productividad del país, para luego hacer que los ingresos nacionales se repartan en una forma más equitativa, que la riqueza producida por el desarrollo económico no se concentre en unas pocas manos, sino que beneficie a todo el pueblo costarricense:

"...no se podría liberar íntegramente al hombre costarricense, si no es con base en un aumento espectacular de la producción, de un apoyo sin límites a la empresa privada productiva, y de una distribución justa del ingreso nacional". (31).

"Nosotros no creemos en el desarrollo económico, si no va aparejado a una distribución inmediata del aumento de ingreso". (32).

Este aspecto es muy importante: el alza de los niveles de la producción y, en general, el proceso de desarrollo económico, debe ser "socialmente orientado"; esto para lograr que haya una distribución más justa de las riquezas producidas. El esfuerzo que hace y que debe hacer el país en el campo del desarrollo económico, sólo tiene sentido, así como justificación, si lleva aparejada la justicia social. Carecería de sentido y de moralidad que del trabajo y de los sacrificios de todo un pueblo que lucha por producir más a fin de mejorar su situación, se aprovechen

los reducidos sectores, terriblemente voraces, que siempre han absorbido los mayores porcentajes del ingreso nacional.

Además de la coordinación del Estado y la empresa privada orientadas hacia el desarrollo económico y social, el primero debe actuar como redistribuidor de las riquezas nacionales por medio de leyes sociales y de programas de vivienda, alimentación, salud, educación, que favorezcan a las clases menos pudientes del país. Esta función del Estado ha sido destacada repetidas veces por Oduber. Además, el Estado debe promover las transformaciones y cambios que el país necesita, modificando la actual estructura de poder, en beneficio de los sectores populares; deberá actuar como vigilante atento, para evitar los desmanes de los poseedores del poder económico, que tienden a acrecentar su capital por medio de la explotación de las masas trabajadoras.

Al respecto establece Oduber que:

"El afán que caracteriza a nuestro siglo es el de poner los recursos estatales al servicio de la emancipación de las mayorías desposeídas, mayorías que, dicho sea de paso, no lograron mejorar nunca su condición económica y cultural durante el periodo en que (con libertad económica absoluta como insignia) los grupos más poderosos económicamente creyeron haber heredado los privilegios y exclusividades de las aristocracias derrocadas por la Revolución Francesa, y lograron convertir a los recién nacidos Estados republicanos en meros vigilantes y protectores de sus cuantiosos intereses (33). "Donde el conservatismo costarricense ve interferencia con la actividad de algunos empresarios, nosotros vemos gestión gubernamental en favor de las mayorías". (34).

Poco a poco a lo que se deberá llegar como próxima etapa en nuestro proceso de desarrollo económico y social es a tener:

"Empresa privada produciendo al máximo en la economía, y con toda eficiencia, y gobierno con orientación social, apoyando esa producción y redistribuyendo en forma adecuada el producto del trabajo costarricense, para evitar las masas indigentes que todavía existen en Costa Rica." (35).

Es importante mencionar la posición de Oduber en lo que se refiere a las relaciones entre capital y trabajo. Al contrario de lo que la reacción ha intentado hacer creer, Oduber pretende que se lucha por llegar a un estado de

concordia y colaboración efectiva entre patronos y trabajadores para acrecentar la producción y procurar un mayor grado de justicia social. No busca estimular la lucha de clases, sino que más bien dice:

"Yo busco la armonía entre las clases sociales que cooperan en el proceso de la producción: el empresario y el trabajador" (36). "Yo creo, pues, en la armonía de los factores de la producción". (37).

Una manera de lograr esta armonía, con beneficio para todas las partes y para la sociedad toda sería:

"...que cada sector de nuestra actividad económica: el transporte, la ganadería, el café, el azúcar, el banano, la electricidad, la vivienda, la producción textil, en fin, todo renglón de importancia, tenga muy pronto comisiones mixtas de líderes sindicales, de empresarios y de representantes gubernamentales, para que estudien conjuntamente el mejoramiento social y económico de cada sector". (38).

Este es un proyecto basado en la idea socialdemócrata de la "cogestión" o participación efectiva de los obreros en la dirección de las empresas. Esta participación no debe significar, sin embargo, que se mediaticen y pierdan vigor los objetivos y la acción del movimiento sindical. En este nivel, los trabajadores no deben cejar en sus esfuerzos, para lograr un nivel de vida mejor, y una efectiva justicia social:

"Para mi la tarea más importante que se plantea en el país es la organización democrática de sus trabajadores, el robustecimiento del sindicalismo, para que sea más acometedor y más agresivo, para que alcance mayor influencia. para que llegue a todos los rincones del país en pocos años". (39)

Considera el Lic. Oduber que son los trabajadores sindicalizados los que deben dar la lucha para alcanzar mejores posiciones sociales y económicas, y para apoyar las medidas tendientes a la transformación de la sociedad en general. El sindicalismo es un poderoso instrumento de cambio. Estos esfuerzos realizados por los trabajadores deben ir paralelos a la labor del gobierno en el campo de la reforma social.

Oduber hace suya la frase de Chesterton que dice: "Si queremos que los pobres respeten la propiedad, debemos darles alguna propiedad que respetar". En congruencia con este postulado, la concepción oduberista de la reforma

agraria establece que se debe tratar de difundir lo más posible la propiedad. Debe lucharse por modificar la estructura latifundista, y debe procurarse también la eliminación del minifundio. La reforma agraria no debe tender a la estatificación de las tierras, a una comunización de los medios de producción, sino que, por el contrario, lo que se busca es que haya el mayor número posible de propietarios. En el caso de la comunización, puede producirse un sistema de absoluta dependencia del trabajador con respecto al Estado, en que el fruto del esfuerzo de los trabajadores es absorbido por el poderoso Estado propietario. Los trabajadores pueden ser explotados, no ya por los empresarios, pero sí por el Estado, ya que sólo son poseedores nominales de la tierra comunizada. Una reforma agraria verdadera, debe, pues, tener como objetivo el de repartir lo más posible las tierras, para que sea posible aumentar al máximo el número de pequeños y medianos propietarios independientes:

"Ha de darse a cada hombre que requiera tierra para trabajarla, una extensión suficiente para que le produzca un nivel de vida". (40).

La situación de los poseedores en precario debe solucionarse con un criterio social, legalizando la posesión de esas tierras.

Pero la sola repartición de tierras no basta, no es suficiente para promover el desarrollo económico del país y mejorar la situación de los campesinos, sin que el Estado deberá estimular programas que hagan que las propiedades repartidas rindan frutos, en forma efectiva. Deberá darse, en forma indispensable:

"...servicios de crédito, asistencia técnica, estabilización de precios, educación, vivienda y cooperativismo". (41).

Oduber manifiesta mucha fe en el movimiento cooperativista. Juzga que es uno de los instrumentos fundamentales para lograr mayor productividad y una distribución más justa de las rentas. Es además, el sistema adecuado a las formas de organización política vigentes en nuestro país, pues no sólo no lesiona las libertades básicas, sino que es un factor de promoción humana:

"Esta forma de organización, perfectamente compatible con el sistema de organización social y política de Costa Rica, se ha demostrado capaz de transformar al ciudadano que se dedica a las tareas de la producción, haciéndole mejor hombre, participante pleno en los

asuntos de su comunidad. El cooperativismo hace llegar las ventajas de la operación en gran escala a los pequeños productores individuales." (42).

-8-

El sindicalismo y el cooperativismo son medios de acrecentar los beneficios económicos y sociales de los grupos menos pudientes. Son además formas de organización y participación popular. Pueden así presionar los sectores populares e influir de modo más eficaz en la toma de decisiones políticas. Esto es parte de todo un proceso histórico que se caracteriza por la ruptura de los moldes de la vieja democracia formal, para dar lugar a nuevas formas de participación, a una democracia con nuevos contenidos. Nuestro país está viviendo esa transición, y es responsabilidad nuestra el rumbo que le imprimamos a esos cambios, el grado de profundidad y amplitud con que logramos transformar la vieja democracia. Dice Oduber que en Costa Rica:

"En 1948 se inició, para hablar en términos sociológicos, el cambio de un tipo de democracia representativa hacia una de participación ampliada. La meta de las próximas décadas es llevar nuestro sistema democrático a una participación total o sea, llegar a construir una democracia moderna y eficiente, que haga posible nuestro propósito de dos décadas de acabar con la injusticia social en el país." (43).

Este es el gran reto que se le presenta al país: ampliar la simple democracia representativa con nuevas formas de participación política popular, para que el pueblo pueda cada vez más, ser gestor responsable de la orientación que se toma en los procesos políticos más trascendentales, en las coyunturas más serias y determinativas de la vida del país. Es un proceso en el que el pueblo va tomando conciencia de su condición, de su fuerza y de las metas a las cuales debe tender. Es además en cierto sentido, el inicio de la transición de la simple democracia política a la democracia social. Oduber resume esta necesidad diciendo:

"Debemos, en fin, sentar las bases de una democracia moderna de participación total, que señale un marco jurídico claro a la economía del país, que garantice la propiedad justa y eficiente, y que permita la distribución adecuada del producto del trabajo nacional". (44).

Y en otra parte dice:

"Porque democracia sin participación, en este Siglo XX que se está acabando, es democracia que va destinada al desastre.

Democracia sin abrirle las puertas, al empresario, al trabajador, al profesional, a las masas populares, al campesino, no es democracia. (45).

-9-

Es muy interesante la posición del Lic. Oduber con respecto al comunismo. En congruencia con sus concepciones básicas, juzga que la consecución de la justicia social no puede ser nunca pretexto para que se pierda la libertad individual y los derechos políticos. En este aspecto, Oduber es terminante:

"La tesis nuestra es la de que sólo la democracia, sólo los valores espirituales del pueblo de Costa Rica, sólo el respeto a la dignidad humana, son capaces, bien utilizados, de terminar con la injusticia social." (46).

"Nosotros no podemos transar con quienes exigen el sacrificio de la libertad y de la dignidad, con quienes exigen la pérdida de los valores tradicionales de nuestro pueblo para acabar con la injusticia. Nosotros creemos, liberacionistas, que es fortaleciendo la libertad y la dignidad, como podemos seguir luchando contra la injusticia." (47).

Considera Oduber que la social-democracia, en Latinoamérica, es el sistema de pensamiento y de acción política que mejor puede competir con las tesis comunistas, pues plantea una alternativa diferente a la revolución totalitaria. No hace manifestaciones estériles de anticomunismo, sino que enuncia alternativas revolucionarias serias y realistas. La social-democracia latinoamericana es pues:

"Una alternativa que, aunque necesariamente tiene que ser revolucionaria también, ya que ha de romper las estructuras económico-sociales en que descansa al poder político de las oligarquías, ha de conservar los valores inherentes a la dignidad del ser humano, que sólo encuentran expresión cabal en un ambiente de libertad y en el ejercicio efectivo de la democracia representativa". (48).

El comunismo, dice Oduber, no plantea una alternativa revolucionaria real. Es reaccionario en el sentido de que pretende destruir logros alcanzados a muy alto precio por el pueblo, como son la libertad política y el sufragio universal. Los comunistas, manifiesta, pretenden un sistema totalitario que irrespete la dignidad del hombre y lo obliga a vivir en la abyección de la dictadura, sin poder expresar libremente su pensamiento, y sin poder elegir a sus gobernantes, so pretexto de pasar por un período de dictadura del proletariado, que libraría teóricamente al hombre de la opresión económica y social.

En resumen, la posición comunista es reaccionaria, pues no tiene empacho en violentar la dignidad humana. Sólo el que busque la libertad integral del ser humano es verdaderamente revolucionario, en el sentido de la palabra. El que pretenda coartar la libertad política con el pretexto de obtener la igualdad social, no puede ser más que un simpatizante de la reacción. El verdadero revolucionario debe buscar la liberación del hombre en todos los campos, la liberación integral. Este es un planteamiento muy interesante, que coloca a los comunistas como enemigos del cambio:

"No podemos renunciar al concepto de libertad política, ni a nuestra tarea de fortalecer día a día, porque para nosotros la limitación de la libertad individual es la más reaccionaria de las posiciones; tampoco podemos quedarnos tranquilos con el sólo concepto de dignidad, si no va acompañado de la lucha por la igualdad". (49).

Establece Oduber, y en este aspecto insiste mucho, ya que es clave en su pensamiento, que la nuestra:

"Es una revolución democrática en la que el atropello a la dignidad humana se considera anti-revolucionario". (50).

Partiendo de esta base, lanza don Daniel una seria acusación contra los totalitaristas:

"Quienes creen en el Estado totalitario, en donde un grupo pequeño impone su criterio en forma arbitraria, y atropella, fusila y destierra, no son revolucionarios de acuerdo con nuestro sentido de la palabra, sino reaccionarios y enemigos de la revolución". (51).

En ese sentido, los comunistas son tan reaccionarios como las oligarquías capitalistas. La ideología

liberacionista, como lo manifiesta repetidas veces Oduber, es francamente adversa al liberalismo manchesteriano, oligárquico y explotador. Pero no puede ser jamás compatible con las tesis totalitarias de los comunistas. Una verdadera revolución debe buscar, repetimos una vez más, la justicia social con absoluto respeto a los principios democráticos:

"La revolución nuestra, liberacionistas, tiene como principio irrenunciable, y eso es lo que nos diferencia de las otras dos posiciones, el respeto al derecho electoral. Ni la izquierda marxista-leninista ni la derecha conservadora. creen como tesis en el voto de las mayorías". (52).

Expresa además Oduber, respecto del comunismo, que los que siguen esta ideología, no tienen una posición positiva, no buscan el mejoramiento socio-económico del obrero, y no trabajan por elevar su nivel de vida. No plantean soluciones rápidas y realistas para los apremiantes problemas de la sociedad costarricense y de Latinoamérica, sino que sus planteamientos y su acción política están condicionados fundamentalmente por las exigencias de la "guerra fría".

Agrega Oduber que los comunistas tratan de obstaculizar los procesos de desarrollo económico y de cambio social que elevan las condiciones de vida de los pueblos latinoamericanos, dentro de los marcos democráticos, pues eso hace decrecer el descontento y la agitación social. En ese sentido, ellos se oponen a la revolución y al cambio. Apóstoles de una utopía, los comunistas tratan de desprestigiar los afanes de cambio social realista y viable de la socialdemocracia:

"Los comunistas predicán la "revolución imposible" para atacar la "revolución posible". Esto es toda una filosofía que coloca a los comunistas como enemigos de la revolución en América Latina". (53).

La Revolución posible es la que toma en cuenta la realidad social, económica, política y cultural del país. No debe intentar introducirse a la fuerza la realidad dentro de marcos teóricos que fueron enunciados en circunstancias distintas a las nuestras y para lugares diferentes. Hay que estudiar y analizar la situación real del país y de Latinoamérica, para, partiendo de ella,



establecerlos planteamientos revolucionarios necesarios, dentro de las posibilidades de cambio existentes. Estos planteamientos tienen que ser congruentes con el nivel de desarrollo de las economías, de las fuerzas productivas y con las características de nuestra estructura política y de nuestra mentalidad. Además, la dirección que asuman los procesos políticos:

"...tiene que ser trazada tomando en cuenta el momento histórico nacional o internacional que vivimos, y las posibilidades que tiene el país para consolidar ese cambio". (54).

En resumen, debemos destruir las utopías, poniéndose a trabajar por la transformación efectiva y posible de Costa Rica y de Latinoamérica, tomando en cuenta el momento histórico real que vivimos; dice Oduber al respecto:

"Para quienes no están familiarizados con la historia de un país y su relación con países que ya han superado otras etapas en su desarrollo, es más fácil confundir lo posible con lo imposible, lo real con lo ideal. Querer saltar etapas históricas al hacer un planteamiento revolucionario, es hacer fracasar ese mismo planteamiento". (55).

De lo contrario, agrega Oduber, lo que estamos haciendo es fortalecer las fuerzas de la reacción, los intereses que se oponen a todo tipo de cambio:

"Hacer un planteamiento revolucionario a sabiendas que se está planteando lo imposible, es fortalecer las mismas fuerzas que se quiere destruir con la revolución. y en el fondo, consolidar la posición conservadora." (56).

-11-

Ya hemos dicho que el factor principal de oposición al comunismo por parte del Lic. Oduber es el elemento totalitario que lleva implícito este sistema y que podemos considerar como parte fundamental de él. Este aspecto también impulsa a Oduber a protestar enérgicamente contra las dictaduras latinoamericanas de derecha, defendidas por las oligarquías nacionales y por las compañías extranjeras:

"Estamos en contra de todos los sistemas totalitarios cualquiera que sea su signo, porque estamos a favor de la libertad y la justicia." (57).

"Países que habían luchado por obtener sus formas democráticas de gobierno, se vieron de la noche a la mañana gobernados por sargentos oportunistas, amigos y cómplices de los gerentes de compañías imperialistas, compañeros de fiestas de diplomáticos y militares anglosajones, que garantizaban, de esta manera, la estabilidad para los inversionistas de sus respectivos países". (58).

Según el Lic. Oduber, en general, compañías inversionistas no latinoamericanas favorecen y propician las dictaduras en nuestros países, en vista de que los déspotas les facilitan la mejor explotación de las riquezas, así como la obtención de injustos y cuantiosos beneficios. Los países subdesarrollados se han convertido de esta manera en meros surtidores de materias primas para las industrias de transformación de los países desarrollados. Esta situación representa el marco de referencia en que se sustentan y surgen las dictaduras latinoamericanas:

"Mientras los países desarrollados nos sigan considerando solamente como proveedores de materias primas pagadas a precios ínfimos, los grupos económicos encargados de asegurar la producción de esas materias primas para sus industrias seguirán fomentando las dictaduras en Latinoamérica, porque éstas se prestan a esa baja explotación." (59).

Si esta situación se mantiene, la revolución social-demócrata será inefectiva, estéril, imposible de realizar en muchos casos, pues los esfuerzos en pro de la libertad, la democracia, la justicia social y el desarrollo, se estrellarán contra el doble muro de las dictaduras y las oligarquías, apuntaladas, sostenidas y amparadas en el poder de las compañías imperialistas:

"Mientras sigamos viviendo las formas de coloniaje internacional, y de explotación feudal, las mejores constituciones no serán más que letra muerta, en sarcástica contradicción con la pobreza creciente de las grandes mayorías latinoamericanas, cuyo bienestar esas mismas constituciones aseguran garantizar." (60).

Considera Oduber, finalmente, que:

"...la explotación de nuestras riquezas podemos hacerlas los latinoamericanos a base de empresas públicas que pueden financiarse, en lo interno, por medio de sistemas tributarios justos, y en lo

internacional, por medio de la ayuda efectiva de los países industrializados..." (61).

-12-

Considera Daniel Oduber que el fin último de la acción política debe ser siempre el ser humano. El Estado no puede jamás concebirse como un fin en sí mismo, sino como un medio para la promoción del hombre. Lo que ha de buscarse como meta de todos los esfuerzos del Estado y de sus órganos, es una sociedad donde el hombre pueda lograr la cabal realización de sus potencialidades, pueda alcanzar su máximo desarrollo, y donde adquiera plenitud el significado de la existencia humana:

"El verdadero fin de nuestros esfuerzos no es la riqueza sino el hombre. La calidad del ser humano que nuestra sociedad ayuda a formar, la cantidad de ciudadanos que logremos remodelar conforme a las más elevadas concepciones espirituales; esta ha de ser la prueba del buen resultado de nuestros empeños."

La educación en su más amplio sentido, junto con la salud debe ser la meta final de todo esfuerzo del país. Mejorar el ser humano puliendo el espíritu inculto con que nace y manteniendo sano su cuerpo es aprovechar bien, el más valioso de nuestros "recursos naturales". (62).

### **CAPITULO III**

#### **COMENTARIOS FINALES**

Se comete frecuentemente un error al juzgar la posición ideológica a la que pertenece don Daniel Oduber: creer que lo que los socialdemócratas pretenden es colocarse en un punto intermedio entre el comunismo y el capitalismo, sin comprometerse con ninguno de estos dos extremos, y pretendiendo tomar para sí lo mejor de ambos. En resumen, lo que podría considerarse como una cómoda e indefinida posición que pretende quedar bien con Dios y con el diablo. Juzgamos ese criterio completamente equivocado, por cuanto se valora la posición social-demócrata en función de las dos corrientes de pensamiento mencionadas. El socialismo democrático representa una corriente auténtica de pensamiento, que vale por sí misma y por sí misma tiene identidad, sin necesidad de hacer referencia, para definirla, a las doctrinas antes mencionadas, como no sea para efectos comparativos. No es que la socialdemocracia haya tomado los aspectos positivos de ambos sistemas, capitalismo y comunismo, y los haya conciliado en forma arbitraria y forzada, para lograr un ecléctico punto medio. Lo cierto es que el pensamiento socialdemócrata se nutre de variadas doctrinas, básicamente el liberalismo político y el socialismo, pero los elementos que toma los reelabora en una síntesis creadora, dando lugar a que surja una posición nueva y original, pero que tiene identidad por sí misma y no debe ser analizada con referencia a cualesquiera otros sistemas políticos. El mismo marxismo ofrece ejemplos de esos procesos de síntesis de pensamiento divergentes o simplemente distintos.

Cabe preguntarse, sin embargo -y esta es una crítica que frecuentemente se le hace al pensamiento social-demócrata-, si al haberse nutrido de influencias tan diversas puede dar lugar a una posición definida y clara. Hay elementos en esas ideologías que son perfectamente sintetizables en una nueva tendencia, pero también parece haber factores irreconciliables, sobre todo en lo referente al fundamento filosófico. Ha sucedido, no obstante, que los autores que postulan las diferentes posiciones, partiendo de bases diferentes, llegaron a conclusiones generales muy parecidas. Así la socialdemocracia alemana, o europea para ser más generales, partiendo de una base marxista, pretende que se establezca un orden social más justo, enmarcado en las concepciones socialstatistas, pero con absoluto respeto a las instituciones democráticas y a la dignidad del ser humano. El fabianismo inglés ha contribuido mucho a

clarificar esta posición. Por otra parte, la corriente neo-liberal, postulada por el Senador Hubert Humphrey y por Lippmann, que parte de una base liberal de acuerdo a la interpretación keynesiana, considera que el liberalismo político debe mantenerse como forma de organización política, y debe acabar con las injusticias y desigualdades producto del liberalismo económico. Esto puede lograrse merced a la acción del Estado, que interviene en los procesos económicos y promueve las medidas necesarias para que se erradique la explotación y la injusticia. En este caso se ha partido de una base liberal a una concepción del Estado que ha dejado de ser liberal: es un Estado con nuevas e importantes funciones. Merced a esa acción estatal, la sociedad sufrirá una evolución y se saldrá de los marcos estrechos del capitalismo clásico para dar lugar a un sistema social más justo.

Las dos corrientes, quizá contradictorias en su base filosófica llegan a concepciones sorprendentemente similares. Tienen un desarrollo convergente. Y es que ambas tienen en el fondo, una meta común, responden a un mismo objetivo: liberar al hombre de la explotación y la miseria, liberarlo también de la tiranía, haciendo que ejerza plenamente sus derechos políticos. Si esta pretensión logra realizarse, nos encontraremos, de hecho, ante un nuevo tipo de sociedad.

Es importante comentar la posición del socialismo democrático ante las doctrinas socialcristianas o demócratacristianas. Si bien ambas concepciones han sido clasificadas generalmente dentro de lo que han dado en llamar en Latinoamérica como "izquierda moderada", sus fundamentos y su posterior evolución son totalmente diferentes. Ya hemos visto las fuentes de la democracia social. Pues bien, la democracia cristiana se fundamenta en la doctrina social de la Iglesia, en los documentos pontificios y conciliares de contenido social y en el personalismo de Emmanuel Mounier. Ambas tendencias tienen cierta semejanza en cuanto a métodos de acción política, y si se quiere en cuanto al fin último. Pero la diferencia es palpable. Podemos apreciarla en la práctica si vemos los casos de Venezuela o Alemania, en que democristianos y socialdemócratas se enfrentan electoralmente como grupos mayoritarios. En Alemania, por ejemplo, el Partido Social Demócrata, es de clara tendencia izquierda, mientras que la Democracia Cristiana desempeña allí el papel de un partido de derecha. No creemos, por otra parte, que la doctrina socialcristiana haya influido de manera sustancial, en la formación del pensamiento oduberista. No obstante, don Daniel ha manifestado en repetidas ocasiones su satisfacción por las nuevas posiciones progresistas de

algunos sectores de la Iglesia Católica. Incluso ha hecho referencia en muchas oportunidades y ha basado algunos de sus planteamientos en las encíclicas, sobre todo las de León XIII y Juan XXIII:

"Los ideales de justicia social, de dignidad humana y de mejoramiento económico han sido impulsados por la doctrina social de la iglesia y por gran cantidad de pensadores, en todos los continentes. Son el esfuerzo por conciliar el avance tecnológico producido por la revolución industrial, con las normas de libertad y justicia expuestas por la Revolución Francesa... Juan XXIII y John F. Kennedy llegaron a ser los símbolos vivientes de esos ideales de justicia y los costarricenses llegamos a sentirlos como nuestros, tal vez porque venían a decir que acertábamos quienes estábamos empeñados en un cambio de las condiciones de vida de los costarricenses, sin menoscabar el gran acervo espiritual de nuestra historia". (63).

Consideramos la posición de Oduber como realmente interesante. Plantea la posibilidad de lograr una reforma social y económica que rompa las rígidas estructuras en que se sostiene un sistema social injusto y arcaico. Establece además la necesidad de que ese cambio se lleve a la realidad con estricto apego a los principios de la democracia. Consideramos que si los postulados teóricos generales se logran llevar al campo de la acción política concreta, darán pie para que en nuestro país se pueda realizar un proceso de cambio social profundo, democrático y revolucionario. Es un reto al totalitarismo y a la violencia política. La corriente de pensamiento oduberista plantea soluciones realistas, viables y democráticas a los problemas actuales de Costa Rica, lo mismo que de América Latina. Es, en líneas generales, lo que podríamos llamar una revitalización de la democracia para que ésta sea más vigorosa, más agresiva, más dinámica. Esta nueva democracia debe liberar al hombre en una forma integral. Esa libertad del hombre debe ser real, no sólo nominal. Deben garantizarse iguales oportunidades para todos los hombres, tratando de que se parta de situaciones también iguales. Se trata de superponer al simple concepto de democracia política el concepto más amplio de democracia social, como lo ha expresado el Dr. don Alfonso Carro.

Esta línea de pensamiento es compartida por muchos políticos e ideólogos de América Latina y del mundo. Es la doctrina seguida, además por varios importantes grupos políticos latinoamericanos. Se ha llamado a esos partidos, en forma genérica "democráticos revolucionarios". Es conveniente mencionar, sin embargo que muchas veces estos

grupos, una vez en el poder, no han realizado los programas que forzosamente se desprenden de sus postulados teóricos, y su acción política se ha visto atemperada, ha perdido radicalidad y decisión. Para algunos, esto se debe a que las diversas tendencias que actúan como componentes de la doctrina, chocan y se esterilizan, volviendo débiles o inútiles los esfuerzos prácticos. Creemos que ese juicio es erróneo. Para nosotros, el debilitamiento del afán revolucionario se debe más bien a las presiones externas ejercidas sobre los gobiernos social demócratas; así como a la falta de decisión y valentía de algunos dirigentes latinoamericanos, que, en el poder, pierden su belicosidad, su firmeza, su autenticidad. Se da a veces, además, el caso de una verdadera infiltración de elementos conservadores en los cuadros dirigentes de los partidos y gobiernos social-demócratas, los cuales actúan como amortiguadores de las medidas de cambio por lo que éstas se mediatizan y no alcanzan a tener los efectos y la trascendencia esperadas. Este hecho, por supuesto, no es de ninguna manera general. En muchos países latinoamericanos el socialismo democrático ha puesto en marcha planes revolucionarios de evolución social y desarrollo económico, que de continuarse vigorosa y honradamente, producirán una positiva transformación de esos países.

La social-democracia se presenta entonces como una alternativa definida y clara, capaz de generar un desarrollo integral de hombre latinoamericano y susceptible de adaptarse a las necesidades, así como a las posibilidades concretas de cada país.

Es conveniente mencionar, por último, que el pensamiento oduberista no constituye un sistema de filosofía política. El licenciado Oduber no hace filosofía política ni pretende hacerla. Las concepciones filosóficas que sirven de marco a su posición política se encuentran implícitas en las ideas que manifiesta. Podríamos establecer, yendo más allá del simple análisis de sus concepciones políticas, que la idea fundamental que influye, condiciona y modela todo el pensamiento de Oduber, es el postulado kantiano de que todo hombre es un fin en sí mismo y no debe servir de instrumento a nada ni a nadie.

La posición de Oduber es positiva, sincera y sobre todo, realista. De la aplicación práctica de su pensamiento se puede desprender una gestión política vigorosa y revolucionaria, favorable a la tarea de emancipar a la clase trabajadora, lo mismo que a mejorar la condición de todos los miembros de la sociedad. Esto es lo que fundamentalmente interesa al Lic. Oduber. Decíamos anteriormente que él no constituye un sistema de filosofía

política. No pretende elaborar un edificio teórico. Su preocupación fundamental es establecer una base doctrinaria general, a la luz de la cual sea posible analizar los problemas nacionales y latinoamericanos tratando de darles solución de acuerdo con esos principios ideológicos. A nuestro juicio, Oduber logra hacer esto y postula una doctrina optimista y vigorosa, capaz de conducir a Costa Rica y a los demás países latinoamericanos, -de acuerdo a la realidad de cada país y tomando en cuenta su devenir histórico- por un camino de progreso, emancipación política y económica y creciente bienestar general.

No queremos decir con eso que esta posición, que en sus líneas generales compartimos, sea la única, pero si una de las más importantes y esperanzadoras.



## BIBLIOGRAFÍA

1. ARAYA POCHE, Carlos: "Historia de los partidos políticos: Liberación Nacional". Editorial Costa Rica, San José, C.R. 1969.
2. BARAHONA, J., Luis: "El Pensamiento político en Costa Rica". Serie Renovación No. 1. Editorial Fernández-Arce, San José, C.R. 1971.
3. BERNSTEIN, Eduardo: "Socialismo teórico y socialismo práctico: las premisas del socialismo y la misión de la socialdemocracia". Biblioteca de Cultura Socialista, Vol. 12. Editorial Claridad, Buenos Aires. 1966.
4. EICHLER, Willi: "Valores y postulados fundamentales del socialismo democrático", Editorial de la Fundación Ebert. Stuttgart, Alemania, 1966.
5. FACIO, Rodrigo: "Planificación económica en régimen democrático". Separado del No. 4 de la Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de C.R. Set. 1959.
6. LASCARIS, Constantino: "Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica", Editorial C.R. San José C.R. 1954.
7. LIPPMANN, Walter: "Retorno a la libertad" ED. UTEHA, México, 1940.
8. MONTENEGRO, Walter: "Introducción a las doctrinas político-económicas". Fondo de Cultura Económica - 5a. Ed., México, 1967.
9. ODUBER, Daniel: "La Generación del 48, Revista Surco No. 54. Marzo-Abril de 1957, San José, 1957.
10. ODUBER, Daniel y MONGE, Luis Alberto: "Dictaduras, imperialismo y democracia", Revista Combate No. 9. San José, C.R. Marzo-Abril de 1960.
11. ODUBER, Daniel: "Una Campaña" (Artículos y discursos de la campaña electoral de 1966-67) Editorial Eloy Morúa Carrillo, San José, C.R. 1967.
12. ODUBER, Daniel: "Apuntes para un Congreso Ideológico del Partido Liberación Nacional". Editorial Eloy Morúa Carrillo, San José, C.R. 1969.
13. ODUBER, Daniel: "Desarrollo industrial y política nacional". Suplemento "El industrial costarricense", Marzo de 1971. "La Nación", San José C.R.
14. ODUBER, Daniel: "El Poder Legislativo en Costa Rica", conferencia dictada en la Cátedra de Historia de las

Instituciones de Costa Rica, publicada en "La Nación", 10 de octubre de 1971.

15. ODUBER, Daniel: "Pronunciamento del señor Presidente de la Asamblea Legislativa sobre el conflicto de Viet-Nam". "La República" 13 de mayo de 1972.

## NOTAS

- (1) ODUBER, Daniel: "Apuntes para un Congreso Ideológico del Partido Liberación Nacional", p. 9.
- (2) BERNSTEIN, Eduardo: "Socialismo teórico y socialismo práctico", p. 25.
- (3) Ibid. p. 22
- (4) MONTENEGRO, Walter: "Introducción a las doctrinas político-económicas", p. 152.
- (5) BERNSTEIN, E.: op. cit. p. 9.
- (6) Ibid. p. 120
- (7) Ibid. p. 118
- (8) MONTENEGRO, W.: op. cit. p. 115
- (9) EICHLER, Willi: "Valores y postulados fundamentales del socialismo democrático", p. 18.
- (10) LIPPMANN, Walter "Retorno a la libertad", p. 403.
- (11) Ibid., p. 258-59
- (12) ODUBER, Daniel "Una Campaña", p. 11.
- (13) Ibid., p. 145
- (14) Ibid., p. 220
- (15) SCHUMPETER, J. : "Socialismo. capitalismo y democracia' , p. 328, Cit. Por FACIO, Rodrigo: "Planificación económica en régimen democrático", p. 23.
- (16) ODUBER, Daniel.: "Apuntes para un Congreso Ideológico del Partido Liberación Nacional". p. 19.
- (17) ODUBER, Daniel "Una Campaña". p. 235.
- (18) Ibid., p. 236.
- (19) Ibid., p. 23.
- (20) Ibid. p. 214.
- (21) WOOTTON, Bárbara: "Libertad con planificación" PP. 13-14 Cit. por FACIO, Rodrigo "Planificación Económica en régimen democrático", p. 5.
- (22) LAUDAUER, Carl: "Teoría de la planificación económica", p. 19.
- (23) FACIO, Rodrigo Cit. por FACIO Rodrigo. op. Cit. 71 "Planificación económica en régimen democrático". p. 5.
- (24) ODUBER, Daniel: "Una Campaña" p. 236.

- (25) ODUBER, Daniel: "Apuntes para un Congreso Ideológico del Partido Liberación Nacional", p. 50.
- (26) Ibid. p. 45
- (27) ODUBER, Daniel "Una Campaña", P. 236.
- (28) Ibid. p. 17.
- (29) ODUBER, Daniel: "Apuntes para un Congreso Ideológico del Partido Liberación Nacional", p. 32.
- (30) Ibid. p. 49.
- (31) ODUBER, Daniel "Una Campaña", p. 23.
- (32) Ibid. p. 61.
- (34) Ibid. p. 15.
- (35) ODUBER, Daniel: "Desarrollo industrial y política nacional", ed. p.
- (36) ODUBER, Daniel "Una Campaña", P. 152.
- (37) Ibid. p. 153.
- (38) Ibid. p. 151.
- (39) Ibid. p. 149.
- (40) Ibid. p. 266.
- (41) Ibid. p. 267.
- (42) Ibid. p. 264.
- (43) ODUBER, Daniel: "Apuntes para un Congreso Ideológico del Partido Liberación Nacional". P. 34.
- (44) Ibid. p. 56.
- (45) ODUBER, Daniel "Desarrollo Industrial y política nacional".
- (46) ODUBER, Daniel "Una Campaña", p. 139.
- (47) Ibid., p. 141.
- (48) Ibid., p. 313.
- (49) ODUBER, Daniel "Apuntes para un Congreso Ideológico de Liberación Nacional". p. 52.
- (50) Ibid. p. 58.
- (51) Ibid. p. 58.
- (52) ODUBER, Daniel: "Una Campaña", p. 60.
- (53) Ibid. p. 57.
- (54) ODUBER, Daniel: "Apuntes para un Congreso Ideológico del Partido Liberción Nacional". Pág. 21.
- (55) Ibid. p. 18.
- (56) Ibid. p. 18.

(57) ODUBER, Daniel "Una Campaña", p. 319.

(58) ODUBER, Daniel y MONGE, Luis Alberto: "Dictaduras, imperialismo y democracia", Revista Combate No. 9, Edit. p. 14.

(59) Ibid. p.15.

(60) Ibid. p.16.

(61) Ibid. p.16.

(62) ODUBER, Daniel "Una Campaña", página 320.

(63) Ibid, p. 113.